



Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

<http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks>

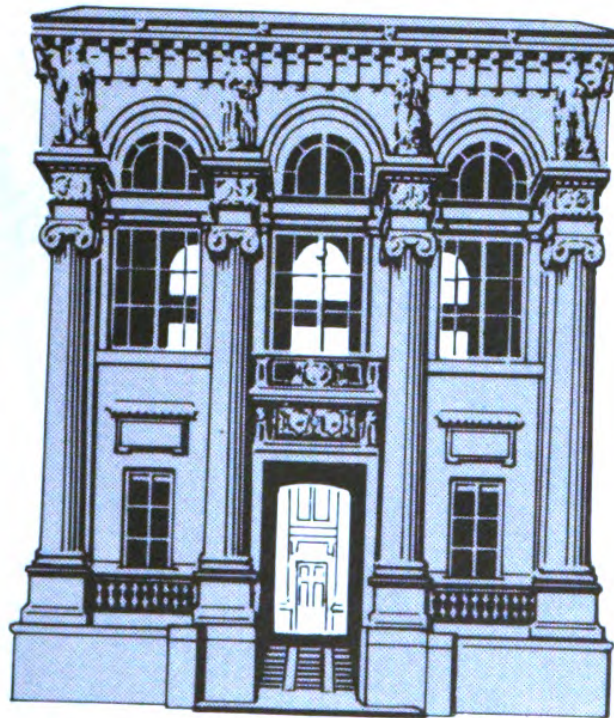


This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.



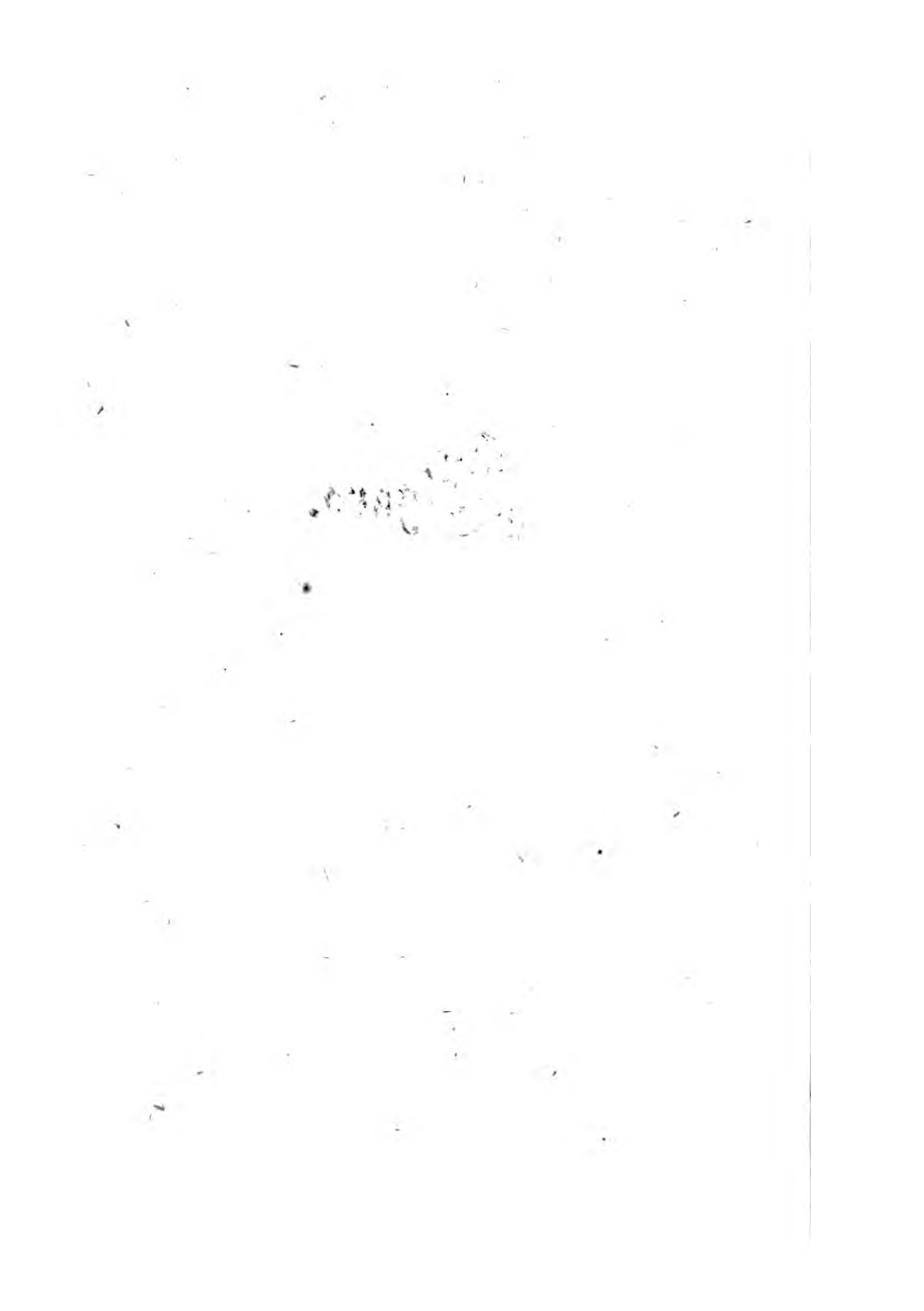


TAYLOR
INSTITUTION
LIBRARY



ST. GILES · OXFORD
Vet, Span III A, 185

Sc
Zigaro.



EL CÁRRO.



COLECCION DE ARTÍCULOS DRAMÁTICOS, LITERARIOS, POLÍTICOS Y DE COSTUMBRES,

publicados

*en los años 1832, 1833, 1834, 1835
y 1836 en el Pobrecito Hablador,
la Revista Española, el Observador,
la Revista-Mensajero
y el Español*

POR

D. Mariano José de Larra.

~~~~~  
TOMO CUARTO.  
~~~~~

MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ M. REPULLÉS. 1837.



. On me dit qu'il s'est établi dans Madrid un système de liberté, qui s'étend même à la presse; et que pourvu que je ne parle en mes écrits, ni de l'autorité, ni du culte, ni de la politique, ni de la morale, ni des gens en place, ni des corps en credit, ni de l'opéra, ni des autres spectacles, ni de personne qui tienne à quelque chose; je puis tout imprimer librement, sous l'inspection de deux ou trois Censeurs. Pour profiter de cette douce liberté, j'annonce un écrit.

BEAUMARCHAIS, *Le Mariage de Figaro*. 1784.

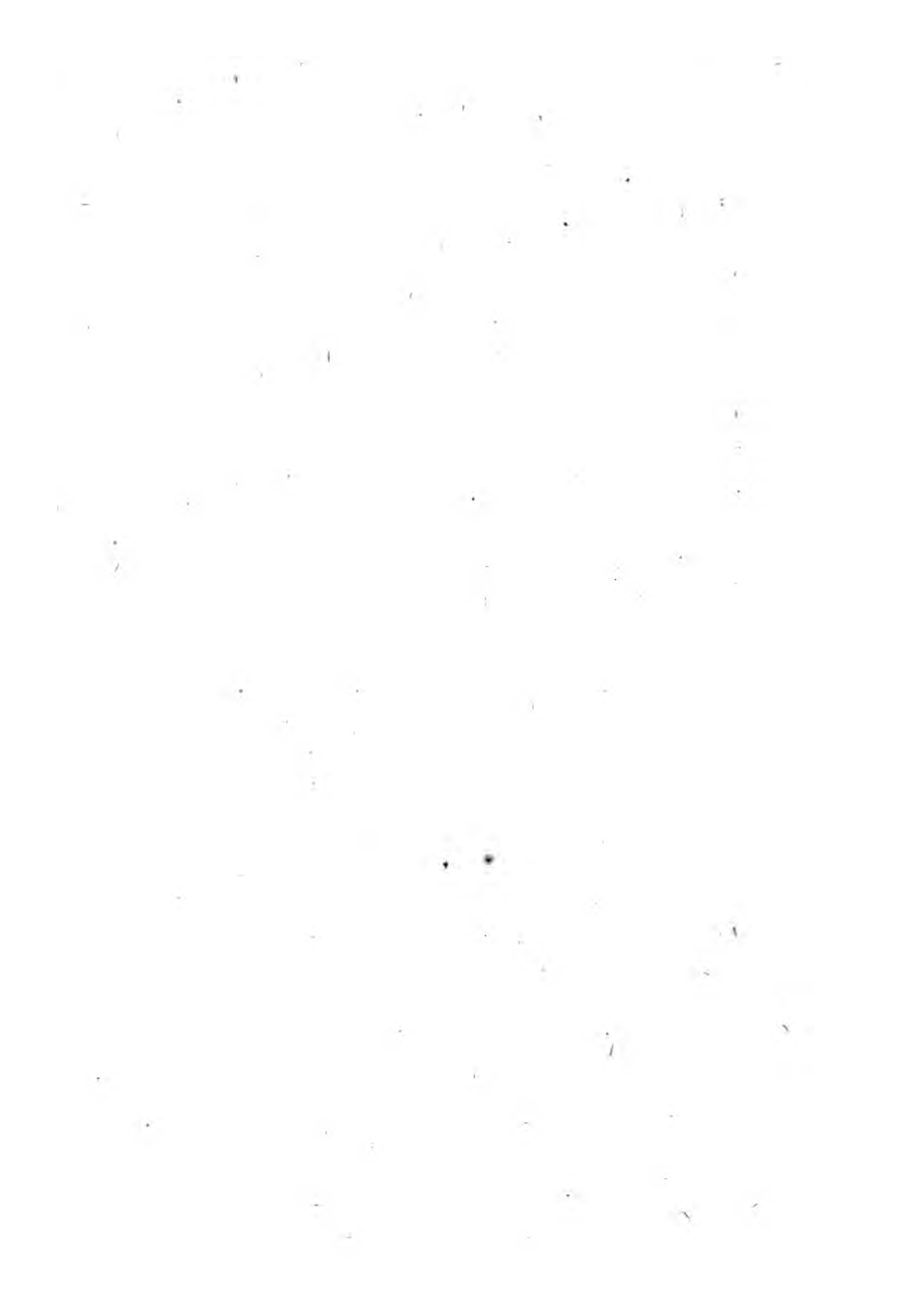
The following are the names of the
 persons who are members of the
 committee for the purpose of
 the year ending 1914.
 The names are as follows:

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO CUARTO.



<i>Cuasi.</i>	Pág.	1
<i>Fíguro de vuelta.</i>		8
<i>Buenas noches.</i>		18
<i>Dios nos asista.</i>		35
<i>Literatura, rápida ojeada &c.</i>		60
<i>García de Castilla.</i>		72
<i>Teresa.</i>		79
<i>Carta de Fíguro á don Pedro Pascual</i> <i>Oliver.</i>		85
<i>Teatros.</i>		93
<i>De la Sátira.</i>		101
<i>El Trovador.</i>		112
<i>Las fronteras de Saboya.</i>		120
<i>De las traducciones.</i>		125
<i>Catalina Oward.</i>		133
<i>A beneficio del señor Lopez.</i>		141
<i>Los barateros.</i>		145
<i>Fíguro al director de el Español.</i>		153
<i>Aben-Humeya.</i>		157
<i>Panorama matritense: primer artículo.</i>		167
<i>Idem: artículo segundo.</i>		176





Revista Española. - Agosto de 1835.

CUASI.

PESADILLA POLÍTICA.

Hay hombres que dan su nombre á su siglo, hombres privilegiados que calculada la fuerza de cuanto los rodea, y la suya propia, saben hacer á la primera tributaria de la segunda; que se constituyen maniveles de la gran máquina en que los demas no saben ser mas que ruedas. Dan el impulso, y su siglo obedece. Hombres fascinadores, como la serpiente, que hacen entrar cuanto miran en la periferie de su atmósfera; hombres reverberos, cuya luz se proyecta toda al exterior sobre los demas objetos y les da vida y color. Son los grandes mojones que el Criador coloca á trechos en la creacion para recordarle su origen: por ellos se ha dicho sin duda que Dios ha hecho el hombre á su semejanza.

¡Sesostris, Alejandro, Augusto, Atila, Mahoma, Tamurbec, Leon X, Luis XIV, Napoleon!!!
¡Dioses en la tierra! Sus épocas participaron de su energía y de su grandeza: en derredor suyo y á su ejemplo se produjeron, á modo de emanaciones de ellos, multitud de hombres notables, que recorrieron como satélites su misma

carrera. Despues de ellos nada. Despues del coloso los enanos.

Actualmente empezamos á dejar atras una época que tendrá nombre; el último hombre reverbero ha desaparecido. Despues del hombre grande, todo hombre es chico. Uno solo falta, y se necesitan cien mil para llenar su vacío. ¡Y aun!!! Espirado el reino del hombre entran los hombres. Agotados los hechos nacen las palabras.

¡Si habrá épocas de palabras, como las hay de hombres y de hechos! ¡Si estarémos en la época de las palabras!

Acababa de hacer estas reflexiones, cuando sentí sobre mí algo, mas fuerte que yo; oí sin ver, y mudé de sitio sin andar.

— Ven conmigo, dame la mano. ¿Ves esa mancha enorme que se estiende sobre la tierra, y crece y se desparrama como la gota de aceite que ha caido en el papel de estraza? Es la segunda Babel. Estás sobre París. Mira los mortales de todos los paises. Cada cual se apresura á traer aqui una piedra para contribuir al loco edificio. ¿No oyes ya la confusion de las lenguas? El inglés, el aleman, el español, el italiano, el... ¡Babel la nueva! Empiezan á no entenderse. Ya en una ocasion se han tirado unos á otros á la cabeza los materiales de la grande obra; el suelo ha salido de madre como un rio de su alveo; las casas se han desmoronado... era el amago de la confusion, de la no inteligencia. ¡Una cadena nos pesa! dijeron: y en vez de añadir: ¡Fuera cadena! clamaron: ¡Otra que no pese! ¿*Risum teneatis*? El lobo los comia, y en lugar de comerse ellos al lobo, se comieron unos

á otros. Raro modo de entenderse. Corrió la sangre, y hoy estan como estaban.

Sube á lo mas alto, y oirás el ruido inmenso, el ruido del siglo y de sus palabras, y oirás sobretodas ellas la gran palabra, la palabra del siglo.

- Lo que veo es los hombres muy pequeños; pero la distancia sin duda...

- ¡Ba! De aqui no se ve mas que la verdad. ¿Los ves pequeños? Ahora es únicamente cuando los ves como ellos son. De cerca la ilusion óptica (esta es la verdadera física) te los hace parecer mayores. Pero advierte que esas figuras que semejan hombres, y que ves bullir, empujarse, oprimirse, retorcerse, cruzarse y superponerse, formando grupos de vida como los gusanos producidos por un queso de Roquefort, no son hombres tales, sino palabras. ¿No oyes el ruido que se exhala de ellos?

- ¡Ah!

- Palabras del derecho, palabras del revés, palabras simples, palabras dobles, palabras contrahechas, palabras mudas, palabras eloquentes, palabras-monstruos. Es el mundo. Donde veas un hombre, acostúmbrate á no ver mas que una palabra. No hay otra cosa. No precisamente á palabra por barba; tampoco. Despacio. A veces en uno verás muchas palabras, tantas, que aquel solo te parecerá cien hombres; en cambio otras veces, y será lo mas comun, donde creas ver cien mil hombres, no habrá mas que una palabra.

Mira las palabras de dos caras, palabras-bifrontes, Janos: son las palabras de honor, llamadas asi por apodo; segun te necesiten las ve-

;

rás del bueno ó del mal frente. A su lado las *palabras-promesas*, *palabras-manifiestos*, regularmente coronadas, siempre escuchadas y creídas; pero tan ambiláteras como las otras; *palabras-callos*, endurecidas, incorregibles, que han de arrancarse de raíz si han de dejar de doler.

¿Ves esa multitud de figurillas que se agitan, se muerden, se baten, se matan...? Todo eso es la palabra *Honor*. ¿Ves ese sin número, muchedumbre armada, toda erizada y hostil? Lo llamis ejército, y no es mas que *ambición*; *palabra-monstruo*, *palabra-puerco-espin*, llena de puas: *palabra-porcebe*, toda patas y manos. Mira qué de furiosos; teas encendidas, sangre, saqueo, confusion: todo ese ruido son nueve letras: *funatismo*, *palabra-loco de atar*; sin embargo, nadie la ata.

¡Ah! Aquí viene la *palabra-arlequin*, la *palabra-camaleon*. ¡Qué de faces, qué soltura! todos corren tras ella: inútilmente. Mira cómo la quiere coger la *palabra-pueblo*, gran palabra. La primera tiene ocho letras, *libertad*. Siempre que el *pueblo* va á cogerla, se mete entre las dos la *palabra-promesa*, la *palabra-manifiesto*; pero la *palabra-pueblo* es de las que llamé *palabras-contrahochas*; ciega, sordo-muda, se deja guiar é interpretar, sin hacer mas que dar de cuando en cuando palo de ciego; como no ve, da ciento en la herradura, y ninguna en el clavo: por lo regular se da á sí misma.

Pero todo ese vano ruido se apaga y se confunde. ¡Sitio, sitio! ¡Plaza, plaza! La gran palabra, la nuestra, la de nuestra época, que lo coge y lo atruena todo. En ella se cifra nuestro

siglo de medias tintas, de medianías, de cosas á medio hacer: de todas las palabras que reinan en figura de hombres y cosas por allá bajo, esta es en el dia la que reina sobre todas. **CUASI.** Ese es todo el siglo XIX. Obsérvala: á cada una de sus facciones le falta algo: no es mas que un perfil: ni está de pie, ni sentada. Vestida de blanco y negro, dia y noche. Mas breve: *palabra-cuasi, cuasi-palabra.*

Empecemos por aqui. Mira al suelo perpendicularmente. A tus pies está la Francia. Un pueblo *cuasi-libre* la ocupa. En otro siglo hubiera hecho una revolucion entera: en este, y en su año 30, no ha podido hacer mas que una *cuasi-revolucion*; en el trono un *cuasi-rey*, que representa una *cuasi-legitimidad*. Una cámara *cuasi-nacional*, que sufre en el pais de nuevo una *cuasi-censura*, *cuasi-abolida*, por la *cuasi-revolucion*; un rey *cuasi asesinado*: una gran nacion *cuasi-descontenta*, y otra conmocion política *cuasi-próxima*.

¿Qué ves en Bélgica? Un estado *cuasi-naciente* y *cuasi-dependiente* de sus vecinos, mandado por otro *cuasi-rey*.

Mira la Italia. Tantos estados *cuasi*, como ciudades: *cuasi presa* del Austria. La antigua Venecia *cuasi olvidada*. Un supremo pontífice, en el dia *cuasi pobre*, y del cual *cuasi nadie* hace caso.

Vuélvete al norte. Pueblos *cuasi bárbaros*, regidos por un emperador *cuasi déspota* en un pais *cuasi despoblado* y desierto. En Alemania los pueblos *cuasi mas civilizados* con un gobierno *cuasi absoluto*, *cuasi temperado* por sus dietas, instituciones *cuasi representativas*. En Holan-

da, nacion *cuasi* toda mercantil y navegante, un rey *cuasi* rabioso, y cuyo poder *cuasi* se desmorona.

En Constantinopla mismo, un imperio *cuasi* agonizante, una civilizacion *cuasi* naciente, y un Sultan *cuasi* ilustrado, con costumbres *cuasi* europeas.

En Inglaterra, una industria y un comercio, monopolio *cuasi* del mundo: un orgullo nacional *cuasi* insufrible; y otro *cuasi* rey que no decide *cuasi* nada; una mayoría *cuasi* Wight. Un gobierno *cuasi* oligárquico, que tiene la audacia de llamarse liberal.

En Portugal, una *cuasi* nacion, con una lengua *cuasi* castellana, y recuerdos de una grandeza *cuasi* borrada. Un *cuasi* ejército, y una *cuasi* proteccion á España, de *cuasi* seis mil hombres, *cuasi* todos portugueses.

En España, primera de las dos naciones de la Península (es decir, de la *cuasi-insula*), unas *cuasi* instituciones reconocidas por *cuasi* toda la nacion: una *cuasi-Vendée* en las provincias con un gefe *cuasi* imbécil: conmociones aqui y alli *cuasi* parciales: un odio *cuasi* general á unos *cuasi* hombres, que *cuasi* solo existen ya en España. *Cuasi* siempre regida por un gobierno de *cuasi* medidas. Una esperanza *cuasi* segura de ser *cuasi* libres algun dia. Por desgracia muchos hombres *cuasi* inéptos. Una *cuasi* ilustracion repartida por todas partes. Una *cuasi* intervencion, resultado de un *cuasi* tratado, *cuasi* olvidado, con naciones *cuasi* aliadas. El *cuasi* en fin en las cosas mas pequeñas. Canales no acabados: teatro empezado: palacio sin concluir: museo incompleto: hospital fragmento; todo á medio hacer... hasta en los edificios el *cuasi*.

Por último, tiende la vista por do quiera: una lucha *cuasi* eterna en Europa de dos principios: reyes y pueblos, y el *cuasi* triunfante de ella y resolviéndola con su justo medio de tener *cuasi* reyes y *cuasi* pueblos. Época de transición, y gobiernos de transición y de transición: representaciones *cuasi*-nacionales, déspotas *cuasi* populares: por todas partes un justo medio, que no es otra cosa que un gran *cuasi* mal disfrazado.

— ¡Oh!! dejadme respirar, por Dios; estoy *cuasi* mareado.

— Plutarco ha dicho que los pueblos serian felices *cum reges philosopharentur, aut cum philosophi regnarent*. Respetando la opinion de Plutarco, yo me atreveria á decir que los pueblos no serán nunca felices, ni mas ni menos que los individuos que los componen. Pero pudieran al menos ser hombres y ser pueblos sino fueran en el dia *cuasi*-nada. Luchando entre principios contrarios, sufren el tormento del que descuartizan cuatro caballos que corren en direcciones opuestas.

Concluido este *cuasi*-sermon, cesé de oír; y á poco cesé de ver: dejado de la mano del Ser fantástico que me sostenia sobre Babel la nueva, volví á caer en París, donde me encontré rodando entre la confusion de palabras vestidas de frac y de sombrero, que á pie y en coche corren las calles de la gran Capital. Volví á ver los nombres de nuevo, grandes como no son; y abrí los ojos buscando mi Cicerone.

No vi nada, sino el gran *cuasi* por todas partes.

Español. - Enero 5 de 1836.

FÍGARO DE VUELTA.

Carta á un su amigo residente en París.

Puesto que ni comision ni objeto mercantil me llamasen á los paises estraangeros, quise visitarlos solo por gusto, ó comodidad, á expensas propias, y caminando por mi respeto.

CURIOSO PARLANTE. Panorama Matritense. *La vuelta de Paris.*

Madrid 3 de Enero de 1836.

Se vuelve á España desde París, querido amigo: es cosa probada, y lo que es mas, es cosa buena. Ni soy yo solo quien ha llevado á cabo tan árdua empresa. Loco estoy del gozo y del contento. Digan lo que quieran acerca de la superioridad de esos paises, la patria es para un español mas necesaria que una iglesia; ya sabes que á la vuelta de cada esquina se encuentran todavía una ó dos en nuestro pais, pues se tropiezan por las calles aun mas gentes que han vuelto de París. Por lo que hace á mí, no me queda la menor duda de que estoy de vuelta. Despues de darme por ello el parabien, es mi primer cuidado el escribirte.

¿No lo podias creer? ¿Eh? ¿A qué has de volver, decias? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Cómo? ¿Por dónde? ¿En qué? Despacio con tantas preguntas.

¿A qué he de volver? A mis antiguas mañas, amigo mio. Te confieso que no lo puedo remediar. ¡Diez meses sin murmurar! ¡Fígaro diez meses sin curiosear los enredos de su barrio, sin hacer la oposicion á nadie, sin criticar á cómico viviente, sin probar un buen garbanzo, sin tomar una mediana jícara de legítimo chocolate, ni ver el sol de Castilla? ¡Fígaro diez meses sin divisar una mantilla madrileña, ni una palidez valenciana, ni un solo pie andaluz? ¡Un año casi sin pararse en la Puerta del Sol, ni en otra puerta alguna, embozado en la *nu-be* (1), sin ir al café del Príncipe, sin asistir á una sesion del Estamento; diez meses, en fin, sin ver una real orden, ni columbrar un prócer? Eso es morir, amigo, la vida que ustedes hacen. ¿Qué á mí tanta ciencia y tanta industria, tanto progreso, tanto teatro y tanto camino de hierro? Hombres hay aqui que tienen ciencia, y la mayor por cierto, la ciencia del vivir, y la de hablar despues de vivir; hombres que no pudieron llegar á saber en todo un París ganar un real, y que han hallado en Madrid á un dos por tres con que pasar una real vida. Y no te figures, no sirviendo y adulando á los demas, sino mandándolos y haciéndose de ellos adular y servir. ¿Qué mas ciencia, ni qué mas industria? Si es por progreso, amigo, esto va que vuela. Si por teatro, ¿dónde mas cosas que parezcan lo que realmente no son? ¿Dónde hay nada mas parecido á un gobierno representativo que el que rige felizmente á España en nuestros

(1) En gitano la capa.

días? ¿Dónde hay telon que se parezca mas á un árbol, ni cómico que mas se asemeje á un príncipe, que lo que se parece un Estatuto á una Constitucion? Pues, Dios mediante, han de parecerse aun mas. En punto á camino de hierro, ¿de qué otra materia parece hecho el durísimo por donde, á mas no poder, venimos caminando desde que salimos ha dos años de la Granja, que todo ese tiempo hemos necesitado para volver otra vez á doña María de Alagon? (1)

¿Por qué me habia de volver? Por la misma razon, amigo mio, que de aqui me fui, y por la misma idéntica que me forzó toda mi vida á mudar de contino casa y domicilio; por la misma que me vió pasar en otros tiempos del Hablador á la Revista, de la Revista al Observador, de los periódicos á la escena, de las comedias á las novelas; por esta venturosa organizacion que para variar me dió naturaleza, y que en el número 94 de la Revista me hacia escribir:

“La necesidad de viajar y de variar de objetos... logró hacer de mí el ser mas veleidoso que ha nacido... Esto me hace disfrutar de inmensas ventajas, porque solo se puede soportar á las gentes los quince primeros dias que se las conoce... Si alguna cosa hay que no me canse es el vivir, y si he de decir la verdad, consiste esto en que á fuerza de meditar, he venido á conocer que solo viviendo podré seguir variando... Nadie, pues, mas feliz que yo, porque en cuanto á las habladurías y murmuraciones del mun-

(1) Hoy local del Estamento de próceres: en tiempo de la Constitucion de las Cortes.

do perecedero, así me cuido de ellas, como de ir á la Meca.”

¿*Para qué?* Para escribir, ahora que la libertad de imprenta anda ya en España en proyecto. ¡Y qué proyecto! Tal y tan bueno, que acerca de él solo, he de escribirte una gran carta, por no caber en esta los muchos y francos encomios con que le pienso glosar y comentar. ¡Yo, que de Calomarde acá rabio por escribir con libertad, no habia de haber vuelto aunque no hubiera sido sino para echar del cuerpo lo mucho que en estos años se me quedó en él, sin contar con lo mucho con que se quedaron los censores, que rejalgar se les vuelva! Viniera yo cien veces, aunque no fuera sino para hablar, y volverme.

¿*Cómo, me decias, por dónde, en qué?* A tales preguntas contestára sobradamente la relacion de mi viaje, si estuviera mas despacio. No niego que el *por dónde* me apuraba. El camino de Vizcaya no está para todo el mundo, sobre todo desde que anda por él *un faccioso mas*; que aunque no es mas que uno, como ha dicho muy bien alguien, debe de ser sin duda tan grande que lo ocupa todo. Bueno era no hace mucho en defecto de ese el de Cataluña; pero de poco tiempo á esta parte hay tambien en él algunos facciosos mas y algunas diligencias menos. Bien me decian que el de Oleron era incómodo; pero ¿qué remedio? Volver por Portugal, como habia ido, ni era lo mas derecho, ni menos para mi carácter versátil; ademas de que hay países que no son para vistos dos veces; y aunque alguien me incitaba á tomar con el vapor del Mediter-

ráneo la via de Marsella, Argel, Cádiz y Sevilla; eso de volver á España por Argel, mas lo tuve yo por pulla y atrevida, que por consejo razonable.

Víneme, pues, por Oleron, adonde no creí llegar por entre tantos gendarmes como andan por la frontera, defendiendo el paso á los carlistas para la faccion. Como yo no tengo traza de príncipe, ni me parezco á D. Cárlos ni á D. Sebastian, como no traía conmigo ni armamento, ni municiones, ni caballos, me costó mucho trabajo introducirme en España.

Los Pirineos, esos montes que no existen desde la cuadrupla alianza, esas barreras que allanó para siempre entre Francia y España nuestro ministerio del justo-medio, se pasan sin embargo á caballo en un mulo, ó por mejor decir, en compañía de un mulo, á lo cual llaman *diligencia de Zaragoza á Oleron*, sin que yo haya podido dar con la verdadera causa de esta denominacion en dos largos dias que con dicho mulo viví, solo con él en aquellos vericuetos, considerándole yo á él, y considerándome él á mí. Era tanto el hielo, y tan malo el paso, que no sé decirte quién llevaba á quién.

Posteriormente he oido hablar mucho en el Estamento, y aun por todo Madrid, de aduanas. Hombres eminentes hay que aseguran ser las tales un gran recurso para el Estado, y todos por aqui estan creidos, hasta el gobierno, de que tenemos una en la frontera: se dice que está en Canfrang. Asi debe de ser. Lo cierto es que cuando yo pasé, la tal aduana habria salido á dar una vuelta, con el cura y el cirujano del

pueblo, porque nunca la vi, ni ella vió jamas mis baules. Lo que sí vi fue varios carabineros, con quienes contraje relaciones de dinero; pero de peseta en peseta me vi á lo mejor en Madrid, en donde ya no sirve para no ser registrado dar una peseta, sino que es preciso dar dos por ser la capital, y á casa luego con el contrabando. Yo no lo traía casualmente, que lo sentí; pero te juro que el ramo está perfectamente organizado para el que lo quiera traer. Esto te lo digo por si te vienes. Tráete medio París en la maleta, y no vayas á creer al pie de la letra, como yo, que todo está reformado, y que andan todos derechos, aunque lo veas impreso, porque oficio es nuestro imprimir, y no ignoras que los periodistas el día que no imprimimos no comemos. De todos modos, hagas uso ó no del aviso, bueno es que esto quede entre los dos.

Te acordarás que en principios de agosto remití á la Revista un artículo en que, presumiendo á fuer de Fígaro lo que iba á suceder, encomendaba á nuestro buen gobierno de entonces que se recogiesen con tiempo las riquezas artísticas encerradas en los conventos: imprimióse en efecto, aunque mal parado por algun benigno censor. No habrás olvidado que á pocos dias, por una rara coincidencia sin duda, pareció una real orden en la Gaceta dando providencias en el particular. Parece que se nombraron efectivamente comisionados por aqui y por alli, con sus dietas correspondientes, para la coleccion y resguardo de aquellos objetos: la cosa se ha llevado tan á punta de lanza, y con tal celo, que yo mismo vi y toqué no muy le-

jos de Madrid objetos de esos, que paran en casa de quien los ha querido tomar. Códices viejos por ejemplo, manuscritos, ediciones raras de obras antiguas y otras bagatelas. ¿Para qué quiere el gobierno esas tonterías? ¿librotes de los frailes! *¡chucherías de las madres!*

La quinta se ha realizado con entusiasmo indecible; y pues viene á cuento, te he de contar otra cosa que debe influir mucho en el buen espíritu de los pueblos, y en especial de la tropa. En cierto pueblo, no lejos de esta corte, me hallaba yo casualmente no ha muchos dias cuando acertaron á pasar los quintos que venian de Estremadura. ¿Qué bien se trata á la tropa! ¿Qué bien á esos dignos labradores que dejan su arado para defender nuestros empleos con su sangre! ¿A no estar ya en una época en que se reconoce la dignidad del hombre! ¿Yo mismo vi tambien á un oficial asentar su mano fuertemente sobre la mejilla de un quinto, y yo vi á un cabo medir á otro con su vara, insignia por cierto militar! Y esto á la faz del pueblo, y en medio de la plaza pública, y en dia de sol claro. Con todo, si ese hombre se insolenta irá al cepo; si deserta al palo; y si pasa á la faccion le llamaremos *caribe*. Ya ves que se van corrigiendo los abusos.

Hace pacos dias que se concedió el título de ilustrísimos señores á no sé qué individuos de no sé qué corporacion, consejo ó tribunal: esto es indiferente; lo que importa es el dictadillo. Estas distinciones hacen gran falta en España; señorías, escelencias, &c. &c.; esto siempre es bueno, porque establece diferencias entre los

hombres, que es á lo que vamos. Bien se te alcanza que dificilmente puede tener mérito un hombre, mientras todo advenedizo le puede llamar de *usted*. Esto está en el espíritu de la regeneracion que estamos llevando á cabo.

Todavía hay Estamento de próceres, y tienen sus sesiones corrientes: te lo digo porque me acuerdo de que cuando yo estaba en París habia llegado á olvidarlo.

En el de procuradores ya se ha contestado al discurso de la corona: se asegura que para dentro de un par de meses ya podrán reunirse las otras cortes, quién dice *revisoras*, quién *constituyentes*. Lo primero es lo mas general, lo segundo es lo mas cierto; pero si en mes y medio solo se ha votado uno de los proyectos, ¿cuántos mas se habrán votado en marzo? Es verdad que se habla mucho. Ya tiene el gobierno ganado el voto de confianza por unanimidad, como quien dice, porque solo el Sr. Pardiñas votó en contra. Por fin habló el Sr. conde de Toreno por primera vez despues de su advenimiento á la oposicion: habló como si no hubiera sido ministro. El Sr. Martinez de la Rosa dijo mil cosas sobre la alquimia, y otras bagatelas. Este habló como si fuera ministro todavía. Y no te digo mas porque no lo son ya ni uno ni otro.

Por lo que hace al gobierno, te sabré decir que hasta ahora caminamos de milagro en milagro. En el ministerio se cuentan tres personas distintas, pero que en realidad no componen mas que un solo ministro verdadero: dicen sus enemigos que no le falta mas que hablar; de to-

das suertes, no se le puede negar á este ministerio que *promete*. ¡Así cumpla! Eso es lo que veremos. Tal cual ha empezado, confieso que si en mi organizacion cupiera ser alguna vez ministerial, se me habia presentado una bonita ocasion; pero ya sabes que nunca pretendí ni obtuve nada de gobierno alguno, sistema en que pienso vivir por muchos años. Todo lo mas á que podia estenderse mi ministerialismo siempre que por alguna casualidad diéramos con un buen ministerio, sería á alabar lo bueno que hiciera con la misma independendia con que siempre gusté de criticar lo malo.

A propósito, no quisiera que se me olvidase. ¿Querrás creer que á mi llegada á esta corte me encontré con personas que suponian que mi viaje habia sido costeadado por el gobierno? Todavía me estoy riendo de la idea. ¿Tú no lo sabias? Ni yo tampoco. Pero en este Madrid todo se sabe. Por otra parte, cuando uno va á París, es claro que no puede ser sino con algun empleo, ó con fondos del gobierno. ¿Qué fondos particulares bastarian para llegar á París? Ni yo tengo cara tampoco de ir á París por mi gusto. Esto es claro como la luz del dia. ¡Qué penetracion! ¡Dios los bendiga!

Mas ya echo de ver que esto es un tanto largo para carta, y un si es no es corto para folleto; á no contarte cosas que parecieran mejor secretas, habia de hacer de ello un artículo de periódico, porque es bueno que sepas que llevado de mi comazon de escribir y de mi versatilidad, no bien hube llegado á Madrid cuando me eché á buscar un papel público en donde

fabricar mi nido para lo que falta de invierno. Queríale grande empero, y donde cupiese yo todo, que no cabia el año pasado en Madrid; largo, ancho, desahogado, como lo habia imaginado mil veces para tanto como tengo aun que decir. Empezábame ya á desesperar, cuando hé aqui que de pronto surge de la calle de las Rejas El Español, tamaño como por el adjunto verás. Yo, que á imitacion del borracho del cuento, aguardaba que pasase mi casa para meterme en ella: "*Este es,*" exclamé en cuanto le vi:

"estenderse, crecer, tocar al cielo,"

y metíme de rondon en él, donde quedo, para servirte, imaginando á toda prisa artículos de teatro, literatura y costumbres, maligno un tanto y siempre independiente, mas sin nunca entrometerme en lo de vidas privadas, censurando las cosas, no á los hombres, procurando hermanar con mi poca ó mucha hiel el respeto que en sociedad nos debemos los unos á los otros, amigo de mis amigos, y por demas agradecido al público que sufre mis habladurías. Hé aqui mi profesion de fé. — Tuyo siempre — *Figaro.*

P. D. A la salida del correo queda hablando en el Estamento de señores procuradores desde ayer el señor Perpiñá; el correo siguiente te diré el fin de la sesion, si ha acabado.



Español. — Enero 30 de 1836.

BUENAS NOCHES.

Segunda Carta de Fígaro á su correspondal en París, acerca de la disolucion de las Cortes, y de otras varias cosas del dia.

Buona sera, D. Basilio,
Presto andate á reposar.

Il Barbieri di Seviglia.

Madrid 30 de Enero de 1836.

Con fecha del 3 te escribí mi primera carta, querido amigo, dándote aviso de mi llegada á esta corte, y ando no poco inquieto con la suerte de la tal carta (á que no he recibido contestacion), porque á la mañana siguiente del dia en que te la escribí, y cuando yo presumia que podria estar ya por lo menos en Ariza, ¿dónde dirás que me la encontré? La encontré ni mas ni menos en el Español, mal que bien encajonada, entre las *sesiones* y los *cambios*, que entonces ambas cosas existian todavía; no habia hecho mas camino que de la calle del Caballero de Gracia á la de las Rejas. Como andan las cosas tan trocadas, imaginé desde luego que habria participado ya mi naturaleza de esta atmósfera que respiramos, y que habria enviado

al Español mi carta en vez del primer artículo de teatros, que debia darle, y echado el original, destinado á la imprenta, en el buzón del correo, en vez de nuestra correspondencia. Poniame solo en confusión el haber notado que la carta impresa no era precisamente la misma que yo te habia escrito, pues que en ella faltaban varios párrafos. Esto me hizo sentir tanto mas la equivocacion, porque si no puede serme agradable que intercepten nuestra correspondencia, mas duro ha de parecerme que la mutilen, dado que yo no escribo al censor, sino á tí. Soy ademas un tanto tímido, y escribiéndote en confianza como te escribo, ni me cuido de pulir el estilo lo bastante, ni menos de paliar las verdades en un punto: dígame por tanto cosas que es vergüenza ¡por vida mia! que anden impresas, y mas vergüenza aun que sean ciertas.

Como quiera que sea, aprovecho para hacer llegar esta á tus manos otro conducto, que me parece mas seguro, si en la publicidad está la seguridad. Quiero mas bien escribir una carta que un artículo: y he de dar las razones. Cuando escribes una carta á una persona determinada, puedes estar seguro de tener un lector: si es cierto lo que dicen los franceses, que en todas las cosas *c'est le premier pas qui coûte*: no es poca ventaja la de asegurarse de ese modo un principio de público; y como el que escribe la carta es dueño de escribirla á quien mejor le parece, goza de otra ventaja no menor de escogerse el público á su gusto. Sácase de aqui la forzosa consecuencia de que cuando uno escribe una carta, sabe con quien habla, y esto no es

humo de pajas tampoco en estos tiempos que corren. Si reflexionas en fin que en el día cuantos artículos podemos hacer han de reducirse á artículos de fé, ó de esperanza, no estrañarás que me decida por las cartas. Aqui para entre los dos, quiero que me llamen partidario del Estatuto que nos rige, si sé hacer artículos de fé; porque aunque siempre se ha dicho que vivimos en pais de ciegos (gran circunstancia para todo lo que es fé), dígotela francamente que yo no veo el tuerto que ha de ser rey. Hazlos, pues, me dirás, de esperanza, que de eso los hacen los demas. Y yo tambien los haria, amigo mio. ¡ Asi la tuviera!

Agrega á las razones dadas en favor de las cartas, que es ramo tan bien arreglado, que te da ganas de ponerte á escribirlas solo porque te las lleven á cualquier parte, y sobre todo desde la real orden de 8 de Enero, la cual está tan clara, que no parece sino que la han discutido en Cortes, y dice asi, por ver si tú la entiendes.

MINISTERIO DE LA GOBERNACION DEL REINO.

Real orden.

“ Excmo. Sr. : Enterada S. M. la Reina Gobernadora del oficio de V. E. de 29 de Diciembre último, ha tenido á bien resolver que mediante haber cesado el riesgo que ofrecia la carretera de Aragon á Barcelona, y no ser tampoco grande el que presenta la que va desde aquella ciudad á Valencia, se despache la correspondencia pública de Barcelona por ambas carreras,

hasta que libre de todo peligro el camino de Aragon, sea éste el solo conducto de comunicacion entre Madrid y Barcelona; siendo la voluntad de S. M. cuide V. E. de que se anuncie esta disposicion temporal en la Gaceta. Dios &c. Madrid 8 de Enero de 1836. - Heros. - Excmo. Sr. Director general de Correos."

Es decir que mediante á que ya no hay riesgo de Aragon á Barcelona, se despache por ahí la correspondencia, hasta que no haya peligro. Mas claro, señor, que ya no hay riesgo; ya no hay mas que peligro. Luego llama *temporal* á esta disposicion, y efectivamente no es mal chubasco; mas que real orden parece granizada de palabras; á no ser que la llame asi por no llamarla espiritual, y por corresponder mas bien al cuerpo que al alma los asuntos de esta carretera. Concluye la real orden con un *Dios &c.*, que no he podido dar en lo que significa, aunque presumo que el que la puso acabó diciendo, *Dios me asista*, ó *Dios me entiende*, ó *Dios sobre todo*, pues que solo su divina Magestad es capaz de dar cumplimiento á tan extraordinaria resolucion. Por donde se ve que es mas digno de lástima de lo que parece el señor director de Correos, pues no solo ha de dirigir sus cartas á cada uno, sino que ha de entender al ministerio; á no ser que sus Escelencias se entiendan por bajo de cuerda de otra manera mas esplicita, y guarden solo para el público ese lenguaje anfibológico.

Es lo peor que en 16 de Enero, ocho dias despues, no estabamos mas adelantados en punto á estilo de reales órdenes, porque S. M. por

real decreto de dicho dia promueve á don Francisco Javier Uriarte y Borja á la dignidad de capitan general de la armada, *sin aumento alguno de goce, á que generosamente renuncia Uriarte en atencion á las presentes circunstancias.* Convengo en que las presentes circunstancias no son para muchos goces; pero tambien es gran lástima que desde el 16 de Enero no pueda gozar el señor de Uriarte sino precisamente lo mismo que gozara hasta aquel dia, y que haya de tener tan en el fiel la balanza de sus penas y placeres. Es decir que si al dia siguiente del real decreto le hubieran dado al señor de Uriarte una buena noticia, como por ejemplo la dissolution del Estamento, deberia haberse mirado mucho en gozar de aquella satisfaccion que deberia naturalmente caberle, porque ese sería aumento de goce, supuesto que en su vida habrá tenido otro igual antes del 16 de Enero.

¿No sería bueno que para mejorar la suerte del señor Uriarte, y aun la del director de Correos, se comenzasen á emplear en los ministerios gentes que supiesen ya leer, por lo menos, y escribir?

Pero estarás impaciente por saber el objeto de esta mi segunda carta; te habrá chochado el rótulo que en cabeza le he puesto. "¡Buenas noches, dirás, cuando estoy yo esperando un nuevo dia y el progreso y difusion de las luces en cada noticia que de la Patria recibo!" Quiérote sacar de confusiones. Las *buenas noches* que te doy no son para tí; no es ahí, sino aqui, donde nos hemos quedado á oscuras. ¿Ves claras ahora las *buenas noches*? ¿Tampoco? Manos pues

á la obra, y escucha, que hay que tomarlo de mas arriba.

Hay entre nosotros unos pocos hombres que andan jugando á la gallina ciega con nuestra felicidad, y que tienen el raro tino de hacer siempre las cosas al revés. Estos tales habian leido ya el año 12 los escritos del siglo pasado, y se habian hecho ellos solos liberales, que no habia mas que pedir. Oyeron el grito de independencia nacional, y dijeron para su sayo: "¡Oiga! la España se ha ilustrado;" con lo cual no tuvieron duda en que se podia dar una Constitucion, y diéronse una especie de código, sagrado, respetable siempre como paladion que fue de nuestra independencia y cuna de nuestra libertad, pero cuya bondad no hubo de ser muy comprendida por los pueblos todos, realmente atrasados para tanta mejora, pues que en cuanto se presentó el amo de casa hubo dia de sábado, y quedó el suelo limpio de innovaciones. Los hombres de que te voy hablando dijeron: "Esto ha sido una traicion, y otra vez sucederá mejor." Esperaron, y el año 20 hélos aqui que tornan á poner la mesa y los mismos manjares sobre ella, porque el apetito, decian, era el mismo. Pero van y vienen dias, van y vienen franceses, viene y se va la Constitucion, y vienen y se van nuestros hombres otra vez. Ya en medio de los tres años entró en reflexion alguno de ellos, y dijo para sí empezando á escarmen-
tar: "Acaso no está la España bastante ilustrada, y no tiene su estómago tanto apetito como yo le habia supuesto; no será malo sustituir las Cámaras á la Constitucion." Pero el tercero en

discordia decidió la cuestión, y mientras que aquellas y estas se andaban representando la comedia de *¿Quién ha de mandar en casa?* se adjudicó él á sí mismo la parte del león de la fábula. Nuestros hombres pasaron diez años en el extranjero, y aquellos de quienes te voy hablando, en lugar de decir esta vez, como dijeron la primera, *Esto ha sido traicion*, que entonces hubieran acertado, dijeron: *Está visto, la España no está ilustrada*. La cosa es clara; malograda la intentona dos veces, era preciso inferir una de dos cosas: ó los gobernantes ó los gobernados no sirven para el paso. Alguien que hubiese sido modesto hubiera dicho: *¿Si seremos unos torpes?* Pero nuestros hombres dijeron: *Ellos son unos sandios*. Y pusieron de nuevo la mesa: *Pero esta vez, añadieron, no os hemos de ahitar, porque si el año 12 no teniais apetito, si el año 23 dejasteis hundirse el banquete, ¿cómo podreis digerirlo el 34?* Rara consecuencia: yo hubiera sacado precisamente la contraria; porque algo habíamos de haber adelantado del año 12 al 20, y del 23 al 34. De suerte que ellos, que habían andado demasiado cuando los demás estaban parados, comenzaron á pararse cuando los demás empezamos á andar.

Figúrate, amigo mio, que eres sastre, y que le haces á un niño de siete años un uniforme de consejero: ¡claro está que ha de venirle ancho! tú, sastre, entonces, dices: *Vea usted, ¡qué niño tan torpe! le hago un uniforme de consejero, tan hermoso y tan bordado, y al muy necio no le viene.*

Coges el uniforme, desprecias al niño y te

vas. A los siete ú ocho años vuelves con el mismo uniforme, y el niño tiene quince. — ¿Ancho todavía? exclamas; esto no se puede aguantar; si el uniforme está lo mismo, ¿cómo no le viene? Está visto que este muchacho no sirve para consejero, es un sandio. Vuélvete á tu taller, y es-carmentado de las pasadas esperiencias hácesle una bonita envoltura, y vuelves con tu lio debajo del brazo á los diez años, y entonces el muchacho tiene ya veinte y cinco. — ¡Qué diantres, gritas asombrado, este muchacho es el diablo, tampoco le viene la envoltura! ¡Ay! ¡ay! ¡ay! pues señor, es investible; y coges y le dejas en cueros.

¡Vive Dios, señor sastre, qué consecuencia y qué tijera!!

Hé aquí, amigo mio, la historia de España desde el año 12 hasta el 34, mas clara que la del P. Duchesne, traducida por el P. Isla. Me parece que habrás entendido cuál es la envoltura, y escuso decirte quién es el sastre. Ahora que nos podemos empezar ya á vestir nos viene con la envoltura, y porque no nos asienta dice que somos unos brutos.

Mal acomodada, en fin, esta vestimenta, que nos lia de pies y manos, y sin siquiera andadores, reúnen los Estamentos del siglo XV arreglados á las necesidades del siglo XIX, esto es, la envoltura con faldones y corbata; y pasamos largos meses haciendo una comedia de capa y espada, que no ha sido otra cosa todo el año 35, segun lo mezclado de la intriga, lo enredado del embrollo, los velos que se han corrido y descorrido, las entradas y salidas, las mutaciones de

escena, los encuentros por las calles, las tapadas que han implorado nuestro favor, y lo esquisito de los conceptos, sin que puedan olvidarse las largas relaciones de dama y galán, que solo para lucirse los actores se han estudiado y se han dicho.

Pero cansado el público de tan largos parlamentos, y de ver todavía tan oscuro el desenlace, ilumina una noche la Península con conventos; al resplandor de los sublimes flameros no ve cosa que le estorbe sino el ministerio, y pide por junto su caída.

Un hombre nuevo es llamado á deshacer la facción y á rehacer la nación; se necesitan recursos por una parte, y el hombre nuevo encuentra recursos. Pero para rehacer la nación es preciso empeñarse por deshacer lo que encuentra mal hecho. ¡Frustrada suerte, que hayamos de pasar un año en deshacer el error de un día! Nueva Penélope, la España no hace sino tejer y destejer.

Júntanse en esto las Cortes, y *Gracias á Dios*, dirán, *que tenemos quien ilustre la materia!* El trono habla á las Cortes, y las Cortes contestan al discurso del trono. Hasta aquí no hay cuestión de gabinete, es solo cuestión de buena crianza. El uno dice: *Señor de usted*; y el otro contesta: *Muy señor mío*. No es decir esto, sin embargo, que no haya transcurrido casi un mes en debatir y dilucidar si el uno podía decir á su riesgo y peligro el primer cumplimento, y si podría el otro en conciencia responder con el segundo. Pero al fin se convino, se decidió que no había peligro ni por una ni por otra parte en decirse los mencionados piropos.

En seguida el ministerio abriga dudas acerca de si tiene ó no tiene la confianza de la nacion, que le acaba de confiar el poder. Y va y lo pregunta al apoderado de la nacion, cuyo apoderado conviene consigo mismo en que no es tal apoderado, supuesto que la ley electoral, por la cual existe, es provisional y defectuosa, y no pudo dar por resultado la expresion de la voluntad de la nacion; lo cual es tan cierto, que esa misma representacion nacional, que no es representacion nacional, va á hacer ella en virtud de sus poderes, que no son poderes, otra ley electoral que dé por resultado la expresion nacional. Pero has de saber que en estos gobiernos representativos queda destruido el antiguo refran que dice: *que nadie da lo que no tiene*, mas claro, con un ejemplo, en ellos una vela apagada puede encender otra vela. ¿Lo ves claro ahora? Pues sin embargo, el ministro puesto por la nacion, le pregunta al tal apoderado de la nacion, si la nacion tiene confianza en él. Es decir que yo, mayordomo tuyo y puesto por tí, le pregunto á tu ayuda de cámara si me da licencia de que te siga sirviendo de mayordomo. Ya ves que el paso es natural. ¡Ventajas inmensas todas de haber hecho las cosas á medias, cuando hubo coyuntura de hacerlas por entero! ¡Suerte precisa de un pueblo que se empeña en que le den lo que no se da, lo que solo se toma! Porque el que da no puede menos de ser legal, y la legalidad repugna toda innovacion.

Felizmente como le habia de haber dado al apoderado por decir que no, dióle por dar

oir que sí, y tuvimos voto de confianza. Dióse de paso otro empujon á la cosa pública, y púsose por fin el nombre de *Guardia Nacional* á lo que el año pasado no se podía llamar así sino con manifiesto peligro. Ya te lo he dicho, *tejer y destejer*. En unos cuantos meses no hemos hecho sino destruir nombres nuevos para llegar á los viejos: destejer; de *Fomento á Interior*, de *Interior á Gobernacion*, de *subdelegado á gobernador civil*; ya llegaremos á *gefes políticos*; de *Estamentos á Cortes revisoras*, y ya llegaremos á *constituyentes* y á *constitucionales*. En unos cuantos meses han perdido las palabras *Guardia Nacional* todo el veneno que tenían; puestas en prensa, como han estado, lo han escurrido. Semejantes en eso al vino, que nuevo hace daño, y embotellado y guardado se vuelve mejor. Por el contrario, las palabras *Milicia Urbana* perdieron su fuerza y se malearon, semejantes tambien al vino, que espuesto al aire libre se agria y se desvirtúa.

Después de haber conseguido desandar ese trozo de camino, vamos á la ley electoral, que ya no sé con qué comparártela, porque, sea dicho con respeto, no sé á qué se parece. En primer lugar el ministro, picado sin duda de la generosidad del Estamento que le acababa de conceder su voto de confianza, no quiere ser menos, y le da el suyo al Estamento con tres proyectos adjuntos, el suyo, el de la mayoría, y el de la memoria de la comision, diciendo que no es cuestion de gabinete, y que adopta lo que el Estamento decida. Confianza por confianza. Se adopta la totalidad. ¡Gran victoria, parecida á

otra moderna que no quiero nombrar, y que tambien se volvió toda principio! *¿Qué importa?* dice la oposicion. En los artículos te aguardo. En el todo estan de acuerdo; en lo que no estan de acuerdo es en las partes que componen ese todo; pero por lo demas ; qué bobería! El encabezamiento, la fecha, el oficio de remision, todo está bien. Es decir: *Yo te regalo una capa hecha, solo que no quiero que gastes de ella ni el paño, ni los embozos, ni el cuello, ni las hechuras.* Ahora, abrígate tú como puedas, que al fin yo te regalo la capa.

Contarte, querido amigo, los pasos de la discusion es obra superior á mis fuerzas, y decirte en quién estuvo la culpa, y nombrarte al que por falta de práctica parlamentaria dejó que su enemigo se adelantase á tomar la mejor posicion, es superior á mi voluntad; por tanto te aconsejo que eches mano de las sesiones de Cortes, y te las leas de cabo á rabo, y si llegas á entender claro en el asunto, te aconsejo tambien que te des la enhorabuena, y te tengas en lo sucesivo por hombre de talento.

¿Quiéres que te diga lo que yo he sacado en limpio, por ende verás que soy un pobre hombre? Ya yo me lo presumia, pero nunca creí quedarme á oscuras con tantas luminarias; porque decia yo para mí: para que se entienda una cosa habrá de bastar ó que el que trata de averiguarla no sea lerdo, ó que el que la esplica sea muy avisado. Nada de eso, y juzga si el pobre Fígaro es lerdo, cuando no ha sacado en limpio sino:

Que la eleccion directa es la mas liberal;

que el ministerio es liberal, y queria lo mismo que quisiese el Estamento, siempre que lo que quisiese el Estamento fuese lo mismo que él queria. Que ha habido una comision y dos proyectos en ella, y que el ministro queria lo mismo que la comision, que queria dos cosas distintas, y que el Estamento, que no queria ni al ministro ni á la comision. Que la oposicion en el Estamento era de hombres retrógrados que abogaban por el progreso, y que querian la eleccion directa como la mas liberal, ellos que eran los menos liberales; que el ministro, que hacia de ministerio, y la comision, que hacia de las suyas, eran hombres progresivos que abogaban por el retroceso, y que querian la eleccion indirecta como la menos liberal, ellos que eran los mas liberales; que los mas liberales querian que se efectuase la eleccion por provincias, y los menos liberales por partidos; que hay cincuenta y tantas provincias y doscientos y tantos partidos en España, que las provincias son mas liberales, á pesar de que los mas liberales son los partidos &c. &c.; y he entendido, en fin, que ni los he entendido, ni se entienden, ni ya nunca nos entenderémos.

¿Me has entendido, Andrés? Bueno; pues ahora sabrás que de resultas amaneció un dia y se votó todo eso: abstuviéronse diez señores de votar, lo cual hace tal vez el elogio de su conciencia; sin duda no estaban todavía mas ilustrados que yo, y se perdió la votacion, todo por cinco votos, que han venido á ser las cinco llagas, Andrés mio, de este pobre cuerpo crucificado: viniendo á ser tambien por lo tanto en

sus partes cuestion de gabinete, la que en su todo no era sino cuestion de escalera abajo.

Con esto, amigo, y para que nos entendiéramos, se tomó la determinacion de hacer callar al Estamento, que sino estaria hablando todavía, quedándonos todos el 27 de Enero á oscuras de Estamento, y de Cortes, y de ley electoral, con la rara circunstancia de que la nacion estaba deseando que la disolvieran, y el pueblo es el primero que ha dado la enhorabuena al gobierno por haberlo enviado á pasear. Y sin embargo ha hecho bien y ha tenido razon. ¡Ahí verás tú lo que son anomalías!

En efecto, el trono, usando de su prerogativa, dijo á cada cual en lengua castellana lo que mi tocajo dice en cierta parte: *Buona sera, don Basilio, presto andate á reposar;* y ya á la hora de esta deben de ir por esos caminos los señores procuradores á poner en claro para sus comitentes la ley electoral, que asi acertarán los unos á entenderla, como los otros á esplicarla.

Pero al dia siguiente, querido amigo, y cuando creíamos los amigos del ministerio que iba á dar un *golpe de estado*, sustituyendo á la ley provisional agregada al Estatuto, otra ley provisional, en la cual podia decir *ni quito ni pongo rey, pues no es aquella fundamental, y tan ministro soy yo como el padre mismo del Estatuto*, nos encontramos con una Gaceta extraordinaria, que dice que se reunirán nuevas Cortes el 22 de Marzo, mas no *revisoras* ni *constituyentes*, sino solo para hacer dos meses despues lo que estas debian haber hecho dos meses antes. Á ver si lo entiendes: el ministro dijo, al llegar

al artículo que levantó la polvareda: *No me le toqueis, porque de no ser la eleccion por provincias, habré de tardar dos meses mas, y entonces no puedo cumplir mi promesa, porque estoy de prisa.* Respondieron las Cortes: *Abajo el articulo; parece natural creer que el ministro va á echar por el atajo y decir: No me ahorrais los dos meses; pues en atencion á la urgencia, yo me los ahorro; no señor, sino que dice: Me embarzais dos meses, y os disuelvo para que dentro de esos dos meses veamos si otras Cortes mejores me los ayudan á saltar.* En ese caso, pues, ¿para qué disolverlas? Aguantar los dos meses, pues que por todos lados se presentan, y asi no serán mas que dos; porque si las otras Cortes vienen diciendo erre que erre, entonces serán cuatro en vez de dos.

De suerte que yo por el pronto solo veo clara una cosa; y es que para el 22 de Marzo se reunirán de nuevo en Madrid otras Cortes, uno de cuyos Estamentos será elegido por los electores que elijan los Ayuntamientos y mayores contribuyentes; que sus individuos deberán tener 12000 reales de renta, treinta años, y haber nacido ó estar arraigados en la provincia, segun el Estatuto. Que estas tales Cortes oirán otro discurso de la corona, y volverán á contestarle; que se volverá á poner sobre la mesa la ley electoral, en atencion á que es preciso hacer una nueva, pues que la actual, por la cual van á ser elegidos esos mismos que harán la otra, no vale nada. Que para entonces es probable que empecemos á entendernos, porque es de suponer que Tarragona, y Granada y As-

turias, no han de reelegir exactamente á todos sus poderhabientes; que se discutirá luego el proyecto de libertad de imprenta, el de responsabilidad ministerial, y *demas objetos importantes que el bien público reclame*; que para entonces seguramente no tendríamos faccion, porque estarán al caer los seis meses de la promesa, ó no tendríamos ministerio, porque estará caido si no la cumple; que en eso se pasará la primavera y el verano; que para el otoño se pondrá en vigor la nueva ley electoral; y que mucho antes del dia del juicio veremos las Cortes *revisoras*, que engendrarán las *constituyentes*; y que... y en fin, que se acabará el mundo, algun dia, si hemos de creer las sagradas escrituras, las cuales añaden hablando de eso, que nuestro Señor Jesucristo vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos; de los muertos no digo nada, pero ¡vive Dios que si yo fuera quien hubiese de juzgar, ya los vivos estarían juzgados!

Y hé aqui, amigo mio (en tanto que descubrimos el del ministerio), descubierto el secreto de la oposicion, y esplicada un tanto la anomalía de como querian los menos liberales el método mas liberal, á saber, porque era el mas largo, sin contar con el rodeo que nos hacen dar sus señorías, que por mucho tiempo reposen, ya que tan completa y oportunamente les damos todos las *Buenas noches*.

Concluiré diciéndote, que hasta la presente estamos tan á buenas noches de ministros como de Estamentos (pues los señores Próceres, sin comerlo ni beberlo, también han çallado todos á un tiempo, que era como hablaban, sin que

por eso dijese entonces mas que ahora).

El de la Guerra está en su elemento: estos dias se andaba buscando uno para Estado, ó para Hacienda, como quieras entenderlo, pero vaya usted á saber dónde estará metido: con respecto al de Marina, ya oirías que se trataba de hacer ministro de Marina al señor de Galiano, á causa de que habla muy bien; pero como el ministro ha cortado la conversacion, dudo mucho que insistan en eso: S. E. se quedaria hablando con las olas, y diciéndoles el *quos ego* de Virgilio, y por cierto que lo aprecio demasiado para deseárselo que le hagan ministro. De todas suertes, no debe de admirar en ese ramo la tardanza, porque asi pueden andar buscando ministro para la Marina, como Marina para el ministro. Hay quien añadia si el de la Gobernacion ha de mudarse; pero te aseguro que lo tiemblo, porque si cada ministro ha de traer consigo, como ha sucedido hasta ahora, un nombre nuevo y un nuevo reglamento para ese dichoso ramo tan desgobernado, no ganamos para memoria y para membretes impresos.

Sigilo y mas sigilo, si he de seguirte escribiendo, no me suceda algun chasco; y en el ínterin que te vuelvo á escribir, que será pronto, recibe las *Buenas noches* de tu amigo - *Figaro*.



Abril 3 de 1836.

DIOS NOS ASISTA.

Tercera Carta de Fígaro á su correspondal en París.

Despues de mi segunda carta, fecha de 30 de Enero, esperé largo tiempo para escribirte, querido Andrés, que ocurriesen cosas dignas de contarse. Pensarás que han ocurrido efectivamente: yo no sé si ha sucedido algo, paréceme unas veces que sí, paréceme otras que no. Pero si no ha sucedido, seguramente que va á suceder, y por si saliera falsa mi congetura no quiero fiar á la contingencia de los acontecimientos la continuacion de nuestra correspondencia. Allá va otra carta á buena cuenta.

Como te referí, cerráronse los Estamentos y quedamos á buenas noches. La primera novedad que dió que hablar en aquellos dias fue, que segun pareció despues, le quedaba algo que decir al señor Perpiñá. ¿Y qué dirás que hizo? va, coge, y cree que tenemos libertad de imprenta: el buen señor es por lo visto incapaz de pensar mal de nadie, y como de cierto tiempo á esta parte no ha habido Ministro que no se haya proclamado abogado de la libertad de imprenta, aunque por el estilo del marido que delante de gentes animaba á su muger á comer de los pichones, y en

;

quedando solos le decia enseñándole un garrote, *¡ay si los catus!* hubo de imaginar que entre nosotros pensar y decir era todo uno; mas breve: creyó que para hablar le bastaba tener licencia de Dios, y que por tanto no necesitaba la del Gobernador civil. Al revés me las calcé. Escusable es el señor ex-Procurador, porque hace tanto tiempo que nos estan diciendo que somos libres, que á veces uno mismo se lo llega á creer. Echa mano de un folleto, desparrama en él sus ideas como quien siembra, y tiéndese á esperar la cosecha. ¿Pero qué dirás que cogió? Él, nada. La autoridad fue la que cogió los folletos.

Eso sí, al dia siguiente la autoridad nos probó en un artículo comunicado que los folletos se podian coger: ya lo sabiamos, y si no se lo hubiéramos podido preguntar al autor. Seamos con todo imparciales. El Gobierno añadió que nosotros *no ignoramos que para publicar un papel, sea cual fuere su tamaño, se necesita licencia.*

¡Y cómo si lo sabemos! Pluguiera al cielo que nos fuese dado ignorarlo. Es como si te pusieras en camino y te asaltasen ladrones, y te quejases, y te respondiese el ladron:—*¿Pues no sabe que hay ladrones?*—y repusieras tú:—*¡Como no debiera haberlos!*—y te tornasen á replicar:—*¡Pero como los hay...!*—que sería el cuento de nunca acabar y de tener razon el ladron, es decir, el mas fuerte.

Solo en una cosa me divirtió el Gobierno: en decir que sentia como el que mas que asi sucediese; eso prueba que estaba de buen humor, señal de que la cosa iba bien. Es la del verdugo,

que te pide perdon antes de ahorcarte; si fuese siquiera despues probara arrepentimiento. Yo le diria, ¿y quién le pone á V. S. un puñal al pecho para que sea verdugo, si el oficio no le agrada?

Lo peor del caso fue que el folleto no tenia mas cosa buena que el ser corto; mas como tuvo los honores de la persecucion, vino á leerlo todo el mundo; perjuicio para el Gobierno, que lo habia recogido; mas perjuicio aun para el autor, que lo habia escrito, y á quien la autoridad logró desacreditar, dando á su produccion la mejor especie de publicidad; y mayor que para nadie para el público, que tuvo que echárselo á pechos en aquellos dias en que no se hablaba de otra cosa.

Punto en el folleto, que es cosa antigua. Á pocos dias ocurrió otra friolera, si en estos tiempos es lícito llamar friolera á la cantidad de dos mil reales. Giró el lance sobre la misma libertad de imprenta, sobre si un párrafo del Español tenia al pie un garabato ó si no lo tenia, sobre si se habia invertido el orden, y si lo habia leído el censor antes que el público, ó el público antes que el censor. Pareció no haberlo leído en su vida el censor: se consultó el libro de los oráculos, por apodo reglamento, y éste respondió en términos bastante claros:

*Y para casos tales,
Que pague el editor dos mil reales.*

Figúrate qué golpe para el Gobierno, y más lloviendo sobre mojado. ¡El que como arriba dejamos dicho siénte tanto estas cosas! Estos son

golpes, amigo, que acaban con un Gobierno sensible; así es que yo lo veo y no lo veo.

A mí me da que hacer la libertad de imprenta: no soy el único á quien da que hacer, pero en fin me da. Habla la Reina, y se hace lenguas de la libertad de imprenta; hablan los Ministros, y para ellos no hay altar donde ponerla; hablan tambien (esto no es pulla) los Próceres, y convienen en que es la base; abren la boca los Procuradores, y procuran por ella como por las niñas de sus ojos; hablan los periódicos, y hártanla de piropos. Y hablo yo y digo, como don Basilio en la ópera de mi tocayo, *¿á quién engañamos pues aquí?* ¿quién diantres impide que la establezcan? Alguno hay que habla de mala fé, y deben de ser el pueblo, los Estamentos y los periódicos, porque en cuanto al Gobierno, ¿cómo dudar de él, cáspita, siendo tan patriota?

Me podrás decir que á pesar de cuanto llevo escrito hay libertad de imprenta, solo que está cara, como bocado delicado que es. Cierto; por dos mil reales te puedes dar un hartazgo; por cuatro mil dos hartazgos, y así progresivamente hasta la cantidad de tres hartazgos, porque en llegando á ese número simbólico, como le llama Dupuis, mueres de un causon. Yo pienso usar de ese medio, y darme algun dia hasta dos: los primeros doscientos duros que yo vea reunidos, los tengo ya destinados á un dia de asueto. Es lo malo que si me recogen antes de que me lean, habré pagado caro el placer de un monólogo escrito; pero siempre me queda el recurso de aprenderlo antes de coro, y de irlo diciendo á mis amigos, los cuales son tantos que vendrá á ser como im-

primirlo. Por fortuna no está previsto en el reglamento el caso de que uno se sirva de imprenta á sí mismo. Solo me detendria el temor de causar una desazon al Gobierno, quien al tomar los ejemplares y los cuatrocientos, bien sé yo que se le habia de caer la lágrima tan gorda.

De lo que puedes vivir seguro es de que esas multas no se aplican á pago de censores; seis meses hace que estan los pobrecitos echando rúbricas dia y noche como en barbecho en cuanto papel les cae debajo, sin ver la cara de un rey en una mala moneda: eso parte el corazon. Digo, si fuese gente interesada como muchos creen; vale Dios que no necesitan ellos que nadie les dé un maravedí por atajar el paso á la licencia. Hombre hay que con tan buen fin daria dinero encima de lo suyo, si censor ó no censor hubiera aqui hombre que lo tuviera; aun harán mas probablemente, que será dejar parte del sueldo, que no cobran, para el donativo voluntario, á que obligan ahora á todo el mundo, con cuyos auxilios va la guerra que vuela. Es lo que muchos dicen: ya quisieran ver á lo menos lo que dan, para formar una idea de lo que deberian tomar. Sueldo, Dios le dé, pero rúbricas no faltan. Censor conozco yo á quien le presentaron en un mismo dia la cuenta de su lavandera y el contrato matrimonial de su hija, y en la primera puso: *imprimase*; y en el segundo: *no puede correr, por ser contra las prerogativas del altar y del trono, y encerrar alusiones inmorales*. Y tenia razon, porque al matrimonio se sigue lo que tú sabes, cosa por cierto inmoral y hasta fea en cuanto á ornato.



Chanzas aparte; no es el mio, que es hombre en verdad racional si los hay, y de él estoy tan contento que el dia que me lo quiten, como es de presumir, me arrancan un pedazo del alma y el cuerpo todo entero, que á fuerza de verdades alimento.

Dejemos á un lado esas boberías de la libertad de imprenta, que se parece al dinero en lo indispensable, y en lo filosóficamente que sin la una y sin el otro vamos trampeando.

Ya sabrás en París los asesinatos del santuario de Hort: hicieron eco en Barcelona, y hubo alli la de Dios es Cristo. Muchos liberales se afligieron, y yo tambien me afligí, ¡vaya! pero no precisamente en cuanto liberal, sino en cuanto hombre. Une estos que llaman atentados, y que realmente lo son, con los de los conventos, y remontándote mas arriba con los del 17 de Julio, de triste recordacion para los frailes de Madrid, y te diré una cosa.

Cuando yo veo á los principales pueblos de una nacion alzarse tumultuosamente, y á pesar de las guarniciones y de la guardia nacional, y del poder del Gobierno, atropellar el orden y propasarse á escesos lamentables en distantes puntos, en épocas diversas, y á despecho de los sentimentales sermones de los periódicos, dificilmente me atrevo á juzgarlos con ligereza; mientras mayores son los escesos, mas increíble el olvido de las leyes y mas fuerte la insurreccion; mas me empeño en buscarles una causa; ni en el orden físico ni en el moral comprendo que lo poco pueda mas que lo mucho: no comprendo que pueda suceder nada que no sea natural, y

para mí natural y justo son sinónimos. De donde infiero que una insurrección triunfante es cosa tan natural como la erupción de un volcán, por perjudicial que parezca. Una causa no es una defensa, pero es una disculpa, desde el momento en que se me conceda que una causa dada ha de tener forzosamente un efecto.

Ahora bien. ¿En dónde ve el pueblo español su principal peligro, el más inminente? En el poder dejado por una tolerancia mal entendida, y por muy largo espacio, al partido carlista; en la importancia que de resultas de la indulgencia y de un desprecio inoportuno ha tomado la guerra civil. ¿No veía en los conventos otros tantos focos de esa guerra, en cada fraile un enemigo, en cada carlista preso un reo de estado tolerado? ¿No procedía del poder de esos mismos enemigos, dominantes siglos enteros en España, la larga acumulación de un antiguo rencor jamás desahogado? ¿Qué mucho pues que la sociedad acometida en masa, en masa se defiende? ¿Qué mucho que no pudiendo ahogar de una vez al enemigo entre sus brazos, se arroje sobre la fracción más débil de él que tiene más cerca y á su disposición? Solo puede ser generoso el que es ya vencedor: si al Gobierno le es dado juzgar y condenar legalmente, es porque está fuera de combate, porque representa á la justicia imparcial. Pero se pretende que de dos atletas en la fuerza de la pelea, el uno continúe su victoria hasta acabar con su enemigo, y que este se contente con decirle: "¿espérate, no me mates, que voy á dar parte á la justicia, que es de mi partido, para que ella te ahorque!!!"

El pueblo no es el Gobierno; es mas fuerte que él, cuando este no comprende y satisface sus necesidades; y prueba de ello es que lleva á cabo sus atentados, sin que aquel los pueda preveer ni impedir. No es esto alabar los atentados, sino decir que son los inconvenientes de las revueltas, y que por malos que parezcan son naturales, como es malo, pero natural, que un rio atajado por diques, inferiores á él, se salga irritado de madre é inunde la campiña que debiera fertilizar mansamente.

Nota aqui una cosa. Quien pudo hace un año dar salida conveniente á ese rio no lo supo hacer, y cuando llega la avenida, se queja del rio. Quéjese de su torpeza, que no calculó antes de poner los diques la fuerza que el agua traeria. El Gobierno no supo á tiempo contentar á los pueblos y dar salida legal á su justo enojo, y su sucesor, que heredó la culpa, se queja ¿de qué? ¿de que los pueblos no son de carton, como uno y otro creyeron!!!

Recorre la historia: en ella aprenderás que un asesino nunca puede ser justo; pero cuando no es uno, cuando no es una faccion, cuando son los pueblos enteros los que asesinan, rara vez dejan de obrar naturalmente. Que no fueron entre nosotros cuatro malévolos, mal pudiera negarlo el Gobierno mismo, pues á haberlo sido, ¿cómo no hubiera estado en su mano sujetarlos? De donde infiero que los desórdenes del pueblo, ó son naturales y justos cuando el Gobierno no los puede contener, ó son culpa del Gobierno cuando puede y no sabe, ó no quiere. Argumento sin contestacion.

Peró eso sí, vivimos en el tiempo de la legalidad. Los principales motores fueron presos y trasladados á Canarias. Por supuesto, me dirás, previa formacion de causa y la competente condenacion de los tribunales. Claro está. ¿Cómo querias tú que un Gobierno que se queja de los excesos del pueblo vaya él á cometerlos? ¿Un Gobierno, que no puede como el pueblo disculparse con la seduccion y la irritacion de las pasiones, habia de atropellar las leyes, de que es guardian y ejecutor, con la misma facilidad que ese pueblo á quien castiga por haberlas atropellado? ¿Pues no ves que si el Gobierno hubiera atropellado las leyes para castigar los atropellos de otros, deberia haber empezado por embarcarse él para Canarias, y decir: *marchemos todos francamente, y yo el primero, por la senda de presidio?* Vaya, Andrés, que eso ni suponerse puede, y si te cuentan que tal caso ha sucedido, puedes decir que el que lo cuente es un malévolo de esos que traen la anarquía en el bolsillo. Diria el Gobierno, y diria bien: "yo no hice tal cosa, y si la hiciera, ¿qué diferencia habria entre los atentados del pueblo y los míos? Porque en fin, mientras que la ley no le ha declarado reo, el condenado es asesinado: en ese caso no habria entre mi atentado y el del pueblo mas que una diferencia; á saber: que el pueblo asesinó malamente carlistas; y yo asesino malamente liberales."

Asesinatos por asesinatos, ya que los ha de haber, estoy por los del pueblo.

Puedes estar seguro de que hay causa, y si no se les ha formado, es porque andamos de pri-

sa; ó por mejor decir, lo que ha ido á Canarias no ha sido una cadena de culpables, sino una comision artística compuesta de liberales, que van á costa del Gobierno á acabar de descubrir aquellas islas, y escribir una memoria de las alturas del globo, y á dar testimonio al mundo sobre todo de la altura á que estamos, tomando el meridiano del pico de Tenerife.

Tambien te habrán contado posteriormente otra pequeña arbitrariedad ejecutada oficialmente en una vieja, en virtud de un *cúmplase* de un héroe. ¡Dios nos libre de caer en manos de héroes! Solo te diré que á lo menos los de Barcelona tuvieron que acometer una fortaleza y exponerse á ser rechazados. Bueno es remontarse á las causas de las cosas, al tronco, y no á las ramas. Es así que la primera causa de que existen facciosos fueron las madres que los parieron; ergo, quitando de en medio á las madres, lo que queda. Los teólogos dicen: *sublata causa tollitur effectus*. Es lástima que no haya vivido el abuelo, porque mientras mas arriba mas seguro es el golpe. Pero hemos tenido que contentarnos con la madre. Está probado que así como Sanson tenia la fuerza en el pelo, los facciosos tienen el veneno en la madre, que viene á ser la hiel de ellos; en quitándosela se vuelven como malvas: así lo ha probado la esperiencia, porque de resultas el otro no ha fusilado mas que á treinta. ¡Quién sabe los que hubiera fusilado si hubiera tenido madre todavía? Luego, las mugeres son las que estan impidiendo la felicidad de España, y hasta que no acabemos con ellas no hay que pensar tener tranquilidad. En cuan-

to á las hermanas, como estaban casadas con guardias nacionales, les tocaba fusilar la mitad á los de allá, y la otra mitad á los de acá; pero nosotros, mas desprendidos, no quisimos perdonar ni la mitad que nos tocaba, y lo fusilamos todo. ¡Bien aventurados en tiempos de héroes los incluseros, porque ellos no tienen padre ni madre que les fusilen!

Pasadas estas etiquetas de recíproca cortesía, dieron en correr voces de que el ejército estaba descontento, y que la guerra de Navarra no iba lo ligera que debia. Felizmente para todos, algunos amigos tuyos y míos, que asisaben mover la pluma como esgrimir la espada, enderezaron la opinion en artículos luminosos, probando lo que ninguno debia tener olvidado, que las guerras civiles son largas, á pesar de todos los programas del mundo; que estos son por el contrario los que tienen corta vida; que así las civiles como las demas se sostienen con dinero y con soldados; que un Gobierno en lucha con una faccion pierde mas cuando pierde una batalla, que adelanta cuando la gana, y que una derrota nuestra nos quita mas honra que gloria da á la faccion; que por lo tanto es fuerza no aventurarse sino á ciencia cierta; que la guerra no se hace en el ministerio, sino en Vizcaya; que de real orden se llevan y se traen jueces, se envian buques á Canarias, y se conquistan votos, pero de real orden no se ganan batallas; que algunos descalabros nuestros han sido debidos á reales órdenes; que para hacer la guerra se necesita un plan; que para tener plan es preciso que el general solo sea responsable; y que Cór-

doba, en fin, sin que haya necesidad de llamarle héroe, tiene un plan, el cual es forzoso dejarle llevar á cabo, siquiera porque no ha habido hasta ahora otro mejor que el suyo.

Tales razones nos convencieron, fue bien acogida la representacion del ejército, y si bien ninguno de los que hablaban fue á dar su brazo en vez de su voto, al fin no se admitió la dimision, y sigue el general, y su plan, y la guerra de Navarra, en el mejor estado posible.

Mientras todo esto pasaba echáronse encima las *próximas elecciones*, hoy ya pasadas, y porque digo se echaron encima, no vayas á pensar alguna tontería. Dijeron muchos si habria amaños ó si no habria amaños; que se escribió largo y se intrigó mas. Lo primero solo prueba cultura en el pais, lo segundo arguye talento. ¡ Vaya usted á impedir que hablen las gentes! Para que no fuesen las elecciones muy populares bastante amaño era ya la propia ley electoral, en virtud de la cual debian elegir los electores nombrados por los ayuntamientos y los mayores contribuyentes. No hay cosa para elegir como las muchas talegas: una talega dificilmente se equivoca; dos talegas siempre aciertan, y muchas talegas juntas hacen maravillas. Ellas han podido decir á su Procurador por boca de los mayores contribuyentes la famosa fórmula aragonesa: "Nos, que cada una de nos valemos tanto como vos, y todas juntas mucho mas que vos, os hacemos Procurador."

Luego, los elegidos habian de tener 12000 reales de renta: gran garantía de acierto: por poco que valga un real en estos tiempos, no hay

real que no valga una idea, sin contar con las muchas que hasta ahora hemos visto que no valian un real, y con los varios casos en que por menos de un real daría uno todas sus ideas: bueno es siempre que haya reales en el Estamento por si acaso no hubiese ideas. Tanto mejor si hay lo uno y lo otro.

No es menos importante lo de los treinta años; no es menos simbólico ni cabalístico el número de treinta que el de tres tan citado, y de que es decuplo: treinta días tiene el mes, treinta minutos cada media hora, por treinta dineros vendió Judas á un Dios, treinta años representa la vida de un jugador, y treinta años, en fin, la capacidad de un Procurador. Muchos filósofos han creído que cuando el hombre nace, el Ser Supremo, que está atisvando, le sopla dentro el alma por medio del mismo procedimiento que usa un operario en una fábrica de cristales para dar forma á una vasija; pero eso es el alma; mas no la capacidad y la facultad de procurar: esta tal otra quisicosa se la infunde el Criador el día que cumple treinta años, por la mañanita temprano, así como la aptitud legal y la mayoría se la comunica á los veinte y cinco. O tú, Andrés, que no los has cumplido, está con cuidado el día que los hayas de cumplir, y escíbeme para mi gobierno lo que sientas en ese día: dime por dónde entra la capacidad, y hácia dónde se coloca en tu persona; prevenido de esa suerte de los síntomas que la anuncian podré yo hacer á la mia, el día que me baje, el recibimiento que se debe á tan ilustre huésped. ¿Cuándo tendremos treinta a-

ños? Aquel dia seremos ya unos hombrecitos.

Bien ha habido hombres que han discurrido antes de los treinta años, pero esos son fenomenos portentosos, raros ejemplos de no vista precocidad; y en cuanto á Peet y otros de su especie, Ministros ya mucho antes, ni siquiera es posible considerarlos como monstruos de naturaleza; es fuerza inferir error de cálculo y mala fé en la de bautismo.

El haber nacido en la provincia, ó tener en ella arraigo, no es de menos importancia, si recordamos que las primeras impresiones se graban para siempre en la cabeza del niño, y deciden de lo que ha de ser despues cuando grande: ni es posible que un hombre conozca su provincia, y se interese por ella, si no ha nacido por alli cerca. Puede suceder que una provincia tenga mas confianza en la reputacion, en el saber de un forastero; pero páselo en paciencia la buena de la provincia, que mas pasó Cristo por ella.

Dicen sin embargo que todos los electores no han tenido presentes todas esas verdades; asi que, unos Procuradores no han nacido, otros no tienen la renta, ¡qué sé yo! Esto tiene compostura habiendo comision de poderes, y en todo caso se aplica la renta de unos á otros, como hacen los buenos cristianos con los méritos de nuestro Señor Jesucristo, que valen mucho mas que las rentas; y asi poniendo de aqui y quitando de alli tengo para mí que se ha de remediar. Y aun yo diria mas. Don Juan Alvarez Mendizabal fue elegido por ejemplo por Barcelona, siendo natural de Cádiz, y no habiendo

residido en Cataluña. Decían: pero no tiene nada suyo en Cataluña, sino los electores; ¿pues eso no es tener? ¿no valen tanto por lo menos los electores como una casa, ó una tapia, ó unas cuantas fanegas de pan llevar? ¿Sino que poniéndose á hablar las gentes...!

Por lo demas es sabido que el Gobierno no ha influido absolutamente nada en las elecciones, y desde luego se dijo que eran á pedir de boca. Para que formes una idea, han salido elegidos los sugetos siguientes:

Por Barcelona, como llevo dicho, don Juan Alvarez Mendizabal.

Por Cádiz, don Juan Alvarez Mendizabal.

Por Gerona, don Juan Alvarez Mendizabal.

Por Granada, don Juan Alvarez Mendizabal.

Por Madrid, don Juan Alvarez Mendizabal.

Por Málaga, don Juan Alvarez Mendizabal.

Por Pontevedra, don Juan Alvarez Mendizabal, &c. &c. &c.

Que es el cuento de pasó una cabra, y volvió y pasó otra, y volvió á tornar y á pasar otra cabra, y así sucesivamente.

Si oyes decir que se abre el Estamento, di que es broma, que quien se abre es don Juan Alvarez Mendizabal.

No habrás olvidado que los Ministros de Estado y de Hacienda, y el Presidente del consejo, son don Juan Alvarez Mendizabal, y que los otros Ministros no son sino una manera de ser, distinta, solo en la apariencia, del don Juan Alvarez Mendizabal. Ahora figúrate el dia que el Estamento don Juan Alvarez Mendizabal pida cuentas al Ministerio don Juan Alvarez Men-

dizabal... aquí llaman esto un *gobierno representativo*; sin que sea murmuración, confieso que yo llamo esto un *hombre representativo*.

Una vez conocida la buena índole de las elecciones y la idoneidad de esos diversos señores Procuradores, ocurrió la duda de si estas Cortes que iban á reunirse vendrían solo para hacer una ley electoral mejor que la que les confiere su derecho; ó si podrían constituirse revisoras. Quiénes se agarraron á la legalidad, diciendo que esto último sería ilegal; quiénes intentaron probar que lo de menos era la legalidad, y que lo que importaba era la conveniencia. Por fin salimos del atolladero, y parece que no tratarán de constituirse por varias razones, Porque no han sido convocadas para eso. Porque siendo su objeto principal hacer una ley electoral, en virtud de la cual puedan convocarse luego las revisoras, es claro que los demás asuntos que á ellas se sometan, por importantes que sean, habrán de ser subalternos al principal. La nación tiene un cimiento, y necesita una casa: en estas Cortes va á decidir cuales han de ser las circunstancias del arquitecto que se la puede hacer á su gusto. Por consiguiente, todo lo que sea proceder á construir el que solo está comisionado para designar el constructor, es hacer la casa y dejar para despues el arquitecto; equivale á blanquear despues de pintar; es dejar al que venga detras el derecho de poner en duda la validez de la construcción.

En estas disputas andabamos, cuando otro *run run* mas terrible vino á poner nuevo espanto en nuestro corazon. Hé aquí que una noche

corre la voz de que se va á poner la Constitución del año 12. ¡Bravo! dije yo: esto es lo que se llama andar camino. Aquí no se sabe multiplicar, pero restar á las mil maravillas. Vamos á quien puede mas. El año 14 vino el Rey y dijo: quien de catorce quita seis, queda en ocho. Vuelvan pues las cosas al ser y estado del año 8. El año 20 vienen los otros y dicen: quien de veinte quita seis, queda en catorce: vuelvan las cosas al ser y estado del año 14. El año 23 vuelve el de mas arriba y dice: quien de veinte y tres quita tres, queda en veinte; vuelvan las cosas al ser y estado de Febrero del año 20. El año 1836 asoman los segundos, y estos quieren restar mas en grande: quien de treinta y seis quita veinte y cuatro, queda en doce; vuelva todo al año 12. Estos han pujado, si se exceptúa el del Estatuto, que mas picado que nadie cogió y lo restó todo, y nos plantó en el siglo XV.

¡Diantre! ¡si volveremos todavía á la venida de Tubal! Sepamos primero cómo se entiende nuestro progreso. ¿Hacia dónde vamos? ¿Hacia atrás, ó hacia adelante? Tengamos el cuento del cochero, que montado al revés, arreaba al coche.

Ya te lo he dicho: tejedores: tejer y destejer. Nadie vende su tela, y nadie hace tela nueva.

Decían ellos que el volver atrás no era mas que tomar carrera. ¡Dios los bendiga, y qué larga la toman!

Vamos claros. La Constitución del año 12 era gran cosa en verdad, pero para el año 12: en el día da la maldita casualidad de que somos

mas liberales que entonces: si te he de hablar ingenuamente, á mí me parece poco.

Las circunstancias del año 12, la guerra que sosteniamos apoyada en el fanatismo popular, y el mayor atraso de la época, exigieron concesiones en el dia no necesarias, ridículas.

En ella hablan las Cortes en nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo, y Espíritu Santo: gran principio para una novena: buena es la devocion, pero á su tiempo: eso es adoptar, heredar de la monarquia el derecho divino: la sociedad puede servir á Dios en toda clase de gobiernos. El Supremo Hacedor no delega facultades temporales ningunas, ni en un soberano, ni en un congreso; la sociedad se hace ella misma por derecho propio sus reyes y sus asambleas. Cristo vino al mundo á predicar, no á redactar códigos. Á Dios daremos cuenta de nuestras creencias, no á los hombres; reflexion igualmente aplicable al capítulo 2.º, artículo 12; porque el Salvador quiso convencer, no obligar, porque no quiere mas homenajes que los voluntarios.

Item mas: en la Constitucion del año 12 no está consignada la libertad de imprenta, si no para las ideas políticas, y eso es decirle á un hombre: *ande usted, pero con una sola pierna.*

En cambio nos impone como ley fundamental el amor á la patria y la obligacion de ser justos y benéficos... en cambio... Andrés mio, callemos, porque repito que la venero, y tengo por indigno de un liberal poner en ridículo el paladion de nuestra independencía nacional, y la cuna de nuestra libertad, por facil que eso

sea. Pero la respeto, como Cristo respetó el testamento viejo, fundando el nuevo. Veneremos el viejo código, y venga no obstante otro nuevo mas adecuado á la época.

Parécense los hombres del año 12, amigo Andrés, al cura que no sabia leer mas que en su breviario; ó mejor al gastrómono en Vista Alegre, que viendo su mesa puesta, pugna por sentarse á ella en cuanto le dejan un momento libre, en cuanto ve un resquicio por donde acercarse á la mesa. El caso es el mismo; todos les hacemos cumplimientos, pero no les dejamos sentarse. Unas veces se lo impidió el poseedor don Pascual de la Rivera, otras los mozos de su fábrica... Convengo en que es una desesperacion; pero culpen, no á nosotros, sino á ellos mismos, que tantas veces se dejaron interrumpir antes de llegar el bocado á la boca.

Aténgome á su artículo, que dice:

“La nacion española es libre é independiente, y no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia, ni persona.”

Eso digo yo: entre á gobernar, no éste ni aquel, sino todo el que se sienta con fuerzas; todo el que dé pruebas de idoneidad. Basta de ensayos. Á eso nos responden ellos. ¿Y dónde estan esos hombres? — ¿Dónde han de estar? En la calle, esperando á que acaben de bailar los señores mayores, para entrar ellos en el baile.

¿Cómo no salen esos hombres? añaden. ¿Cómo han de salir? De Calomarde acá, ¿qué protección, qué ley electoral ha llamado á los hombres nuevos para darles entrada en la república? Cuenta sin embargo con ella, y llámelos la ley

presto; ¡déjese entrar legalmente á los hombres del año 1836, ó se entrarán ellos de rondón!!!

En conclusion, hombres nuevos para cosas nuevas: en tiempos turbulentos hombres fuertes sobre todo, en quienes no esté cansada la vida, en quienes haya ilusiones todavía, hombres que se paguen de gloria, y en quien arda una noble ambicion y arrojo constante contra el peligro.

¿Qué saben los jóvenes? esclaman. Lo que ustedes nos han enseñado, les responderémos, mas lo que en ustedes hemos escarmentado, mas lo que seguimos aprendiendo. ¡Y qué eran ustedes el año 12! Nosotros fundarémos nuestro orgullo en ser sus sucesores, en aprovechar sus lecciones, en coronar la obra que empezaron. Nosotros no rehusamos su mérito; no rehusen ellos nuestra idoneidad, que el árbol joven es la esperanza del jardinero, si el viejo ya le da sombra.

Segun el miedo que tienen de que la juventud entre en los puestos, no parece sino que es posible hacerlo peor que ellos.

Para el año 1836 la única Constitución posible es la Constitución de 1836.

Una idea te diria, si no la hubieras de contar; y solo á tí te la diria, porque ellos la tomaran á personalidad; si de ella hiciese un artículo, y sabe Dios que no lo digo por tal. Mucho venero á los hombres de otra época, Andrés mio; mucho saben, sobre todo en no hablándose de gobernar, para lo cual ya nos han manifestado repetidas veces hasta dónde rayan; mucho saben, y tanto, que no solo no los lanzaria yo de la república, sino que los guardára muy guardados como guardaban los romanos los li-

bros sibilinos, para consultarlos con el mayor respeto: de ellos armaria una biblioteca viva, donde vueltos de espaldas en muy pulidos estantes, leyese el estudioso encima *Fulano, de Economía Política; Mengano, de Reformas Constitucionales; Zutano, de la Guerra de la Independencia; Perengano, de Metáforas y del Espiritu del Siglo, &c., &c.*; de suerte que no hubiese mas que volverlos y ojearlos en un apuro, cuidando mucho de quitarles antes, y despues el polvo, y de tornarlos á volver hasta otra duda, como pergaminos preciosos.

Ahí verás tú si los respeto, y si los tengo en estima.

Hasta aqui de la Constitucion y de los hombres del año 12. Pasó el susto, y la noticia, como habrás visto, no tuvo consecuencia. Sin duda el ruido que metió fue el último cumplimiento de despedida que nos hizo.

No ganamos para sustos. Posteriormente se cruzaron de palabras el pueblo de Valencia y su Capitan General. Este tomó una porcion de providencias, entre otras las de Villadiego; con cuyo ingenioso arbitrio no le pudieron haber los valencianos, que es decir que ha podido mas que ellos, que se ha burlado de ellos. Tiene mucho talento. Buen chasco se han llevado. Asi, asi: á los alborotadores hay que jugarles esas pasadas; con eso escarmientan. A buen seguro que si Basa hubiera hecho otro tanto, no le hubieran deshecho á él; y el pueblo de Barcelona se hubiera llevado el mismo chasco que el de Valencia. ¿No quereis Capitan General? Pues tomad Capitan General. ¿No te figuras tú al pueblo de

Valencia buscando á su Capitan General por todas partes, como quien busca una sanguijuela estraviada, y él trota que trota para Madrid? A mí me hace morir de risa. Es lo que él dice. ¿Pues qué, querían ustedes que me matáran? ¿Qué habíamos de querer?

Con que ahora está aquí bueno, gordo y tranquilo; no ha sido poca fortuna el poderlo contar.

En Zaragoza fue por otro estilo: salieron unos carlistas, sentenciados á qué sé yo que bobería: se levantó el pueblo, sitió á los jueces, y dieron en quererlos juzgar. Al maestro cuchillada. Pero no les da el naípe para esos pasages á los jueces de Zaragoza, como á los Capitanes Generales de Valencia.

Entre tanto el Ministro de Gracia y Justicia sigue siempre de mudanza, y hace bien, porque el juez que no da fruto en una tierra, lo da en otra. El juez ha de ser como el zapato, hecho al pie; por eso el que no le viene bien al uno, le viene bien al otro.

Para eso el de la Gobernacion. No se mete con nadie, ni habla mal de nadie. Es un excelente señor; á su oficina y no mas. Da lástima hacerle daño, y sería completo si se le volviese *C* la *H* de su apellido; pero llámalo *h*.

En cuanto al de la Guerra nadie sabe una palabra de él.

En mi última te pintaba en globo la confusión que en el Estamento y fuera de él habia causado la ley electoral, y te añadía:

“Yo por el pronto solo veo clara una cosa, y es que para el 22 de Marzo se reunirán de nuevo en Madrid otras Cortes... que para enton-

ces es probable que empecemos á entendernos..., y que seguramente no tendremos faccion, porque estarán al caer los seis meses de la promesa, ó no tendremos ministerio, si no la cumple, porque estará caido &c."

De todas esas profecías solo en la primera acerté; porque en cuanto á entendernos da gusto. Unos dicen que Mendizabal es el primer hombre del mundo; otros que no es tal, sino el último; que el primero es Isturiz y Galiano; te advierto que este son dos; otros que ni Isturiz ni Mendizabal; no sé qué te diga: quién asegura que éste puede durar unos quince dias, quién defiende que durará mas que un constipado mal curado: éste no ve mas que el prestigio que tiene todavía en las provincias, el cual no se destruye tan facilmente, sobre todo cuando no deja de tener algun fundamento; aquel no atiende mas que al descrédito en que ha caido en sus corros y cafés, y cree que toda la nacion puede juzgarle con igual talento, y tan de cerca como él. Estos disputan que no hay hombres aqui; aquellos que sí hay hombres; los de la izquierda que hay dinero; los de la derecha que no hay un cuarto; estoy por estos. Quién opina que la guerra es inacabable; quién la da por acabada, añadiendo que no falta mas que tirar una línea: uno dice que el mal de España no tiene remedio; otro que esa es la mejor señal, que empieza la revolucion, y que en Francia sucedía lo mismo, á pesar de que todo era diferente; varios juzgan que el rigor es de justicia, y que el árbol de la libertad se riega con sangre; algunos creen que la humanidad repugna tales

horrores; no falta quien piensa que es guerra de empleos, y sobra quien no piensa ni eso ni nada. Pero todos somos liberales y vamos á una: eso sí. Por lo cual esto se acabará pronto de un modo ó de otro: en prueba de ello te puedo decir que se empiezan ya á acabar dos cosas: el dinero y la paciencia.

Pero son tantas las opiniones en fin y los hechos que se acumulan, y tantas las cosas que van á suceder, sin contar las que han sucedido desde la apertura de las Cortes, que me es indispensable reservarlas para otras cartas: me limito en esta á ponerme al corriente, saliendo del atraso de noticias en que te tenia. En lo sucesivo aprovecharé todas las ocasiones posibles de escribirte, y al siguiente correo para Francia recibirás la inmediata, salvo extravío, golpe de mano airada, ó caso fortuito.

Si en el ínterin, y en medio de este conflicto de opiniones encontradas, me pides la mia, te contaré un caso que juzgo oportuno.

Sitiaban los franceses al mando del Mariscal Moncey esa misma Valencia, que en distintas épocas han mandado el Cid y Carratalá. Reuniéronse en tan grave apuro el Ayuntamiento y las personas mas ricas del pueblo, entre las cuales quedóse dormido de confusion y pesadumbre un confitero, que entendia mas de ramilletes que de disturbios políticos. Iba diciendo cada uno en la asamblea su opinion como mejor lo entendia. Llegada que le fue su vez á nuestro hombre, — y usted, le dijo sacudiéndole del brazo el que á su lado tenia, ¿qué piensa? — Sí, ¿cuál es su opinion de usted? preguntaron todos

á un tiempo; á cuya pregunta contestó despertando y todo despavorido el confitero: ¡mi opinion, sí, mi opinion, señores, es de que *Dios nos asista!!!* En cuyo voto imitaba el confitero la rara discrecion del P. Froilan Diaz, confesor de **Cárlos II.**

Eso mismo opino yo, Andrés mio, por ahora, y mientras no vea levantarse en masa á la nacion para ahogar de una vez y para siempre el monstruo que en el norte nos devora, en vez de entretenerse en cuestiones secundarias y en rencillas personales, de las cuales debiera el pais hacer justicia, como del orgullo mezquino y de la loca vanidad de sus dueños. - Tu amigo - *Figaro.*



E. — Enero 18 de 1836.

LITERATURA.

Rápida ojeada sobre la historia é índole de la nuestra. — Su estado actual. — Su porvenir. — Profesion de fé.

La política, interes principal que absorbe y llena en el dia todo el espacio que á la pública curiosidad ofrecen en sus columnas los periódicos, nos ha impedido hasta ahora señalar en el nuestro á la literatura el lugar que de derecho le corresponde. Pero no hemos olvidado que la literatura es la espresion, el termómetro verdadero del estado de la civilizacion de un pueblo, ni somos de aquellos que piensan con los estrangeros que al concluir nuestro siglo de oro espiró en España la aficion á las bellas letras. Si pensamos que, aun en la época de su apogeo, nuestra literatura habia tenido un carácter particular, el cual ó habia de variar con la marcha de los tiempos, ó habia de ser su propia muerte, si no queria transigir con las innovaciones y el espíritu filosófico que comenzaba á despuntar en el horizonte de la Europa. Impregnada del orientalismo que nos habian comunicado los árabes, influida por la metafísica religiosa, puédese asegurar que habia sido mas brillante que sólida, mas poética que positiva. A esta sazón, y cuando nuestros ingenios no ha-

cian, ni podían hacer otra cosa que girar de continuo dentro de un mismo estrecho círculo, antes de que se hubiese acabado de formar y fijar la lengua, una causa religiosa en su principio, y política en sus consecuencias, apareció en el mundo; y esa misma causa que dió el impulso investigador á otros pueblos, reprimida y perseguida en España, fijó entre nosotros el *nec plus ultra* que habia de volvernos estacionarios. La reforma abrió un nuevo campo á los pueblos de Alemania y de Inglaterra, que la abrazaron ansiosos; y si en Francia no triunfó, tuvo el influjo bastante para templar y equilibrar el ciego impulso del fanatismo. Los que se atrevieron á luchar con ella abiertamente no osaron en cambio dejar toda su fuerza á la reaccion religiosa, temerosos sin duda de que la falta de contemplacion forzase á los pueblos, avizorados ya con el ejemplo, á lanzarse en la nueva senda que delante de sí veían abierta. De aquí la tolerancia que fue forzoso á los legisladores adoptar en política y en religion; la cual preparó en Francia un siglo de escritores filósofos, propagadores del germen de una revolucion en las ideas, que debia ser sangrienta, porque no la hacia allí la predicacion, sino la violencia. La España estaba mas lejana del foco de las ideas nuevas; las que en otros países caducaban ya, eran nuevas todavía para ella, porque recién salida de la larga dominacion musulmana, veía todavía en el catolicismo el *paladium* que la habia salvado. Siete siglos además de guerras y rencores religiosos debian haberla hecho mas fanática: ¿qué mucho pues que el impulso de la

reforma se hiciese apenas sentir en sus habitantes, mas bien ocupados en sus intestinas discordias, que envueltos en el movimiento general, de que hacia tiempo la habian segregado sus intereses particulares? Ella fue por el contrario el refugio de los vencidos de otras partes; aqui se vinieron á hacer fuertes contra la invasion *reformista* los que habian sido por ella desarmados en sus patrios lares; y la persecucion religiosa, amalgamada con el celo fundador y apostólico que nos llevaba á descubrir mundos nuevos que ofrecer al cielo, sofocó para largo espacio toda esperanza de progreso. Ni dejamos tampoco de tener disculpa. La gloria, poesía de las naciones conquistadoras, nos hacia mas llevaderas unas cadenas, de que podiamos hacer cirineos á tantos pueblos sometidos, y el metal precioso de la conquista nos los doraba. ¿Qué mucho que la España de entonces trocase su libertad interior por el dominio en lo exterior, si hemos visto en los tiempos modernos á una gran nacion que se decia harto mas adelantada, á una nacion que parecia haber sacudido para siempre toda especie de tiranos por medio de la mas sangrienta revolucion, si la hemos visto, decimos, coronar á un nuevo déspota, que no necesitó para ceñirse con una mano la corona imperial sino alargar con la otra á los republicanos mas ardientes laureles percederos, y el oropel de una pasagera conquista?

En España causas locales atajaron el progreso intelectual, y con él indispensablemente el movimiento literario. La muerte de la libertad nacional, que habia llevado ya tan funesto gol-

pe en la ruina de las comunidades, añadió á la *tiranía religiosa* la *tiranía política*; y si por espacio de un siglo todavía conservamos la preponderancia literaria, ni esto fue mas que el efecto necesario del impulso anterior, ni nuestra literatura tuvo un carácter sistemático investigador, filosófico; en una palabra, *útil y progresivo*. Imaginacion toda, debia prestar mas campo á los poetas que á los prosistas: asi que, aun en nuestro siglo de oro es cortísimo el número de *escritores razonados* que podemos citar. Fuera de los escritos místicos y teológicos, y de los tratados sutilmente metafísico-morales, de que podemos presentar una biblioteca antigua desgraciadamente mas completa que ninguna otra nacion, si queremos encontrar prosistas nos habremos de refugiar en la historia. Solís, Mariana y algunos otros ilustraron en verdad la musa de Tácito y de Suetonio. Nos es fuerza empero confesar que aun esos se ofrecieron mas bien como columnas de la lengua, que como intérpretes del movimiento de su época: influidos por las creencias populares, no dieron un solo paso adelante, adoptaron los cuentos y las tradiciones fabulosas como verdaderas causas políticas: trataron mas bien de lucir su claro ingenio en estilo florido, que de desentrañar los móviles de los hechos que se veían llamados á referir. Mas parecieron sus escritos una recopilacion de materiales y fragmentos descosidos, una copia selecta de arengas verosímiles, que una historia razonada. No sabiendo deslindar la crónica de la historia, la historia de la novela, llenaron muchos tomos sin llegar á hacer un solo libro.

La novela, hija toda de la imaginacion, se vió mejor representada entre nosotros, y en una época en que no era sospechado siquiera el género en el resto de Europa, pues que hasta los mismos libros de caballerías tuvieron su origen en la península española. En ella podemos citar escritores escelentes, si contados. El Ingenioso Hidalgo, último esfuerzo del ingenio humano, bastaria á adjudicarnos la palma, aunque no tuvieramos otras que presentar en lugar privilegiado, si no tan eminente. Pero esta época fue de corta duracion, y despues de Quevedo, la prosa volvió al olvido de que momentáneamente la habian sacado unos pocos, solo al parecer para dar una muestra al mundo literario de lo que le era permitido hacer en ese género á la lengua y al ingenio español.

Poco despues la literatura se refugió al teatro, y no fue por cierto para predicar ideas de progreso; no supo siquiera sostenerse; no hizo mas que decaer.

Á fines del siglo pasado volvió á brillar un destello de esperanza, una apariencia de resurreccion, que se hubiera acaso llevado á cabo, si los disturbios políticos no se hubieran apresurado á sofocar el germen sembrado durante el feliz reinado de Carlos III. Dado ya el impulso, sin embargo, era forzoso que algunos efectos siguieran á la causa. La larga paz que disfrutaba la Europa, el embrutecimiento y la servidumbre en que habian caido los pueblos, habian hecho menos recelosos á los tiranos: si bien los mas perspicaces oían ya el rumor sordo de la próxima tempestad, no era seguramente en España dou-

de debía de esperarse el estallido; era tan distinta nuestra predisposicion, que al verificarse aquel, ningun miedo de contagio infundi6 en el gobierno espa~ol. Al contrario, 6l mismo habia sido una de las causas de la propagacion de las ideas nuevas, apoyando la rebelion de las primeras colonias americanas que se separaron de su metr6poli. A fines, pues, del siglo pasado apareci6 en Espa~a una juventud menos apática y mas estudiosa que la de las anteriores generaciones; pero juventud que, al volver los ojos atras para buscar modelos y maestros en sus antecesores, no vi6 si no una inmensa laguna: desesperando entonces de unir el cabo interrumpido, y de continuar un movimiento paralizado dos siglos antes, crey6 no poder hacer cosa mejor que saltar el vaci6 en vez de llenarle, y agregarse al movimiento del pueblo vecino, adoptando sus ideas tales cuales las encontraba. Vi6se entonces un fen6meno raro en la marcha de las naciones: entonces nos hallámos en el t6rmino de la jornada sin haberla andado.

Ayala, Luzan, Huerta, Moratin el padre, Melendez Vald6s, Jovellanos, Cienfuegos y algunos otros, restauraron las bellas letras, es verdad; pero ¿c6mo? introduciendo en nuestro siglo XVIII el gusto franc6s, bien como en el XVI habian otros introducido el italiano. Fueron imitadores, sin saberlo las mas veces, repugnándolo casi siempre. El esp6ritu de analisis, *disecador*, digámoslo asi, y el esp6ritu filos6fico franc6s, hicieron sentir su influencia en nuestra regeneracion literaria. Los agentes de ella, queriendo con todo creerse independientes, quisieron

salvar de nuestro antiguo naufragio *la espresion*; es decir, que al adoptar las ideas francesas del siglo XVIII, quisieron representarlas con nuestra lengua del siglo XVI. Una vez puros, se creyeron originales. Asi que, en poesía vimos conservado el saber poético de nuestros buenos tiempos, parecíanos oír todavía la lira de Herrera y de Rioja; y en prosa fue declarado delito toda innovacion en el lenguaje de Cervantes. Iriarte, Cadalso y otros, se declararon á todo trance puristas, y persiguieron toda novedad con las armas de la sátira, al paso que Melendéz, Jovellanos, Huerta y Moratin sostenian la misma opinion con el ejemplo.

Este es el lugar de hacer una observacion esencialísima en la materia. Hemos dicho que la literatura es la espresion del progreso de un pueblo; y la palabra, hablada ó escrita, no es mas que la representacion de las ideas, es decir, de ese mismo progreso. Ahora bien, marchar en ideologia, en metafísica, en ciencias exactas y naturales, en política, aumentar ideas nuevas á las viejas, combinaciones de hoy á las de ayer, analogías modernas á las antiguas, y pretender estacionarse en la lengua que ha de ser la espresion de esos mismos progresos, perdonennos los señores puristas, es haber perdido la cabeza. Quisiéramos, sin ir mas lejos en la cuestion, ver al mismo Cervantes en el dia, forzado á dar al público un artículo de periódico acerca de *la eleccion directa, de la responsabilidad ministerial, del crédito ó del juego de bolsa*, y en él quisiéramos leer la lengua de Cervantes. Y no se nos diga que el sublime ingenio no hubiera nunca

descendido á semejantes pequeñeces, porque esas pequeñeces forman nuestra existencia de ahora, como constituían la de entonces las comedias de capa y espada; y porque Cervantes que escribía, para vivir, cuando no se escribían sino comedias de capa y espada, escribiría, para vivir también, artículos de periódico, hoy que no se escriben sino artículos de periódico. Lo mas que pueden los puristas exigir, es que al adoptar voces, y giros, y frases nuevas, se respete, se consulte, se obedezca en lo posible el tipo, la índole, las fuentes, las analogías de la lengua.

Hé aquí verdades que no comprendieron los padres de nuestra regeneracion literaria: quisieron adoptar ideas peregrinas, exóticas, y vestir las con la lengua propia; pero esta lengua desemejante de la túnica del Señor, no habia crecido con los años, y con el progreso que habia de representar; esta lengua, tan rica antiguamente, habia venido á ser pobre para las necesidades nuevas; en una palabra, este vestido venia estrecho á quien le habia de poner. Acaso sea esta una de las trabas que nuestros literatos tuvieron entonces para entrar mas adentro en el espíritu del siglo. De esto sería una prueba la inculpacion que á Cienfuegos se ha hecho de haber respetado poco la lengua. ¿Qué mucho, si Cienfuegos era el primer poeta que teniamos filosófico, el primero que habia tenido que luchar con su instrumento, y que le habia roto mil veces en un momento de cólera ó de impotencia? Si nuestras razones no tuvieran peso suficiente, habria de tenerlo indudablemente el ejemplo de esas mismas naciones, á quienes nos

vemos forzados á imitar, y que mientras nosotros hemos permanecido estacionarios en nuestra lengua, han enriquecido las suyas con voces de todas partes. Porque nunca preguntaron á las palabras que quisieron aceptar *¿de dónde vienes?* sino *¿para qué sirves?* Y medítese aqui que el estar parado cuando los demas andan, no es solo estar parado, es quedarse atras, es perder terreno.

Ademas de esta causa, que opuso tantas trabas á nuestros adelantos, habia otra, á saber: que el número de los que adoptaban el gusto francés, é importaban una nueva literatura, era reducido: eran entonces solamente unas cuantas avanzadas de la multitud, estacionaria todavía, tanto en literatura como en política. No queremos rehusarles por eso la gratitud que de derecho les corresponde; quisiéramos solo abrir un campo mas vasto á la jóven España; quisiéramos solo que pudiese llegar un dia á ocupar un rango *suyo, conquistado, nacional*, en la literatura europea.

No es nuestra intencion en esta reseña general entrar á analizar el mérito de los escritores que nos han precedido; esto fuera molesto, inútil á nuestro propósito, y poco lisonjero acaso para algunos que viven todavía. Despues que algunos nombres caros á las musas hubieron, no levantado nuestra literatura, sino introducido en España la francesa, despues que nos impusieron el yugo de los preceptistas del siglo ostentoso y compasado de Luis XIV, las turbulencias políticas vinieron á atajar ese mismo impulso, que llamaremos bueno á falta de otro mejor.

Muchos años hemos pasado de entonces acá sin podernos dar cuenta siquiera de nuestro estado, sin saber si tendríamos una literatura por fin nuestra, ó si seguiríamos siendo una postdata rezagada de la clásica literatura francesa del siglo pasado. En este estado estamos casi todavía: en verso, en prosa, dispuestos á recibirlo todo, porque nada tenemos. En el día numerosa juventud se abalanza ansiosa á las fuentes del saber. ¿Y en qué momentos? En momentos en que el progreso intelectual, rompiendo en todas partes antiguas cadenas, desgastando tradiciones caducas, y derribando ídolos, proclama en el mundo la *libertad moral*, á la par de la *física*, porque la una no puede existir sin la otra.

La literatura ha de resentirse de esta prodigiosa revolucion, de este inmenso progreso. En política el hombre no ve mas que *intereses y derechos*, es decir, *verdades*. En literatura no puede buscar por consiguiente sino *verdades*. Y no se nos diga que la tendencia del siglo y el espíritu de él, analizador y positivo, lleva en sí mismo la muerte de la literatura, no. Porque las pasiones en el hombre siempre serán *verdades*, porque la imaginacion misma ¿qué es sino una *verdad* mas hermosa?

Si nuestra antigua literatura fue en nuestro siglo de oro mas brillante que sólida, si murió despues á manos de la intolerancia religiosa y de la tiranía política, si no pudo renacer sino en andadores franceses, y si se vió atajado por las desgracias de la patria ese mismo impulso extraño, esperemos que dentro de poco podamos echar los cimientos de una literatura *nueva*, es-

presion de la sociedad *nueva* que componemos; toda de *verdad*, como es de *verdad* nuestra sociedad; sin mas reglas que esa *verdad* misma, sin mas maestro que la *naturaleza*, *jóven* en fin como la España que constituimos. *Libertad* en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. Hé aqui la divisa de la época, hé aqui la nuestra, hé aqui la medida con que mediremos; en nuestros juicios críticos preguntaremos á un libro: *¿nos enseñas algo? ¿nos eres la espresion del progreso humano? ¿nos eres útil?*—*Pues eres bueno.* No reconocemos magisterio literario en ningun pais; menos en ningun hombre, menos en ninguna época, porque el gusto es relativo: no reconocemos una escuela exclusivamente buena, porque no hay ninguna absolutamente mala. Ni se crea que asignamos al que quiera seguirnos una tarea mas facil, no. Le instamos al estudio, al conocimiento del hombre: no le bastará como al *clásico* abrir á Horacio y á Boileau, y despreciar á Lope ó á Shakespeare: no le será suficiente, como al romántico, colocarse en las banderas de Victor Hugo y encerrar las reglas con Moliere y con Moratin; no; porque en nuestra librería campeará el Ariosto al lado de Virgilio, Racine al lado de Calderon, Moliere al lado de Lope; á la par, en una palabra, Shakespeare, Schiller, Goethe, Byron, Victor Hugo y Corneille, Voltaire, Chateaubriand y Lamartine.

Rehusamos, pues, lo que se llama en el dia literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida á las galas del decir, al son

de la rima, á entonar sonetos y odas de circunstancias; que concede todo á la espresion y nada á la idea; sino una literatura hija de la esperiencia y de la historia, y faro por tanto del porvenir, estudiosa, analizadora, filosófica, profunda, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso, al alcance de la multitud ignorante aun; apostólica y de propaganda; enseñando *verdades* á aquellos á quienes interesa saberlas, mostrando al hombre, no *como debe ser*, sino *como es*, para conocerle; literatura en fin, espresion toda de la ciencia de la época, del progreso intelectual del siglo.



E. - Enero 22 de 1836.

GARCÍA DE CASTILLA,

Ó EL TRIUNFO DEL AMOR FILIAL.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO.

El poeta ha hecho girar su drama sobre un asunto nacional, en lo cual ha sabido proporcionarse una gran ventaja; pero asunto tan diminuto de por sí, y tan poco esplayado por él, que casi viene á caer en el círculo de los dramas de imaginacion.

La escena es en Toledo. Al levantarse el telon el espectador empieza por ver á un rey sentado en su trono, su esposa á la izquierda, varios cortesanos y guerreros y un mensajero del moro, que viene á proponer la paz ó la guerra, y á quien contesta unánimemente todo el mundo con la guerra. Despachado el moro con tan mal recado, retíranse los cortesanos, y entonces podemos asegurar que comienza el drama; porque la primera escena del mensaje, ni tiene relacion ninguna con el resto, ni vuelve á aparecer mas moro, ni mas guerra; es exactamente lo que en lenguaje vulgar se suele llamar una *embajada*. El rey don Alfonso parece estar perdido de amor por una tal Elvira, dama muy principal de la corte, pero huérfana de padre y madre, lo cual la deja espuesta á los antojos de la testa

coronada. Elvira con todo no puede corresponder á S. M. por dos razones, la primera porque el rey es casado, naturalmente con la reina, la segunda porque corresponde á García de Castilla, hijo del mismo rey, ya grandecito y mozo, que no le va en zaga á su padre en valor y *donosura* caballeresca. Bien conoce la doncella, doblemente solicitada, que confiar á cada uno de sus perseguidores la pasion del otro, fuera encender peligrosa discordia en el Estado, y por tanto ni el padre ni el hijo saben de los intentos del hijo y del padre. Pero la reina es ladina, y aunque no esté de su esposo enamorada, como se supone, sabele mal dósis tan cargada de zelos; siendo, como es, de no muy blanda condicion, descubre al hijo la pasion del padre, inspírale sospechas de la virtud de Elvira, le asegura que el rey ha de hacerlo matar al dia siguiente, zeloso de él, y lo escita de esta suerte á la rebelion y al parricidio. El rey en tanto, que nada columbra de los ocultos manejos de su mitad, no pierde la huella de su amada, insta, ruega, amenaza, y desesperado de la virtuosa resistencia, llega á ofrecer trono y diadema á la muchacha Elvira. No se sabe precisamente si trata solo de anular su anterior matrimonio, ó si piensa en manchar con sangre el tálamo conyugal. Pero todo es inútil, porque Elvira, puesta ya entre la espada y la pared, confiesa al enamorado monarca que su amor se ha fijado en una generacion mas adelante. Entre tanto García anda loco, dando y tomando en lo de los zelos; y la madre, echando mano del elemento popular, alza las *masas* proletarias, como se diria en el dia, contra el po-

der ejecutivo. Una casualidad que ofrece á la vista de García al rey y á Elvira metiéndose juntos entre bastidores, acaba de evaporar el poco seso que le quedaba, y atropellando remordimientos, y todos los escrúpulos de honor y de amor filial que tiene en anteriores escenas esplayados, da en la diabólica idea de matar á su padre; cosa fea de por sí, y mas si se le añaden las circunstancias de darle la zelosa madre llave al efecto, y de haberlo de matar dormido, que como dice otro poeta trágico es *matarle muerto*. Aprovecha para el intento la ocasion del reposo del ilustre progenitor, que por lo visto no hace vida comun con su muger, y que acaba de entrarse solo en su alcoba; pero en aquel tiempo el cielo protegía á los reyes, lo cual se manifiesta en dos claras señales: 1.^a, una especie de tempestad, compuesta de varios relámpagos que entran por la ventana de la izquierda, pero sin ruidos ni truenos, en lo cual me parece haber andado atinado el ingenio, supuesto que no son cosa mayor las cajas de truenos de estos teatros: 2.^a, no haber pegado los ojos S. M., á quien deben de traer despierto sin duda sus malos pensamientos. La consecuencia es clara: el rey que ha tenido la precaucion de acostarse vestido, como quien tiene que madrugar, no se deja matar, dando muestra en eso de prudente, y descubre al asesino. La escena siguiente entre S. M. y el heredero de la corona es acaso la mejor del drama: se termina con el allanamiento del palacio por la turba popular, que proclama á García, con notable perjuicio del poseedor. Pero García, que ha sabido que cuando él fraguaba

su mal combinado parricidio, ya el culpable habia renunciado á sus adulterinos deseos, y trataba de casarlo con su amada; García, que ha vuelto en sí de su alucinamiento, defiende las prerogativas del trono. La madre entonces, convencida de que todo ha sido tiempo perdido, echa mano de un puñal que trae siempre consigo, para su uso particular, y acaba por matarse, que es, en nuestro sentir, por donde debiera haber principiado.

Sea tragedia el García de Castilla, sea drama, pertenece indudablemente á la historia: permítanos el autor pues que le digamos que la principal condicion de los asuntos históricos es la de llevar en sí el sello de la época á que pertenecen; y cuando los personajes son de algun bulto, el poeta se compromete á darnos su retrato, *su fac simile* moral, digámoslo así. El rey que nos pinta, bien puede ser un Alfonso; pero el autor convendrá con nosotros en que puede ser cualquiera de los muchos Alfonsos que en Castilla han reinado: puede tambien no ser un Alfonso, sino un rey cualquiera: todo su carácter histórico se reduce á reinar; y esta seña es ciertamente tan vaga, que solo puede bastar para un carácter ideal de comedia. Igual observacion puede aplicarse á los demas personajes é incidentes del drama.

No resultando pues histórico el drama despues de acabado, no resulta de él tampoco admonicion ninguna para el porvenir, hija de la esperiencia, fin evidente de los dramas históricos, de la tragedia y de la historia misma.

Sobre tres pasiones ha fundado su amazon

el poeta. El *amor*, los *zelos* y el *amor filial*. Cualquiera de ellas bastara para llenar cumplidamente una composicion drámatica; ¿por qué, pues, habiendo tres, no resulta el interes, el alma que debe animar este cuerpo? Por eso mismo, toda pasion vehemente excluye en el teatro otra pasion: todo sentimiento exagerado tiende á avasallar, á dominar, á reinar solo. Enredado el ingenio en la multitud de recursos de que echa mano, no usa bien de ninguno, asi como un soldado cargado de toda clase de armas haria menos daño al enemigo que otro provisto de un solo buen fusil. El amor en don Alfonso es singular; ni una escena de arrebató, ni un momento de ternura, ni un verso de fuego. Bien hace la niña Elvira en no dar oidos á galan tan necio. Sin embargo, la cosa es de mas consecuencia de lo que parece; porque ¿cómo quiere el poeta que creamos que un hombre, en quien no nos pintó el arrebató de la pasion, echa del tálamo á su anterior muger, con la misma indiferencia que pasa una abeja de una flor á otra flor? Supuesto que el teatro se ha de alimentar de crímenes, es preciso que estos sean forzosos, obligados, ampliamente motivados. El poeta no puede suponer que el crimen existe y se produce naturalmente en el mundo, como un junco en un pantano; es preciso que lo dé como efecto de una causa extraordinaria.

Si los zelos en la reina estan mas justificados, en cambio adolecen de otro defecto, y es de no estar sentidos; pudiérale bastar al historiador decir: *la reina anduvo zelosa*. El poeta no debe decirlo, sino hacerlo ver. Si estos zelos por otra

parte no son de amor, sino de orgullo, fuerza era haber empezado por pintar el carácter de la reina capaz de intentar las mayores atrocidades por amor propio.

No sabemos tampoco si está en la naturaleza que una muger por amor propio ponga en lucha á su hijo con su esposo, y esponga la vida del objeto mas caro á una madre...; y esto sin ocurrirle siquiera la idea del inminente peligro en que lo pone!!! El tipo de este carácter no existe en la naturaleza; es un monstruo. Y no se nos diga que la moderna escuela ha adoptado y producido en el teatro semejantes monstruos. No. *Clásicos y románticos* han convenido igualmente en que el ser mas odioso que puede presentarse en la escena ha menester alguna virtud para interesar, alguna afeccion tierna que sirva de contraste á sus errores. El Neron de Racine aparece dominado del amor; la Lucrecia Borgia de Victor Hugo halla disculpa ante el espectador por el amor á su hijo; la despreciable Marion de Lorme se purifica en las tablas por medio de una pasion verdadera; el bufon Triboulet desaparece delante del padre tierno; no hay corazon en la naturaleza, por pervertido que sea, que no abrigue algun sentimiento humano.

En cuanto al amor filial, cuyo triunfo se ha propuesto pintar el poeta, no está mejor desempeñado que las dos ya examinadas pasiones: puesto que no es el amor filial, no el remordimiento quien triunfa; quien triunfa es la circunstancia de estar despierto el rey, sin la cual pereciera sin duda; digamos pues que es el *triunfo de la casualidad, el triunfo de la vigilia.*

Doloroso es tambien que el poeta que parece querer sacudir, segun su anuncio, antiguas preocupaciones literarias, haya admitido como adorno dramático la tempestad. Convenimos en que no repugna á la razon creer que al mismo tiempo que un hijo asesina á su padre, empiece á relámpaguear, y mas si es verano; pero no es razon suficiente el que una cosa pueda suceder para que el poeta la coloque al lado de otra que realmente sucede. No está probado todavía que los crímenes sean conductores de la electricidad, y bueno sería dejar semejantes máquinas dramáticas para los pueblos que creían la participacion inmediata del cielo en los delitos de la tierra. El poeta sobre todo debe desecharlas, cuando como en el García ningun resultado le han de producir. Si tal doctrina pudiera admitirse, á un autor le pareceria bien una tempestad, á otro un terremoto, á otro una avenida, á otro en fin un incendio ó el hundimiento de la casa, cosas todas tan naturales como la tormenta, pero que no tienen mas relacion con García de Castilla, asesinando á su padre, las unas que las otras.



E. - Febrero 5 de 1836.

TERESA.



Drama en cinco actos, de Mr. Alejandro Dumas.

Entre los escritores dramáticos modernos que ilustran la Francia, Dumas es, si no el primero, el mas conoedor del teatro, y de sus efectos, incluso el mismo Victor Hugo.

Nos permitirá un periódico de esta corte que no dejemos pasar una proposicion poco meditada que en él hemos visto: nos permitirá que la creamos hija de la precipitacion con que se trabajan los escritos destinados á los periódicos.

El drama moderno, ha dicho el autor de un juicio crítico de Teresa, el de Dumas, Hugo, Ducange y aun de Casimiro Delavigne, es el corazon humano, &c., &c. Forzoso es confesar que es disonante la reunion de los nombres de Dumas, Hugo, Ducange y Casimiro Delavigne en una misma línea. El que esos renglones escribió manifiesta en el resto de su artículo demasiado talento y suficientes conocimientos, para que se pueda creer que ignora la distancia que separa á aquellos escritores. No insistiremos por lo tanto en una acusacion de esta especie; solo anunciaremos algunas ideas generales que nos parecen indispensables en este artículo. Victor Hugo, mas osado, mas colosal que Dumas, im-

pone á sus dramas el sello del genio innovador, y de una imaginacion ardiente, á veces estraviada, por la grandiosidad de su concepcion.

Dumas tiene menos imaginacion, en nuestro entender, pero mas corazon; y cuando Victor Hugo asombra, él conmueve: menos brillantéz por tanto, y estilo menos poético y florido; pero en cambio menos redundancia, menos episodios, menos extravagancia: las pasiones hondamente desentrañadas, magistralmente conocidas, y hábilmente manejadas, forman siempre la armazon de sus dramas; mas conocedor del corazon humano que poeta, tiene situaciones mas dramáticas, porque son generalmente mas justificadas, mas motivadas, mas naturales, menos ahogadas por el pampanoso lujo del estilo. En una palabra, hay mas verdad y mas pasion en Dumas, mas drama. Mas novedad y mas imaginacion en Victor Hugo, mas poesía. Victor Hugo explota casi siempre una situacion verosimil ó posible: Dumas una pasion verdadera.

Casimiro Delavigne no puede ponerse en parangon con los dos anteriores, porque estos al fin pueden presentarse como cabezas de un partido, y sosten de la innovacion; enlazados por afecto y principios con la revolucion de las ideas y nuevo gusto del siglo, sus escritos tienden á un fin moral, por mas que echen mano de recursos, no siempre morales; pero á un fin moral, osado, nuevo, desorganizador de lo pasado, si se quiere, y fundador del porvenir; destructor de preocupaciones y trabas políticas, religiosas y sociales. Pero Casimiro Delavigne no es mas que un sectario, un discípulo de las antiguas

creencias literarias, y lo mas que se le concederá es haber cedido algunas veces al torrente de la innovacion: una prueba de esta verdad es su drama de los Hijos de Eduardo, y aun mas su última produccion don Juan de Austria. Queriendo escribir en la primera una tragedia clásica, ha echado mano de resortes dramáticos, acaso demasiado atrevidos para los *aristotélicos* puros; y en la segunda no ha hecho sino una comedia heróica, en gran manera parecida á las de nuestro teatro antiguo, como el Rico Hombre, y el García del Castañar, mas sin haber podido igualarlas en mérito. Pero Casimiro Delavigne nunca podrá citarse como fundador. *Molierista* puro en la Escuela de los Viejos y en sus *Cómicos*, y *Volteriano* en sus tragedias de Paria y las *Vísperas Sicilianas*, es comedido en sus resortes dramáticos, parco y hasta parsimonioso; poco original, poco nuevo; templada su imaginacion por la influencia de las reglas y su amor al orden, no es brillante ni arrebatado; en cambio es puro, correcto y moral, como sus antecesores, cuanto el teatro permite serlo. Es un rio manso y sereno, puro y cristalino, que corriendo por un antiguo cauce beneficia el terreno á fuerza de regarle; Victor Hugo y demas pudieran compararse mejor con el torrente que suele destruir al paso que riega, ó con la inundacion periódica del *Nilo* que fecunda el Egipto, anegándole y trastornando su superficie; y como de esas veces no son sino la catarata del *Niagara*, que solo sirve de mostrar en toda su pompa el poder de la naturaleza, y de asombrar y atronar al curioso viajero.

En cuanto á Ducange, por mucho mérito que se le quiera suponer, concediéndole el de conocer el teatro y el corazón humano, colocarle al lado de Victor Hugo es poner al lado de Calderon á don Ramon de la Cruz. Victor Ducange es un dramaturgo de Boulevard; pero no es un escritor de primer orden, ni por la esencia de sus obras, ni por su estilo. Victor Ducange es á Victor Hugo lo que un pintor de alcobas y de coches á Salvator Rosa y á Rivera. Su pluma no es pincel, es brocha. Su color es almazarron. No es el poeta del siglo, es el abastecedor de las provisiones dramáticas del populacho.

En una palabra, Victor Hugo, Dumas, Casimiro Delavigne y Ducange solo se parecen en ser franceses. Cualquiera nos confesará que es la mas pequeña semejanza que puede existir entre cuatro hombres, y que no son esos títulos suficientes á la comparacion.

Pasando ahora á la Teresa, el autor se ha propuesto desenvolver una verdad moral: ha querido probar, como Delavigne en su *Escuela de los Viejos*, las funestas consecuencias de la desigualdad de la edad en los consortes.

Un baron francés, en la edad ya de la madurez y de la ausencia de las pasiones, casa con una jóven italiana en quien no es menor la influencia del clima que la de los pocos años: enamorada ademas de un jóven llamado *Arturo*, cuya pobreza fue un obstáculo á la boda de entrambos, pero que por las vicisitudes de la vida trata de casarse con una hija del baron, en razon que este presenta en su casa á su esposa. *Te-*

resa y *Arturo* conocen su posición crítica, y para evitar los riesgos de ella atropellan y concluyen la boda de *Arturo* con la joven *Amelia*; pero ni esta precaución, ni los proyectos del viaje y de separación bastan á apagar el volcán que arde en los pechos de *Arturo* y de *Teresa*. Cuando la pasión habla, enmudecen los deberes. La situación dramática del barón, que descubre por fin el amor criminal de su mujer y su yerno, es excelente y brillantemente desenvuelta.

El carácter de la joven *Amelia*, cuya imprudencia descubre inocentemente al barón su desgracia, es todo candor y sencillez, y solo así puede ser verosímil su indiscreción. La situación más dramática y de más efecto del drama es la del barón cuando consiente en renunciar al duelo con su yerno, y darle una pública satisfacción escrita, ahogando su rencor y sacrificándolo al porvenir de su hija, cuya felicidad pende de *Arturo*. El carácter del barón es por lo tanto el único que ofrecía dificultad, porque en él hay una verdadera lucha. El de *Teresa* y los demás del drama no necesitaban más que ser consecuentes consigo mismo, lo que en el teatro equivale á insistir en la pasión. *Pablo*, gondolero de Nápoles, que enamorado de *Teresa* entró en su servicio, y que la sigue á todas partes en calidad de criado particular, pero sin esperanzas, sin premio, y condenado á ser testigo del amor que su ídolo tiene á *Arturo*, *Pablo*, satélite obligado de *Teresa*, amante á sabiendas de esta, *Pablo*, que se mata después de haber proporcionado á su ama un veneno, que ella necesita, y que parece ser la personificación de la

luz que concluye cuando el sol desaparece, *Pablo*, consecuencia mas que persona, es un carácter un poco fantástico, y que el autor no ha admitido probablemente sino como recurso dramático.

Añadiremos antes de concluir que *Teresa* no es ni con mucho la mejor obra de Dumas; que las costumbres francesas son distintas de las nuestras; que en *Teresa* la acción, algun tanto distraida por los caracteres episódicos de un amigo del baron, y de una amiga de *Amelia*, poco enlazados con el argumento, y por el amor de *Pablo*, marcha lentamente; y que hallándose desleida la pasión en largos diálogos, que exigen de parte de los actores mucha maestría, no es extraño que no haya hecho en Madrid todo el efecto que hubiera sido de esperar.



E. - Febrero 27 de 1836.

CARTA DE FÍGARO

¿ don Pedro Pascual de Oliver, gobernador civil interino de la provincia de Zamora.

Muy señor mio: En la Revista del 20 del que espira he leído un comunicado de usted fecha en Zamora, en que trata de la *real orden, relativa á correos, tan amargamente criticada por mi en mi reciente carta, titulada Buenas noches.*

¿ Con que es usted, señor don Pedro Pascual Oliver, el responsable de los defectos de aquel corto escrito? Con que usted era oficial de la secretaría de la Gobernacion del Reino, y encargado en ella del negociado de correos? Doy á usted, señor don Pedro, dóime á mí, y doy á la secretaría de la Gobernacion del Reino, la mas completa enhorabuena.

Dice usted que no puedo *menos de conocer que es imposible que el señor secretario del Despacho se pare á corregir el estilo del crecido número de reales órdenes que firma cada dia.*

Asi es la verdad, señor don Pedro. Ya se me alcanza que es *imposible que el señor secretario del Despacho se pare, ni á corregir ni á nada, y mas con ese crecido número de reales órdenes, y de reformas, y de disposiciones luminosas que nos está dando todos los dias, y que han de ser la base de la futura felicidad de la patria. Y*

por eso decia yo en mi folleto: *¿No sería bueno que se comenzasen á emplear en los ministerios gentes que supiesen ya leer por lo menos y escribir?*

Y cierto que esto, señor don Pedro, nunca lo pude decir por usted, de quien es notorio que sabe por lo menos escribir; de cuya existencia confieso que no tuve jamas, hasta la publicacion de su carta, la menor sospecha, y de quien por lo tanto dificil me hubiera sido hablar en ninguna de mis cartas.

¡Asi supiera usted leer, señor don Pedro, como sabe usted escribir! que en ese caso hubiera leído como debia mi folleto, porque quiero mejor pensar que no sabe leer, que no que tiene *mala fé*. Vea usted si me inclino á todo lo que es favorecer á usted, ó mas bien á hacerle justicia.

Dice usted hablando de mí: *Figaro hace anónimos los sustantivos RIESGO y PELIGRO*. Entendámonos, si podemos, señor don Pedro Pascual de Oliver. Esa palabra *anónimos* que veo estampada en la Revista, ¿es usted tambien el solo responsable de ella, ó es cosa de la imprenta de don Emilio Fernandez de Angulo, á cargo de don M. Macias? Soy tan su amigo de usted, que doy de barato que es yerro de imprenta, y que usted quiso decir *sinónimos*. De acuerdo sobre esto, le responderé francamente que yo no necesitaba, como usted, recurrir al diccionario de la lengua para no hacer *sinónimos* los vocablos *riesgo* y *peligro*, y esto es tan cierto, que precisamente porque no lo son, critiqué en esta parte la real orden de que es usted autor ó es-

critor, ó como quieran llamarle á usted los señores redactores de la Revista-Mensajero, segun usted dice en su carta; á propósito de lo cual, puedo asegurar á usted que los señores redactores de la Revista-Mensajero no querrán llamarle á usted ni *autor*, ni *escritor*; porque el autor es el que inventa, y seguramente, sea dicho en honor de usted, usted no ha inventado la real orden, ni ninguna otra cosa, la pólvora inclusive; por tanto no es tal autor de la dicha orden; y eso, lo repito, le hace á usted mucho honor; el *escritor* es el que escribe ideas suyas, y como usted no escribió en la tal real orden ninguna idea suya, dirán los señores redactores de la Revista que usted no hizo mas que *redactarla*, y si tal dicen, como presumo, por mi vida que aciertan.

Y aqui no vendria mal advertir á usted de paso que en punto á responsabilidad es solo responsable de toda cosa escrita quien la firma; y por eso habrá usted oido decir tal vez, *no bebas agua que no veas, ni firmes carta que no leas*, lo cual digo ahora, no para usted, señor de Oliver, que no ha firmado nada, sino para el señor secretario del Despacho, que lo firma todo. Esto prueba que la supuesta responsabilidad con que tan caballerescamente sale á defender á su jefe, hace honor al carácter de usted, si no á su estilo; pero de ninguna manera á dicho señor secretario del Despacho. Mas claro; de la redaccion de la real orden, usted era responsable al ministro, y este lo es al público. ¡Buena excusa estaria la de un señor secretario del Despacho que se nos viniese contando los disparates que

hubiese firmado, dado caso que un ministro los pudiese firmar, y se escusase despues con sus subalternos!

Pero volvamos, si usted gusta, á nuestro *riesgo* y *peligro*. Decia, señor don Pedro, mi amigo, que ya se me alcanzaba á mí, antes de leer su apreciable carta, que no son *sinónimas* esas voces: la diferencia, que tengo ha tiempo establecida para mi uso particular en un trabajo inédito, que sobre sinónimos de la lengua castellana en ratos perdidos me ha ocupado, consiste en esto: *que el peligro es inminente; en el riesgo hay mas contingencia*. Y aclarando las definiciones, no muy buenas, del diccionario (permítanme él y usted esta proposicion) con un ejemplo, diremos perfectamente: "Un general corre *riesgo* de perder la batalla si sus soldados le abandonan en el *peligro*." El riesgo es dudoso; el peligro es cierto; este es mas *próximo*; aquel mas *lejano*. El jugador arriesga su dinero, cuando juega, sin que por eso haya *proximidad* de perderlo. Se puede decir, y estará muy bien dicho, *que el soldado arriesga ó pone á riesgo su vida*. Sin embargo, segun la definicion de la academia (que me perdone y á quien Dios perdone) no estaria esa frase bien dicha si *el riesgo fuera la proximidad de algun daño leve*, pues que ni el perder la vida es daño leve, ni hay proximidad de perderla en arriesgarla, sino solo *posibilidad*; por donde puede usted inferir que no siempre es juez suficiente el diccionario de nuestra lengua, por mas que usted y que todos le debemos respetar, cuando acierta; es decir, que el diccionario de la lengua tieue la misma

autoridad que todo el que tiene razon, cuando él la tiene. Y de la diferencia de *riesgo* y *peligro*, para que no le quede duda de que tengo hecho algun estudio sobre estas cosas, pondré á usted ejemplos que dan peso á lo que llevo dicho.

Dice Solís en el capítulo 18, libro 5.º de la Conquista de Méjico, hablando de Hernan Cortés: "Mantúvose peleando valerosamente hasta que se le rindió el caballo; y dejándose caer en tierra le puso en evidente peligro de perderse &c."

Y Mariana al capítulo 13 del libro 17 de la Historia de España:

"Don Pedro... se resolvió de aventurarse y ponerlo todo en el trance y riesgo de una batalla... teniale con gran cuidado el peligro de la real ciudad de Toledo."

Ya ve usted que aqui don Pedro iba á ponerlo todo en el trance y riesgo de una batalla, la cual podia ganar, y en cuyo hecho no habia *proximidad de un leve daño*, como dice la academia.

Y Cervantes en Persiles y Segismunda: "Este peligro sobrepuja y se adelanta á los infinitos en que de perder la vida me he visto &c."

Queda, pues, probado que con tan buenas razones no pude nunca tener por sinónimas esas voces; y por lo mismo, y aun adoptando la base de la real orden, usted, señor don Pedro, debia haber conocido que si habia cesado el *riesgo* en la carretera de Aragon, no podia haber *peligro*. De suerte, que si alguna de nosotros dos no ha dado á esas voces su verdadero valor, se-

guramente, señor don Pedro, no he sido yo.

Esto con respecto al uso de las voces riesgo y peligro. Porque con respecto al resto de la redacción de la real orden, usted asegura en su carta á la Revista que *podia haberse estendido con mayor claridad y mejor gusto*; estoy perfectamente de acuerdo con usted. Añade usted que *no está enamorado de su obra*; efectivamente, no hay motivo. No quiero contradecir á usted; soy enteramente de su opinion, y es lástima que nos pongamos en *trance y riesgo* de reñir dos personas entre quienes existe tan rara simpatía y tal acuerdo de pareceres.

Con respecto á la voz *temporal*, no quise criticar su uso, sino que, como usted dice muy bien, *cediendo á la pasion que me domina*, traté de juzgar del vocablo para disparar al redactor de la real orden una saetilla mas, no sospechando que fuese usted; pues á haberlo sabido, mucho me hubiera guardado de hacer tal cosa, y de *criticarlo á usted á toda costa*, como suelo, cediendo á aquella maldita pasion que me domina, y que ha de ser, por fin, mi perdicion.

Convengo tambien con usted en que es mas facil *buscar* y aun hallar *defectos*, donde hay tantos sobre todo, que poner reales órdenes, y mas si estas son, como usted dice, *sobre asuntos dados*, porque si no son *sobre asuntos dados*, ya es otra cosa. Y la prueba de la proposicion de usted está en lo raro que es ver reales órdenes que tengan sentido comun; argumento grande en apoyo de su dificultad, á cuyo propósito citaré á usted lo que escribia cierto crítico francés ha-

blando de un antagonista suyo: *El señor es un necio*, decia; *yo soy quien lo digo*, y *él es quien lo prueba*.

Es pues visto, señor don Pascual, usando de una alocucion de usted, que convenimos en todo, y que mas nacimos para amigo uno de otro, que para andarnos tiroteando en papeles públicos y folletos. Y esto es tanto mas cierto cuanto que no ha mucho vi cierta alocucion de usted al pueblo zamorano, y animada como está de sentimientos patrióticos de que yo participo en gran manera, parece mal que personas de iguales opiniones den que decir á los mismos de su partido con desavenencias gramaticales: ni el que usted haya podido redactar mal una real orden prueba nada contra su aptitud para cargos públicos; pues ni yo consideré aquello nunca sino como un descuido, ni yo lo llamé delito ni traicion, ni cosa que se le parezca; soy ademas tan enemigo de cuestiones personales, que critiqué la real orden en cuanto á real orden, es decir, en cuanto á acto público del gobierno, de donde infiero que usted anduvo ligero en descubrirse, pues ninguna importancia tiene á los ojos del público el redactor de una real orden, sino únicamente el gobierno que la adopta, firma y publica.

Añadiré solo antes de concluir esta carta que mucho tiempo pensé en no darle contestacion, pero cuando supe que desempeñaba usted, señor don Pascual, un cargo público, uno de los primeros destinos del orden civil, parecióme ya que la categoría de usted merecía siquiera por cortesanía una respuesta, no se di-

jera que yo habia podido despreciar á una persona tan condecorada.

Por lo demas , y dejando á un lado disputas filológicas de poco momento, tengo el honor , señor don Pedro Pascual de Oliver, de repetirme su muy afecto Q. S. M. B. - *Figaro.*



E. - Marzo 1.º de 1836.

TEATROS.

Visto el estado de decadencia en que se hallan de algun tiempo á esta parte los teatros de esta capital, no nos parece fuera del caso echar una rápida ojeada sobre las causas de su lastimoso abandono, y aun poner en conocimiento de nuestros lectores algunas de las consideraciones que nos sugieren los datos que acerca de su porvenir poseemos.

Pocos paises de los que se hallan á la altura del nuestro en la escala de la civilizacion pueden citarse donde se encuentre el teatro mas atrasado que en España. Falto siempre de proteccion, considerado la mayor parte del tiempo como un mal inevitable por el mismo gobierno que lo toleraba, no es mucho que no se hayan dado en ese ramo pasos agigantados. No creemos nosotros, como repetidas veces se ha pretendido, hacer creer que el teatro corrija las costumbres, ni destierre vicios: llevamos mas adelante todavía nuestra opinion: nos inclinamos á pensar que del teatro sale el hombre poco mas ó menos tal como entra. El hombre es animal de poco escarmiento; y si lo fuera, seguramente que el colorido de sublimidad y pasion que en el teatro suele revestir los vicios y los crímenes no sería el mejor medio de acerle escarmentar. Los zelos que en el Otelo del mundo no son sino reprehensibles, estan por lo menos disculpados en el del teatro

con el exceso de la pasión. El teatro, pues, rara vez corrige, así como también rara vez pervierte. Ni es tan bueno como sus amigos le han pintado, ni tan perjudicial como sus enemigos le han supuesto. Por lo menos, es desde luego una diversión pública, y en esta sola calidad encierra ya una no mediana recomendación: es además de todas las diversiones públicas la más culta, y si no corrige las costumbres, puede al menos suavizarlas; puede ser una escuela de buenos modales, y debe serlo constantemente de buen lenguaje y de estilo. A estas circunstancias, que recomiendan positivamente el teatro, ha podido agregarse en muchas épocas la idea generalmente admitida de que todo espectáculo público es favorable al legislador y gobernante, porque distraendo al pueblo de los intereses políticos, le aparta de la rebelión. Pero esta razón, que tiene un gran peso en favor del teatro en los gobiernos monárquicos, y que todos los tiranos han comprendido perfectamente; esta razón, que fue ocasión de los juegos griegos, de las luchas romanas, del esplendor del siglo de Luis XIV, y hasta de la elevación del teatro francés durante el imperio, se vuelve contra él en épocas de libertad. Cuando los hombres, reconociendo sus derechos y ocupándose en adelantarlos, pueden discutirlos en alta voz en paseos, casas y cafés, la realidad no tarda en ocupar el lugar de la ficción: la escena verdadera del mundo real en que cada uno es llamado á ser actor, y á hacer tarde ó temprano un papel, debe interesarnos mucho más que la representación en cabeza ajena de las virtudes y los vicios, cuadros entonces

muy secundarios en la galería de la vida. Por el contrario, cuando el legislador se reserva y reasume en sí todos los derechos, cuando él obliga á cada uno á confiarle de grado ó por fuerza la parte que debe tener en los asuntos públicos, el ánimo, encogido y atemorizado, busca en la ficcion un desahogo de la triste realidad. El despotismo, por lo tanto, ha solido ser favorable al teatro; y dueño de la hacienda pública, ha destinado en todas partes fondos supletorios á la prosperidad de una diversion de que tanto se prometia. Pero en España ni aun eso ha sabido hacer; en España, donde sin duda consideraba la funcion de los toros como mas popular, no le ha sido deudor el teatro de proteccion alguna: por el contrario, en él persiguió las luces, en él trató de ahogar una manera de expresion de la opinion pública; y si lo consintió, podemos atribuirlo á que toda la represion del gobierno mas despótico no basta á contrarrestar la fuerza de la opinion; el espíritu de cada época se hace respetar hasta de sus enemigos; pero ya que no podia derribarlo, hízole todo el daño que podia hacerle: lo consintió, sí, pero como una mera indemnizacion; lo consintió cargándole con la obligacion de resarcir con sus productos los males que le achacaba. Maquiavélica idea por cierto, pues si el teatro era perjudicial en sentir del legislador, no podia haber resultado bueno que lo abonase. El teatro es malo, decia el gobierno; pero haga daño en buena hora, siempre que me sufrague con que desahogarme de las obligaciones que como administrador de la sociedad tengo contraidas con los esta-

blecimientos de beneficencia; es decir, consiento al ladrón, con tal que me rinda por tributo parte de sus robos. Esta ha sido la lógica, y lo que es peor, la moral del gobierno nuestro con respecto al teatro. Y su torpeza tal, que una vez admitido tan escandaloso principio, no supo siquiera volverle completamente en provecho suyo facilitando su prosperidad. Falto de ingenios por la persecucion, agoviado por las cargas civiles, el teatro ha vivido entre nosotros manteniendo obligaciones del Estado; y es lo peor, que habiendo entrado en una era de progreso y de luces, no se trasluce aun la aurora del dia en que deba mejorarse su suerte.

Sin que queramos entrometernos en los antecedentes políticos, ni en la administracion de ningun mandarin, diremos solo que el señor de Burgos, durante su corto ministerio, pareció volver los ojos al teatro, por lo menos con cierta conmiseracion. Hasta él, entregado el teatro unas veces en manos de los actores mismos, administrado otras por la villa, adjudicado algunas á empresas particulares, nunca habia podido desahogarse de la confusion en que nuestra informe legislacion lo tuvo siempre sumido. Para que alguien tomase por él el mas pequeño interes, fue preciso que se viese elevado al mando un ministro que presumia al mismo tiempo de poeta dramático. Pero este vislumbre de esperanza que brilló á nuestros ojos un momento, no tardó en disiparse. El señor Burgos llamó á sí una comision juzgada de personas inteligentes, y les encargó la redaccion de un reglamento de teatro que pusiese término á la penosa situacion

del teatro que deslindase su pertenencia y los derechos de las diversas industrias que concurren á su prosperidad. Esta comision hubo sin duda de informar; y aunque segun las noticias que á nuestros oidos llegaron de su informe, tenemos motivos para creer que no se consultó siempre el derecho, sin embargo, nos atrevemos á asegurar que ese mismo reglamento imperfecto llevado á ejecucion hubiera mejorado la suerte del teatro. Pero para eso hubiera sido preciso que hubiese durado el mismo poeta. Desgraciadamente se acabó el ministro antes que el reglamento, y el sucesor hubo de decir, sin duda, para su sayo: *A mi, que no sé hacer comedias, ¿qué se me da del teatro?* y antes de nacer murió el reglamento. De entonces acá si algun ministro del Fomento, ó de lo Interior, ó de la Gobernacion, ha vuelto á ocuparse en el teatro, lo ha hecho tan secretamente, que nada hemos traslucido nunca de su proteccion.

Cuando se estableció el Conservatorio de música, cierto escrúpulo de conciencia, cierto pudor saludable hizo comprender que sería vergonzoso fundar en la capital del reino una escuela donde se formasen cantores para el teatro, y donde no se pensase siquiera en el pobre verso. Movidos los que lo dirigieron de este pudor, se dignaron conceder hospitalidad á la declamacion española en un nicho de su establecimiento: se crearon dos cátedras de declamacion; se asignaron á cada una hasta seis mil reales, ó cosa semejante, por via de honorarios; se nombraron dos catedráticos, individuos de las compañías de Madrid; se les dió *don* en los oficios de nombramiento, y muchachos

en los bancos de la escuela, y se les dijo: *Enseñad ahí cuanto sepais, si algo sabeis; ya teneis casa, uniforme, don, y seis mil reales; ya está el teatro protegido; ya verán ustedes los actores que salen.* Y ya lo hemos visto por cierto.

En la contrata sin embargo, que existe todavía, se dió alguna proteccion mas al teatro; pero seamos justos; esa proteccion, que consistió en algunas condiciones mas ventajosas hechas por la villa á la empresa entrante, en la cesion del local y en una asignacion anual de los fondos públicos, no fue efecto de buena voluntad, sino arrancada por la imposibilidad de sostener los teatros con sus cargas, imposibilidad que hizo presente con energía y teson la empresa que iba á tomarlos; y, digámoslo francamente, hasta esas ventajas hechas en tiempo de transicion, en que no se hallaban aun deslindados los derechos de la villa á disponer de los fondos públicos, ni los del gobierno mismo á hacer concesiones sobre fondos de que solo es administrador, y no dueño, si pudieron constituir un contrato legítimo, no bastaron á quitarle la tacha de ilegal.

No es nuestro ánimo en este artículo entrar en el examen del uso que de sus contratas y de sus ventajas ó desventajas ha hecho la empresa; queremos solo dar noticia del estado de las cosas en el dia, despues de haber hecho una ligera reseña de la conducta del gobierno respecto al teatro. Este ha podido protegerlo hasta el dia, y sobre sí tiene el cargo de no haberlo hecho.

Sabemos, pues, que la empresa ha solicitado la rescision de su contrata: tenemos datos para creer que la autoridad civil se halla dispuesta á

ese paso; y verdaderamente, si así no fuese, bajaríamos nosotros por convencerla, puesto que no puede convenirle ni á la empresa, ni al gobierno, ni al público, una contrata, en contradicción en la mayor parte de sus cláusulas con el nuevo orden de cosas; y quisiéramos que ya que se nos presenta por sí sola la ocasión, antes de proceder á nuevos compromisos ni adjudicaciones, se pesase maduramente la cuestión, si es que el gobierno cree que es de importancia, porque si no, lo mas barato es cerrar el teatro; y antes deseamos esto nosotros, apasionados de él, que verle sucumbir de nuevo á providencias provisionales.

Acabe de una vez el legislador de pesar si debe ó no de haber teatro; y en el caso de decidir la cuestión favorablemente, deslíndese á quién pertenece, sepamos la parte que un gobierno puede tomar en una diversion pública; la influencia que la autoridad puede lícitamente reservarse en ella; la clase de protección que debe dispensarle, lo que de ella puede esperar en remuneración de sus auxilios, y el derecho que tiene á cargarle impuestos y distraer sus productos. Sepamos de paso si hay una propiedad en la literatura dramática, hasta dónde puede la ley protegerla como á toda propiedad, y hasta qué punto puede entrometerse en las condiciones que cada cual quiere imponer á la suerte de sus producciones.

Encargados como estamos en este periódico de hablar de teatros, por hoy nos contentamos con lo dicho. Logremos ó no llamar la atención del gobierno sobre determinaciones que en nues-

tro entender deben meditarse antes de adoptarse, no renunciamos á escribir algun otro artículo, manifestando nuestro sentir en la materia, por mas que no nos consideremos con gran fuerza moral para inclinar la balanza en favor de nuestras opiniones; solo sí declararemos antes de concluir este, que queremos mas bien contribuir con nuestras pocas luces al mejor arreglo posible, que usar despues del triste derecho de criticar determinaciones ya tomadas. Asi lo haremos; y si algun dia nos vemos en la dura precision de maldecir, caiga la culpa sobre quien puede á tiempo remediarlo y dar vida al teatro español, tan vergonzosamente descuidado.



E. - Marzo 2 de 1836.

DE LA SÁTIRA Y DE LOS SATÍRICOS.

Tiempo hacia que deseabamos una ocasion de decir algo acerca de la mala interpretacion que se da generalmente al carácter y á la condicion de los escritores satíricos. Créese vulgarmente que solo un princio de envidia , y la impotencia de crear, un gérmen de mal humor y de misantropía, hijo de circunstancias personales ó de un defecto de organizacion, pueden prestar á un escritor aquella acrimonia y picante mordacidad que suelen ser el distintivo de los escritos satíricos. Confesamos ingenuamente que estamos demasiado interesados por la tendencia general de los nuestros en desvanecer semejante prevencion: no diremos que no hayan abusado muchas veces hombres de talento del don de ver el lado ridículo de las cosas, y que no le hayan hecho servir algunas para sus fines particulares. Esto es demasiado cierto por desgracia; ¿pero de qué don de la naturaleza no ha abusado el hombre, y quién será el que se atreva á sacar deducciones generales de meras escepciones?

Nosotros por eso no dejaremos de reconocer en los escritores satíricos calidades eminentemente generosas: en cuanto á las dotes que de la naturaleza debe de haber recibido el que cultiva con buen éxito tan difícil género, ha de

poseer suma perspicacia y penetracion para ver en su verdadera luz las cosas y los hombres que le rodean; y para no dejarse llevar nunca de las apariencias, que lo cubren todo con su barniz engañoso; profundo por carácter y por estudio, no ha de detenerse jamas en su superficie, sino desentrañar las causas y los resortes mas recónditos del corazon humano. Esto puede dárselo la naturaleza; pero es forzoso ademas que las circunstancias personales lo hayan colocado constantemente en una posicion aislada é independiente; porque de otra suerte, y desde el momento en que se interese mas en unas cosas que en otras, dificilmente podrá ser observador discreto y juez imparcial de todas ellas. Como el que censura las acciones y opiniones de los demas es el que naturalmente debe encontrar mas dificultad en convencer y persuadir, necesita añadir á su clara vista el arte no menos importante de decir, lo uno porque no hay verdad que mal, ó inoportunamente dicha, no pueda parecer mentira; lo otro, porque rara vez nos persuade la verdad que no nos halaga; y el arte de decir es casi siempre obra del estudio. Son raras ademas las verdades que la naturaleza nos presenta claras por sí solas, y que no necesitan para ser comprendidas y desarrolladas gran copia de conocimientos. Ni son todas las épocas iguales; y maneras de decir que en un siglo pudieran ser no solo permitidas, sino lícitas, llegan á ser en otro chocantes, cuando no imposibles. Esta es la razon porque el satírico debe comprender perfectamente el espíritu del siglo á que pertenece; y esta es la gran diferen-

cia que entre los satíricos de las literaturas antigua y moderna choca al estudioso. El primer satírico de quien, rastreando en la oscuridad de los tiempos, hallamos fragmentos, es Aristófanes, que en sus *Nubes*, sátira dialogada é informe, mas bien que comedia, se propuso ridiculizar nada menos que á uno de los primeros filósofos de la antigüedad, el divino Sócrates. Cualquiera que conozca la desnudez desvergonzada de aquella produccion nos confesará que hubiera sido execrada en épocas de mayor cultura. Y dejando á un lado los tiempos remotos de la antigua Grecia, pasemos rápidamente la vista sobre el modo de decir de los escritores del siglo cultísimo (con relacion sin duda á los anteriores) de Augusto; y dígasenos francamente si el oscuro Persio, si el acre Juneval, usando de giros mas cínicos que los mismos personajes imperiales que satirizaban, hubieran hallado lectores sufridos en nuestro siglo de mas hipócritas modales, amigo de giros mas mogigatos. Y no hablemos de la licenciosa manera de Catulo y de Tibulo, de la desnudez de Marcial; contraigámonos al severo Ciceron, al dulcísimo y ameno Virgilio, al cortesano Horacio. Mas de un pasage de la *Cañilina* ó de la *oracion* contra *Verres*, la *égloga* entera de *Alexis* y *Coridon*, la oda burlesca á Priapo, y otros cien trozos de aquellos órganos del buen gusto romano, hubieran provocado gestos de astío y de indignacion, no precisamente en nuestra moderna sociedad, pero aun en el siglo de Luis XIV, mas aproximado á ellos que nosotros. Y descendiendo á este, el mismo Boileau tan mirado tropezaria

con mas de un improbador : es rara la comedia de Regnard y de Moliere en que no resaltan trozos , escenas enteras que ruborizan en el dia cuando se repiten al *parterre* francés del siglo XIX.

No queremos decir con esto que un siglo sea mejor que otro , y que nuestras costumbres sean preferibles á aquellas , por mas que nos fuese facil hallar razones en apoyo de esta opinion ; pero como quiera que no nos sea posible entrar simultáneamente en dos cuestiones diversas , nos contentaremos con decir lo que únicamente hace á nuestro propósito ; que las costumbres varían ; que el pudor va á mas en las sociedades con su edad , asi como en los individuos ; y que solamente se halla oculto aun , ó perdido ya en la infancia y en la vejez. Aristófanés y la antigua Grecia carecen de él , porque aquella era la infancia de la sociedad europea de entonces. Se ve atropellado en la decadencia de la sociedad romana ; y si en el siglo de Luis XV vuelve á ser completamente echado en olvido , si multitud de escritos de la revolucion francesa le ahogan miserablemente , si los Pigault-Lebrun destrozan su modesto velo por algun tiempo , á sabiendas y con complicidad de la sociedad entera , es porque una nueva decrepitud va á dar lugar á una regeneracion , pues que las sociedades no perecen para siempre como los individuos , sino que mueren para renacer , ó por mejor decir , nunca mueren sino aparentemente ; marchan constantemente á un fin , á la perfectibilidad del género humano , que en toda su historia descubrimos , por mas lentamente que se verifique ; sus muer-

tes aparentes no son sino crisis; son solo en nuestro entender sacudimientos momentáneos; en una palabra, son los esfuerzos que hace la crisálida para sacudir su anterior envoltura, y pasar á la existencia inmediata.

Para aquellos que no vean como nosotros la marcha absolutamente progresiva del género humano, para los que no vean mayor perfeccion en nuestras costumbres, comparándolas con las de los siglos anteriores, nuestra cultura sería por lo menos hipocresía, y si esta es como se ha dicho *un homage que el vicio rinde á la virtud*, no nos podrán negar que es una ventaja, pues mucho lleva adelantado para hacer una cosa el que la cree buena.

Admitida pues esta diferencia de costumbres, y esa mayor delicadeza del gusto, es indisputable que los satíricos bien recibidos en una época, serian silbados en otra. Y esto no solo aumenta las dificultades en nuestros dias para los escritores satíricos, sino que á decir verdad, indica una época de muerte próxima ya para el género. Por mejor decir, traslucimos la época en que la sátira comprimida por todos lados habrá de refundirse, de reducirse estrechamente en la jurisdiccion de la crítica. Esta es la razon porque ya en el dia no admitimos de ninguna manera la sátira personal, la sátira de Aristófanes y de Juvenal. Quédese en buen hora para adornar las tablas del estante del estudioso; pero en el siglo de buena educacion, de miramientos sociales, de mutuas consideraciones que alcanzamos, necesita mas que nunca la sátira del apoyo de la verdad y de la utilidad: con-

cedámosle causticidad, si se quiere, cuando le sea mas facil enseñarnos una verdad útil, poniendo en ridículo el error; pero si las personas no son nada para la sociedad, si solo sus acciones públicas, si solo sus sistemas y sus yerros políticos pueden rozarse con el interes general, quitémosle á la sátira toda alusion privada, arrebatémosle la ponzoña que la degrada y la vuelve venenosa, y la única posibilidad que ella tiene de ser mas perjudicial que provechosa. Sentados, admitidos una vez estos principios, distingamos de escritores satíricos.

Al mérito que contrae con la sociedad el satírico que puede en el dia vencer aquellas dificultades, añadamos para acabar de desvanecer la general prevencion algunas consideraciones.

No reflexionan los que interpretan mal la índole de los escritores satíricos cuán caros compran estos sus laureles. No reflexionan que el que carga con la responsabilidad de la pública censura ha menester de algun valor; no meditan que es raro el párrafo que, al acarrear alguna utilidad á la sociedad, no acarrea de paso á su autor algun disgusto, ora público, ora privado. Es difícil zaherir los errores de los hombres sin granjearse enemigos; porque rara vez el que los padeció tiene suficiente desprendimiento para separarse de ellos sin vengarse, ó generosidad bastante para hacer en las aras del bien público el sacrificio de su amor propio y de sus mezquinos resentimientos personales. Si á esto se añade que generalmente la sátira desprecia á los débiles, porque trata de vencer oposiciones, y aquellos estan por sí solos vencidos, se deducirá facil-

mente que el satírico no solo ha de arrostrar enemigos, sino enemigos poderosos. Las comunidades, los cuerpos, en una palabra, la sociedad no es agradecida, porque no tiene centro de pasiones y sentimientos como el individuo, y porque cree, acaso con razón, que todo se le debe; de suerte que el satírico al hacerse enemigos poderosos, no se hace amigo ninguno, no encuentra apoyo ni compensación. Y la prueba de esta triste verdad es este mismo esfuerzo que en favor de los escritores satíricos tenemos que hacer. ¿Cómo paga la sociedad los servicios que el escritor satírico le hace destruyendo errores y persiguiendo las preocupaciones que le abrumen? Los paga, suponiendo en el satírico mala índole, condición maligna, y como de esas veces intención personal ó defecto de organización. Esto solo bastaría á disgustar el alma mas generosa, si el amor á la independencia, si el amor al bien, digámoslo sin rubor, no fuese las mas veces la mejor recompensa de una intención pura.

Y si con respecto á la moralidad ó al amor al bien del que se erige voluntariamente en campeón suyo, arrostrando tantos peligros, hallásemos impugnaciones, no necesitaríamos por cierto ir muy lejos á buscar ejemplos que apoyasen nuestro aserto. Echemos una ojeada sobre el carácter privado de los escritores satíricos mas conocidos, y dígasenos si la *noble indignación* de Juvenal contra el vicio está desmentida en su vida; si no se reconoce en la de Boileau; si ofrece pruebas contra ella la del virtuoso Moliere ó la del adusto Adisson; si la fi-

lantropía y la beneficencia con que ilustró su vida el filósofo de Ferney pueden ponerse en duda; y viniendo á nosotros, donde este argumento fuera mas facil de contradecirse, sino fuese tan cierto, ¿qué actos públicos nos han quedado como prueba de la inmoralidad, de la perversidad de los satíricos, en la biografía de los Góngoras, de Cervantes, de Quevedo, (por mas que se haya querido manchar la memoria de estos hombres con suposiciones no bastante probadas ó con recuerdos de anécdotas picarescas) en la del virtuoso Joyellanos, en la de Forner, en la de Moratin, en la de cuantos han cultivado con mas ó menos acierto la sátira entre nosotros?

¿De qué crímenes públicos podremos hallar la tacha en tan ilustres vidas? ¿Dónde está la huella de esa maligna condicion que debia hacer para ellos de la sátira una pasion dominante y nociva?

Acabemos de conocer de una vez que esa opinion general tan injusta es otra dificultad que arrostra el satírico, y que, si la calumnia se adhiere con predileccion á la fama de los hombres de mérito, no es seguramente la de los satíricos la que echa en olvido, y no son sus cenizas las que su puñal revuelve con menos encarnizamiento, para valernos de la espresion de un poeta.

La otra consideracion que nos queda que hacer es en verdad mas personal á los escritores satíricos, pero una vez meditada no es por eso menos triste. Supone el lector, en quien acaba un párrafo mordaz de provocar la risa, que el

escritor satírico es un ser consagrado por la naturaleza á la alegría, y que su corazón es un foco inestinguible de esa misma jovialidad que á manos llenas prodiga á sus lectores. Desgraciadamente, y es lo que estos no saben siempre, no es así. El escritor satírico es por lo común como la luna, un cuerpo opaco destinado á dar luz, y es acaso el único de quien con razón se puede decir que da lo que no tiene. Ese mismo don de la naturaleza de ver las cosas tales cuales son, y de notar antes en ellas el lado feo que el hermoso, suele ser su tormento. Llámánle la atención en el sol más sus manchas que su luz, y sus ojos, verdaderos microscopios, le hacen notar la fealdad de los poros exagerados, y las desigualdades de la tez en una Venus, donde no ven los demás sino la proporción de las facciones y la pulidez de los contornos: ve detrás de la acción aparentemente generosa el móvil mezquino que la produce; ¡y eso llaman sin embargo ser feliz! Esa acrimonia misma, esa mordacidad jocosa que suele hacer tan amenuendo el contento de los demás, es en él la fría impassibilidad del espejo que reproduce las figuras no solo sin gozar, sino á veces empañándose.

Moliere era el hombre más triste de su siglo, y entre nosotros difícilmente pudiéramos citar á Moratin como un modelo de alegría. Apelamos, sino, á cuantos le hayan conocido.

Y si nos fuera lícito en fin nombrarnos siquiera al lado de tan altos modelos, si nos fuera lícito siquiera adjudicarnos el título de escritores satíricos, confesaríamos ingenuamente

que solo en momentos de tristeza nos es dado aspirar á divertir á los demas.

Pero nuestros lectores perdonarán facilmente este atrevimiento, si antes de concluir este artículo les confesamos que solo ha podido dar lugar á él una inculpacion que nos ha sido hecha recientemente: hay quien supone que solo una *pasion dominante* de criticar guia nuestra pluma. No como escritores de mérito, que envidiamos á cuantos le tienen, y del cual nos vemos desgraciadamente demasiado desnudos, sino al fin como escritores satíricos, calidad que ni podemos, ni queremos negar, hemos tratado de salir á la defensa de su supuesta maligna condicion. Ignoramos si lo habremos logrado, pero nunca creeremos inútil hacer nuevas profesiones de fé, por mas que las hayamos repetido, en punto tan importante. Somos satíricos, porque queremos criticar abusos, porque quisiéramos contribuir con nuestras débiles fuerzas á la perfeccion posible de la sociedad á que tenemos la honra de pertenecer. Pero deslindando siempre lo lícito de lo que nos es vedado, y estudiando sin cesar las costumbres de nuestra época, no escribimos sin plan: no abrigamos una *pasion dominante* de criticarlo todo con razon ó sin ella: somos sumamente celosos de la opinion buena ó mala que puedan formar nuestros conciudadanos de nuestro carácter; y en medio de los disgustos á que nos condena la dura obligacion que nos hemos impuesto, cuyos peligros arrostramos sin restriccion, el mayor pesar que podemos sentir es el de haber de lastimar á nadie con nuestras críticas y

sátiras: ni buscamos, ni evitamos la polémica; pero siempre evitaremos cuidadosamente, como hasta aquí lo hicimos, toda cuestión personal, toda alusión impropia del decoro del escritor público y del respeto debido á los demás hombres, toda invasión en la vida privada, todo cuanto no tenga relación con el interés general. Júzgenos ahora nuestros lectores, y zumben en buen hora enderredor nuestro los tiros emponzoñados de los que son en realidad mas malignos que nosotros.



E. - Marzo 4 y 5 de 1836.

EL TROVADOR,

drama caballeresco, en cinco jornadas, en prosa y verso. Su autor DON ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.

Con placer cogemos la pluma para analizar esta producción dramática, que tanto promete para lo sucesivo en quien con ella empieza su carrera literaria, y que tan brillante acogida ha merecido al público de la capital. Siganle muchas como ella, y los que presumen que abrigamos una pasión dominante de criticar á toda costa y de morder á diestro y siniestro, verán cuán presto cae de nuestras manos el látigo que para enderezar tuertos agenos tenemos hace tanto tiempo empuñado.

El autor del Trovador se ha presentado en la arena, nuevo lidiador, sin títulos literarios, sin antecedentes políticos: solo y desconocido, la ha recorrido bizarramente al son de las preguntas multiplicadas *¿quién es el nuevo, quién es el atrevido?* y la ha recorrido para salir de ella victorioso: entonces ha alzado la visera, y ha podido alzarla con noble orgullo, respondiendo á las diversas interrogaciones de los curiosos espectadores. - Soy hijo del genio, y pertenezco á la aristocracia del talento. ¡Origen por

cierto bien ilustre, aristocracia que ha de arrollar al fin todas las demas!!

El poeta ha imaginado un asunto fantástico é ideal, y ha escogido por vivienda á su invencion el siglo XV; hálo colocado en Aragon, y lo ha enlazado con los disturbios promovidos por el conde de Urgel.

Con respecto al plan no titubearemos en decir que es rico, valientemente concebido, y atinadamente desenvuelto. La accion encierra mucho interes, y este crece por grados hasta el desenlace.

Sin embargo, no es la pasion dominante del drama el amor; otra pasion, si menos tierna, no menos terrible y poderosa, oscurece aquella. La venganza. No hace mucho tiempo tuvimos ocasion de repetir que es perjudicial al efecto teatral la acumulacion de tantos medios de mover; en el Trovador constituyen verdaderamente dos acciones principales, que en todas las partes del drama se revelan á nuestra vista rivalizando una con otra. Asi es que hay dos exposiciones: una enterándonos del lance concerniente á la Gitana, que constituye ella por sí sola una accion dramática; y otra poniéndonos al corriente del amor de Manrique, contrarrestado por el del conde, que constituye otra. Y dos desenlaces; uno que termina con la muerte de Leonor la parte en que domina el amor; otro que da fin con la muerte de Manrique á la venganza de la Gitana.

Estas dos acciones dramáticas, no menos interesantes, no menos terribles una que otra, se hallan, á pesar de la duplicidad, tan perfec-

tamente enclavijadas, tan dependientes entre sí, que fuera difícil separarlas sin recíproco perjuicio; y en el teatro solo así daremos siempre carta blanca á los defectos.

De aquí resultan necesariamente tres caracteres igualmente principales, y en resúmen ningun verdadero protagonista, por mas que refundiéndose todos esos intereses encontrados en el solo Manrique, pueda este abrogarse el título de la obra esclusivamente. Pero si nos preguntan cuál de los tres caracteres elegimos como mas importante, nos veremos embarazados para responder; el amor hace emprender á Leonor cuanto la pasion mas frenética puede inspirar á una muger; el olvido de los suyos, el sacrificio de su amor á Dios, el perjurio y el sacrilegio, la muerte misma. Hasta aquí parece difícil que otro carácter pueda ser el principal; sin embargo, la Gitana movida de la venganza, empieza por quemar su propio hijo, y reserva el del conde de Luna para el mas espantoso desquite que de su enemigo puede tomar. Don Manrique mismo, en fin, movido por su pasion, por el amor filial y por el interes de su causa política, no puede ser mas colosal, ni necesitaba el auxilio de otros resortes tan fuertes como el que le mueve á él para llevarse la atencion del público.

¿Diremos al llegar aquí lo que francamente nos parece? Todos los defectos de que la crítica puede hacer cargo al Trovador nacen de la poca esperiencia dramática del autor: esto no es hacerle una reconvencion, porque pedirle en la primera obra lo que solo el tiempo y el uso

pueden dar, sería una injusticia. Ha imaginado un plan vasto, un plan mas bien de novela que de drama, y ha inventado una magnífica novela; pero al reducir á los límites estrechos del teatro una concepcion demasiado ámplia, ha tenido que luchar con la pequeñez del molde.

De aqui el que muchas entradas y salidas estan poco justificadas; entre otras la del proscrito Manrique en Zaragoza y en palacio, en la primera jornada; la del mismo en el convento en la segunda; su introduccion en la celda de Leonor en la tercera, cosa harto difícil en todos tiempos, para que no mereciera una esplicacion. Tampoco es natural que el conde don Nuño, que debe desconfiar mucho de las proposiciones tardías de una muger, que ha preferido el convento á su mano, la deje ir al calabozo del Trovador, y mas cuando no es siquiera portadora de ninguna orden suya para ponerle en libertad, sin la cual seguramente no puede bastar ni servir de nada la concesion lograda. No somos esclavos de las reglas, creemos que muchas de las que se han creido necesarias hasta el dia son ridículas en el teatro, donde ningun efecto puede haber siu que se establezca un cambio de concesiones entre el poeta y el público; pero no consideremos tales justificaciones como reglas, sino como medios seguros de mayor efecto; evitemos por su medio, siempre que la verosimilitud lo exija, que el espectador tenga que invertir en pedirse razon de los sucesos el tiempo que deberia atender á las bellezas del desempeño; y todos convendrán conmigo en que es indispensable preparar y jus-

tificar cuanto pueda dar lugar á la menor duda.

La esposicion es poco ingeniosa, es una escena desatada del drama; es mas bien un prólogo; citaremos por último en apoyo de la opinion que hemos emitido acerca de la inesperienza dramática los diálogos mismos; por mas bien escritos que esten, los en prosa semejan diálogos de novela, que hubieran necesitado mas campo, y los en verso tienen un sabor en general mas lírico que dramático: el diálogo es poco cortado é interrumpido, como convendria á la rapidez, al delirio de la pasion, á la viveza de la escena.

Pero ¿qué son estos ligeros defectos, y que acaso no lo serán solo porque á nosotros nos lo parezcan, comparados con las muchas bellezas que encierra el *Trovador*? Las costumbres del tiempo se hallan bien observadas, aunque no quisieramos ver el *don* prodigado en el siglo XV. Los caractéres sostenidos, y en general maestramente acabadas las jornadas; en algunos efectos teatrales se halla desmentida la inesperienza que hemos reprochado al autor: citaremos la linda escena que tan bien remata la primera jornada; la cual reúne al mérito que le acabamos de atribuir una valentía y una concision, un sabor caballeresco y calderoniano difícil de igualar.

De mucho mas efecto aun es el fin de la segunda jornada, terminada con la aparicion del *Trovador* á la vuelta de las religiosas: su estancia en la escena durante la ceremonia, la ignorancia en qué está de la suerte de su amada, y el cántico lejano acompañado del órgano, son de un efecto maravilloso; y no es menos de

alabar la economía con que está escrito el final, donde una sola palabra inútil no se entromete á retardar ó debilitar las sensaciones.

Ignal mérito tiene el desenlace del drama, que tenemos citado mas arriba; y en todos estos pasages reconocemos un instinto dramático seguro, y que nos es fiador de que no será este el último triunfo del autor.

Como modelos de ternuras y de dulcísima y facil versificación, citaremos la escena cuarta de la primera jornada entre Leonor y Manrique.

¿Quiérese otro ejemplo de la difícil facilidad de que habla Moratin? Léase el monólogo con que principia la escena cuarta de la jornada tercera, en que el poeta ademas pinta con maestría la lucha que divide el pecho de Leonor entre su amor y el sacrificio que á Dios acaba de hacer, y el trozo del sueño contado por Manrique en la escena sexta de la cuarta, si bien tiene mas de lírico que de dramático.

Diremos en conclusion que el autor al decidirse á escribir en prosa y en verso su drama adoptaba voluntariamente una nueva dificultad; es mas difícil á un poeta escribir bien en prosa que en verso, porque la armonía del verso está encontrada en el ritmo y la rima, y en la prosa ha de crearla el escritor, pues la prosa tiene tambien su armonía peculiar; las escenas en prosa tenian el inconveniente de luchar con el sonsonete de las versificadas, de que no deja de prendarse algun tanto el público; y luego necesitaba el poeta desplegar algun tino en la determinacion de las que habia de escribir en prosa y las que habia de versificar, pues que

se entiende que no habia de hacerlo á diestro y siniestro.

Tanto esta libertad como la frecuente mudanza de escena no las disputaremos á ningun poeta, siempre que sean, como en el *Trovador*, indispensables, naturales y en obsequio del efecto. Solo quisieramos que no pasase un año entero entre la primera y la segunda jornada, pues mucho menos tiempo bastaria.

En cuanto á la reparticion, hála trastrocado toda en nuestro entender una antigua preocupacion de bastidores; se cree que el primer galan debe de hacer siempre el primer enamorado, preocupacion que fecha desde los tiempos de Naharro, y á la cual debemos en las comedias de nuestro teatro antiguo las indispensables relaciones de dama y galan, sin las cuales no se hubiera representado tiempos atras comedia ninguna. Sin otro motivo se ha dado el papel del *Trovador* al señor Latorre, á quien de ninguna manera convenia, como casi ningun papel tierno y amoroso. Su físico, y la índole de su talento, se prestan mejor á los caractéres duros y enérgicos: por tanto le hubiera convenido mas bien el papel del conde don Nuño. Todo lo contrario sucede con el señor Romea, que debiera haber hecho el *Trovador*.

Por la misma razon el papel de la Gitana ha estado mal dado. Esta era la creacion mas original, mas nueva del drama, el carácter mas difícil tambien, y por consiguiente el de mayor lucimiento; si la señora Rodriguez es la primera actriz de estos teatros, ella debiera haberlo hecho, y aunque hubiese estado fea y hubiese pa-

recido vieja, si es que la señora Rodriguez puede parecer nunca fea ni vieja. El carácter de Leonor es de aquellos cuyo éxito está en el papel mismo; no hay mas que decirlo: una actriz como la señora Rodriguez debiera despreciar triunfos tan fáciles.

Felicitemos, en fin, de nuevo al autor, y solo nos resta hacer mencion de una novedad introducida por el público en nuestros teatros: los espectadores pidieron á voces que saliese el autor; levantóse el telon, y el modesto ingenio apareció para recoger numerosos *bravos* y nuevas señales de aprobacion.

En un pais donde la literatura apenas tiene mas premio que la gloria, sea ese siquiera lo mas lato posible; acostumbremos á honrar públicamente el talento, que esa es la primera proteccion que puede dispensarle un pueblo, y esa la única tambien que no pueden los gobiernos arrebatarle.



E. - Marzo 10 de 1836.

LAS FRONTERAS DE SABOYA,
Ó EL MARIDO DE TRES MUGERES.

EL ÚLTIMO BUFON.

COMEDIAS NUEVAS TRADUCIDAS.

Tenemos motivos para creer que no nos han de faltar en lo que de temporada nos falta novedades dramáticas. Asustados nosotros con esa perspectiva, queremos reunir varias en un solo artículo. Temerosos de que nuestros artículos no sean mejores que las comedias, no queremos que salga el público á artículo por comedia.

Desde luego el traductor de *Las Fronteras de Saboya* ha tenido brava eleccion; si es del ingenioso y fecundo Scribe, tanto peor para Scribe. ¡Qué títulos y qué analogía entre los dos títulos! *Las Fronteras de Saboya, ó el marido de tres mugeres*, vale tanto como si dijéramos: *El peñon de Gibraltar, ó el buey suelto bien se llama*. Vamos á ver; ¿qué han hecho *Las Fronteras de Saboya*? ¿Qué pasion dramática las acucia, ó á qué exceso reprehensible se han propasado? ¿Qué leccion útil de moral van á sacar las demas fronteras de los otros paises del chasco que sus vicios ó sus ridiculeces han acarreado á las de Saboya?

Nada de eso; la comedia se titula *Las Fronteras de Saboya*, porque en ella se habla de pasar las susodichas y cada vez mas inocentes fronteras; de suerte que á cualquier otra frontera le está sucediendo todos los dias multitud de chascos por ese estilo.

El marido de tres mugeres, ó un buen especiero que ha tomado su pasaporte para pasar la frontera, una señora, á cuyo marido andan buscando para prenderle, hurta el pasaporte al especiero, dándole en cambio el de su marido, de donde resulta que prenden al especiero y le quieren hacer creer que es marido de la señora; él está ademas casado con su muger, como suele suceder á todo marido, y por un *quid pro quo* inverosimil, otro personage de la comedia, tan preciso como las fronteras, cree que el especiero está casado en secreto con su novia. Pero era preciso que fuese el marido de tres mugeres, porque con una muger ó una frontera menos, ya el título no llamaba bastante gente. Adornan la piececita multitud de sandeces acerca de los especieros, que en el original son gracias, porque la clase de los especieros en Francia hace el mismo papel que en Grecia hacian los Beocios; es decir, que tienen una fama que les es peculiar, y que da motivo á alusiones locales.

En conclusion, *Las Fronteras de Saboya*, ó no debian haberse traducido, ó debian haberse traducido bien, ó debian haberse silbado. Desgraciadamente ni se han silbado, ni se han dejado de traducir, ni se han traducido bien. Siempre se deduce de la comedia una importante verdad, á saber: que en *Las Fronteras de Saboya* no se debe ser especiero, porque

allí siempre hay un marido á quien quieren prender, y que le harta á uno el pasaporte, de resultas de lo cual queda uno casado con tres mugeres; escarmiento el más atroz que puede ofrecer una comedia, puesto que aun el hallarse casado con una sería castigo muy suficiente para la imprudencia de ser especiero. Todo lo cual no sucede en ninguna otra frontera del mundo.

El último Bufon es muy superior á *Las Fronteras*. Véase sino. Todo el mundo sabe que una de las cosas más degradantes para la humanidad, después de los príncipes que tenían asalariados bufones, eran los bufones asalariados de los príncipes. Rigoletti es el último bufon, sin contar con el autor y el traductor de la piececilla, que son posteriores á él. Parece que un gran duque de Baden quiso resucitar la loable costumbre de mantener un bufon, y tiene al efecto en su corte á Rigoletti, que es por lo tanto su privado. Rigoletti tiene un protegido, joven barbilampiño y capitán. El gran duque quiere hacerlo coronel, con tal que se case con una baronesa de quien S. A. está ya cansado, y quiere casarse él mismo con la condesa Laura, huérfana y pupila suya, á pesar de las intrigas del embajador de Hesse-Cassel, que quiere casarlo con la hija de su rey. Pero el capitán Alfonso está enamorado y es correspondido de Laura. Se va á dar un baile de corte en los salones de palacio, donde hacen la guardia unos soldados de no sé qué regimiento de infantería con el fusil al hombro, que debe de ser costumbre allí en Baden. A este tiempo se entra con franqueza en el cuarto del soberano un famoso ladrón, amigo anti-

guo de Rigoletti, el cual se viene al baile, porque si anduviera por la calle le prenderian. Rigoletti para que no le vean, le encierra en una cámara del gran duque. El soberano se lo encuentra, y en vez de mandarlo á la horca, le da la delicada comision de sacar de los bolsillos de todos los concurrentes al baile cuanto traigan. El soberano es una alhaja. El ladron lo hace como se lo encargan: el gran duque averigua por ese medio ingenioso los amores de su rival, y se queda con las alhajas de sus convidados: parece que en Baden los reyes no son tan ricos como en España, y se industrialian para vivir. S. A. quiere perder á su rival, pero á ese tiempo Rigoletti descubre que antes de ser bufon era hombre, y por lo tanto podia tener hijos: ahora bien, uno de esos hijos que podia tener es Alfonso, y lo tuvo fuera de legítimo matrimonio en la hermana del gran duque. Parece que en Baden no tiene el diablo por donde desechar á la familia real; de consiguiente si Rigoletti no es precisamente cuñado del gran duque, Alfonso es indudablemente su sobrino; el soberano en vista de eso,

*y por temor de alguna carambola
tapa sus indecencias con la cola,*

calla, casa á Laura con Alfonso, y se casa él generosamente con la princesa de Hesse-Cassel, lo cual dice en voz alta á los señores comparsas, que son la corte, y que en el vaudeville original son el coro; porque los traductores ni siquiera han caido en la cuenta de que esas com-

partes numerosas del original son una exigencia forzada del canto; lo cual no existiendo en la traducción, y siendo casi siempre de muy mal efecto aquella aglomeración de personajes mudos y ridículamente ataviados, puede y debe las más veces suprimirse.

En fin, *El último Bufón* es el último vaudeville traducido por el último traductor.



E. — Marzo 11 de 1836.

DE LAS TRADUCCIONES.

De la introduccion de vaudeville francés en el teatro español. — La Viuda y el Seminarista. — Los guantes amarillos: piezas nuevas en un acto.

Varias cosas se necesitan para traducir del francés al castellano una comedia. Primera, saber lo que son comedias; segunda, conocer el teatro y el público francés; tercera, conocer el teatro y el público español; cuarta, saber leer el francés; y quinta, saber escribir el castellano. Todo eso se necesita, y algo mas, para traducir una comedia, se entiende, bien; porque para traducirla mal, no se necesita mas que atrevimiento y diccionario: por lo regular el que tiene que servirse del segundo, no anda escaso del primero.

Sabiendo todas estas cosas, no se ignora que el gusto en teatros es variable; que en tanto hay efectos teatrales, en cuanto se establece entre el autor y el espectador una comunidad de afectos y de sensaciones; que de diversidad de costumbres nace la diferente espresion de las ideas; que lo que en un pais y en una lengua es una chanza llena de sal ática, puede llegar á ser en otros una necedad vacía de sentido; que un carácter nuevo en Francia puede ser viejo en Es-

paña: no se ignora en fin que el traducir en materias de teatro casi nunca es interpretar; es buscar el equivalente, no de las palabras, sino de las situaciones. Traducir bien una comedia es adoptar una idea y un plan ajenos que esten en relacion con las costumbres del pais á que se traduce, y espresarlos y dialogarlos como si se escribiera originalmente: de donde se infiere que por lo regular no puede traducir bien comedias quien no es capaz de escribirlas originales. Lo demas es ser un truchiman, sentarse en el agujero del apuntador, y decirle al público español: *Dice Mr. Scribe, &c., &c.*

Esto con respecto á la comedia; por lo que hace al drama histórico, á la tragedia, ó cualquiera otra composicion dramática cuya base sea un hecho heroico, ó una pasion, ó un carácter célebre conocido, estos ya son cuadros igualmente presentables en todos los paises. La historia es del dominio de todas las lenguas; en ese caso basta tener una alma bien templada y gusto literario ejercitado para comprender las bellezas del original; no se necesita ser Victor Hugo para comprender á Victor Hugo, pero es preciso ser poeta para traducir bien á un poeta.

La tarea, pues, del traductor no es tan facil como á todos les parece, y por eso es tan dificil hallar buenos traductores; porque cuando un hombre se halla con los elementos para serlo bueno, es raro que quiera invertir tanto trabajo solo en hacer resaltar la gloria de otro. Entonces es preciso que sea muy perezoso para no inventar, ó que su pais tenga establecida muy poca diferencia entre el premio de una

obra original y el de una traducción, que es precisamente lo que entre nosotros sucede.

Nuestro teatro moderno no carece de buenos traductores. Entre todos se distingue Moratin: vétese como en el Médico á palos españoliza una comedia, producción no solo de otro país, pero hasta de una época muy anterior: hace con ella el mismo trabajo que Moliere había hecho con Terencio y Plauto, y que Plauto y Terencio habían hecho sobre Menandro. No era Marchena tan superior en este trabajo, porque no era Marchena poeta cómico, pero merece un lugar distinguido entre los traductores. Gorostiza fue menos delicado, si tan buen traductor, porque alcanzó un tiempo en que era mas fácil revestirse de galas ajenas, y así, sin que queramos decir que siempre fue plagiarlo, muchas veces no vaciló en titular originales sus piraterías.

Posteriormente la traducción fue entre nosotros una necesidad: careciendo de suficiente número de composiciones originales, hubo de abrirse la puerta al mercado extranjero, y multitud de truchimanes con el Taboada en la mano y valor en el corazón se lanzaron á la escena española.

El vaudeville, género de composición dramática puramente francés, fue una mina inagotable: género complejo, verdadero melodrama en miniatura, así participa de la ópera como de la comedia; hijo de las costumbres francesas, bástale su diálogo diestramente manejado y erizado de puntas epigramáticas; esto, y algunos casos monótonos que giran casi siempre sobre temas semejantes, bastan á adornar una idea es-

téril que pocas veces produce mas de una ó dos escenas medianamente cómicas. El pueblo francés, tan cantor como mal músico, se paga de eso, y tiene razon, porque no le da mas importancia que la que tiene, y porque rico el teatro de cómicos escelentes, el juego mímico y la perfeccion del arte prestan interes del otro lado de los Pirineos á la composicion mas desnuda de mérito y de originalidad.

Pero aqui donde el vaudeville empieza por perder la mitad de su ser, es decir, la parte música, aqui donde no es la espresion de las costumbres, aqui donde el público ha menester de composiciones mas llenas, de mas ingenio y enredo, su introduccion debia de ser muy arriesgada, y solo se le podia admitir en cuanto á comedia, y á cuenta de comedias. Son solo admisibles, pues, en la escena española aquellos vaudevilles que giran sobre un argumento y un enredo cómico de algun bulto, y aquellos en que queda material para llenar una pieza en un acto aun despues de suprimida la música, y eso sin darle grande importancia, sin tratar de llenar con ellos una funcion entera. La empresa que todavía tiene los teatros emprendió esto, y trató de sustituirles á nuestros sainetes piezas verdaderamente cómicas nacionales y populares, pero cuya muerte era próxima desde que los ingenios se desdeñaban de componerlas, y que por los repetidos y sabidos que estan ya del público, apenas podian ser ya de utilidad. Otra mira se llevó en esto: los sainetes tienen el inconveniente de halagar casi siempre las costumbres de nuestro pueblo bajo, por los tér-

minos en que estan escritos, en vez de tender á corregirlas y suavizarlas, poniéndolas en ridículo; todo lo que fuese proponerse ese fin substituyendo á los palos, á las alcaldadas y á las sandeces de los payos, rasgos agudos y delicados de ingenio, era laudable.

Pero esto no podia conseguirse sin revestir los *vaudevilles* de la misma nacionalidad y popularidad de que aquellos gozaban: solo asi se podia introducir un género nuevo, y eso fue lo que se descuidó. De aqui que todo el triunfo que han podido conseguir los *vaudevilles* ha sido pasajero y efímero, y son muy pocos los que han quedado en el caudal, y no han pasado rápidamente despues de unas cuantas noches de representacion.

¿Y cuáles son los que han quedado? Aquellos que tenian mas analogía con nuestras costumbres, ó aquellos en que una idea verdaderamente cómica y original se hallaba bien adoptada y desarrollada por un traductor hábil.

Ocasion es esta de hacer justicia á quien la merece: uno de los que mejor han traducido *vaudevilles*, uno de los que hubieran podido españolizar el género nuevo, es don Manuel Breton de los Herreros. Seguramente, si todos los *vaudevilles* que se han adoptado hubiesen sido y se hubiesen traducido como *La familia del boticario*, como *No mas muchachos*, y otros del mismo traductor, verdaderos modelos de esa clase de trabajo, solo elogios tendrían que salir de nuestra pluma. Son solo comparables con las traducciones del señor Breton algunas de otro jóven bien conocido: ya nuestros lectores habrán adi-

vinado que hablamos del señor de Vega; y decimos algunas, porque no las ha cuidado todas igualmente; pero siempre le harán honor *El Gastrónomo sin dinero*, *El Cambio de diligencias*, *Quiero ser cómico*, y otras, en algunas de las cuales, sobre todo, está tan bien hecha la traducción, que puede llamarlas casi originales.

Tanto nos hemos remontado, que apenas sabemos ahora pasar de los señores Breton y Vega á los traductores ó truchimanes de *La Viuda* y *el Seminarista* y de *Los guantes amarillos*.

Parece que de las dos cosas que hemos dicho ser necesarias para traducir mal una comedia, los traductores de estas dos novedades no han tenido mas que una, esto es, el atrevimiento, porque á haber tenido tambien diccionario, imposible es que hubiesen hecho tan mezquinos truchimanes.

La Viuda y *el Seminarista* es una comedia (algun nombre le hemos de dar) de pobrísima intriga, y donde solo campea una escena medianamente cómica, producida por la situación del *Seminarista*, mozalvete sin experiencia, de quien la viuda y su amante se valen para anudar sus rotas relaciones. No merece una análisis, y nos contentaremos con decir que reprobamos altamente la especie de compromiso que se impone de algun tiempo á esta parte al público con la coplita final: bueno es que el traductor pida perdón cuando lo hace tan mal; pero malo es, y malísimo, que el público le conceda. La desaprobacion del público es el mejor correctivo de la abyeccion en que vemos caer de dia en dia

al teatro, y la indulgencia mal entendida es la muerte del arte.

Aconsejaremos al señor Lombía que se vista mejor, y que tenga mas calor, que finja el amor en papeles de enamorado, para lo cual no sería inútil que se enamorara, si fuese posible; con eso formaría él una idea y nos la podría dar á los demas: otrosí, le aconsejamos que pregunte al señor Latorre, ó á cualquiera otro de los actores que lo saben, qué uso se debe hacer de los guantes, los cuales sirven generalmente para ponerse en las manos, y al mismo tiempo sabría cómo se deben tener cuando no se llevan puestos: no los reuniria en forma de hacecillo, ni los agarraria á dos manos: hay actores á quienes parece que estorban los guantes; cualquiera tendria tentaciones de deducir que no estan acostumbrados á ellos.

Los guantes amarillos que hemos visto estrenar en el teatro del *Vaudeville* de París al inimitable Arnal, para quien se escribieron, es uno de los mas ingeniosos juguetes que pueden presentarse en la escena, y ha gustado en cuantos teatros de Italia y de Inglaterra se ha traducido. La prueba de su mérito es el éxito mismo que ha tenido en Madrid, donde no se nos ha dado ni una sombra del original: repetimos que estas piezas necesitan una traduccion atinada. Necesitan ademas tales composiciones dramáticas muchos ensayos, y suma viveza en la representacion. El papel del maestro de baile debiera haberse reservado á toda costa para el señor Guzman: el señor Lombía entiende tanto de representar á un maestro de baile como de

fingir el amor: ni agilidad en sus movimientos, ni gracia, ni una ligera muestra de que es maestro de baile. ¿Dónde ha visto el señor Lombía maestros de baile que se vistan de luto riguroso á las ocho de la mañana, sin habérsele muerto padre ni madre; y de frac y pantalon colan, como si fuese á asistir á un baile de corte? ¿Dónde ha visto pantalon colan negro con carreras de botones de metal, á manera de botin manchego? En una palabra, el teatro español es una confusion; algun autor, algun actor, algun traductor; fuera de esas escepciones todo es caos, y un completo olvido, por mejor decir una ignorancia completa del arte, del teatro y de la declamacion.

Diga usted esto sin embargo, y verá usted levantarse en contra de la crítica autores, actores y traductores en masa: y en realidad ¿quién tiene razon? ¿De parte de quien está el público? Lo ignoramos: el público pasa por todo, ni silba un autor, ni un actor, ni una traduccion: ¿es posible que haya teatros en semejante apatía, con tan lastimosa indiferencia! No. Si ha de seguirse nuestra opinion, ciérrense los teatros; porque no hay reforma ni mejora posible donde no hay por parte de nadie amor al arte.



E. - Marzo 23 de 1836.

CATALINA HOWARD,

DRAMA NUEVO EN CINCO ACTOS.

Catalina Howard es una creacion singular. Su objeto es pintar una pasion, pasion terrible cuando se arraiga, sobre todo en una muger, y doblemente terrible si los principios religiosos y morales han sido descuidados en ella por la educacion. Alejandro Dumas ha creido buenos todos los medios para llegar á su fin, y se ha valido en esta composicion de algunos tan originales, tan nuevos y tan verdaderos, que ha impreso á su obra el sello del genio.

La vida de Enrique VIII de Inglaterra, hombre extraordinario por la influencia que sus ardentés é indómitas pasiones estaban destinadas á ejercer en aquella nacion preponderante, ha sido una mina inagotable para el teatro. Hombre mas sensual y orgulloso que enamorado y justo, convirtió su tálamo real en potro de sus mugeres, é hizo cuestiones políticas y religiosas, cuestiones nacionales, sus pasageros y funestos amores. Buscando inútilmente en el vicario de Cristo una sancion imposible á sus desórdenes, no vaciló en segregarse á sí y á su pueblo de la iglesia católica, y declararse gefe de la comunion anglicana.

No es nuestro ánimo entrar en un examen

histórico, sino literario, y cesaremos de hablar de Enrique VIII: ocupémonos solo del cuadro diestramente coloreado de Dumas.

Catalina Howard es una jóven de extraordinaria belleza, de baja estraccion, ligera y superficial, mal educada, y cuya imaginacion mal dirigida se alimenta de sueños dorados y de ilusiones de grandeza y poder superiores á su esfera. La ambicion es su pasion dominante, las demas no deben ser en ella sino instrumentos, medios de triunfo. Un amante misterioso es el alimento de semejantes mugeres novelescas, y en ese concepto se halla secretamente casada con Ethelwood, duque de Dierham, par del reino, y favorito de Enrique, pero sin saber la alta categoría de su esposo.

El rey la ha visto, y trata de dar en ella una sucesora á su última esposa. Ethelwood, encargado de llevar á palacio su propia muger, no halla mas arbitrio, conocido el carácter del rey, que fingir la muerte de Catalina, asfixiándola por medio de una bebida narcótica, y vivir despues con ella encerrado en su castillo. Inútil precaucion. Catalina vuelta á la vida, esposa de un duque, y sabedora de la pasion del rey, se aviene mal con su posicion. La oferta de la mano de la hermana de Enrique, hecha al duque, y rehusada por él, causa la desgracia de Ethelwood, que fecundo en arbitrios, y queriendo evitar la cólera del rey, lo sacrifica todo al amor, é imagina para sí una muerte fingida, semejante á la que ha dado anteriormente á su querida. Pero Catalina, puesta en la alternativa de sacar del sepulcro á su esposo para vivir

oscuramente con él, mudando nombre y país, ó de dejarlo para siempre en su tumba y subir al trono, arroja la llave del sepulcro, y da la mano á Enrique.

Ethelwood, sin embargo, se salva, merced á la princesa Margarita, de él enamorada, y oculto en el mismo palacio se convierte en el remordimiento personificado de Catalina, á quien se presenta como un espectro para acibarar su mal lograda dicha. Su venganza se estiende hasta dar zelos al rey, haciendo aparecer culpable á Catalina, y esta, acusada por el regio esposo ante la cámara alta, es condenada al suplicio. Catalina consigue apartar de Londres al ejecutor, sin el cual debería demorarse la ejecucion á no presentarse un hombre enmascarado pronto á servir de verdugo. Este es Ethelwood mismo, que decapita á su esposa, y que no habiendo vivido sino para vengarse, declara en seguida su complicidad en la deshonra del rey, arrancándose la máscara

Si se busca moral en este drama, repetiremos que Ethelwood evocado del sepulcro, para morir al coronar su obra y espirar con Catalina, es la personificación moral del remordimiento que acaba con el culpable y solo muere con él: invisible para los demas, oculto á los ojos del mundo y solo palpable para el criminal. Moral por cierto algo mas poderosa que una máxima final, ó una árida sentencia. En las comedias de costumbres del género clásico oye el espectador la moral dicha. En Catalina Howard ve la moral en accion. Tendencia irresistible del siglo, en que no hay mas verdades que los hechos, en

que la moral se presenta al hombre no como dogma, sino como interes.

Considerando bajo este punto de vista esta creacion, desaparecen las acusaciones hechas por algunos á Dumas acerca de la estremada venganza de Ethelwood; estos críticos no consideran que el objeto del poeta no es pintar á una muger ambiciosa, á un rey déspota, á un marido ofendido. El objeto del poeta es pintar la ambicion en la muger; Catalina es su protagonista. Enrique VIII, Ethelwood, la princesa, son solo medios muy secundarios para él, que le llevan á su fin.

Para pintar toda la fuerza de la ambicion era preciso colocarla en contraste con los mayores sacrificios; eso ha hecho el autor poniendo en Ethelwood cuanto pudiera haber retraido á Catalina de su crimen; pero tal es la pasion dominante, que solo permite pequeños intervalos de ternura. Catalina es muger, y á la vuelta del dolor natural en su sexo, pero momentáneo, de ver perecer por ella á su esposo, y de la sensacion generosa inevitable que siente al verle ponerse en sus manos, no puede menos de volver á su idea fija, á la ambicion, al verle sin sentido, y le arranca la sortija que el rey le pusiera á ella en la mano en la tumba; rasgo que pinta todo un carácter, que descubre en el poeta el gran conocedor del corazon humano.

Es tan cierta esta observacion, que nosotros no dudamos en apelar á las mugeres culpables. Dígannos si al engañar á sus amantes ó sus esposos no han tenido momentos de ternura hácia su víctima, si un sentimiento interno de justicia

y de generosidad no las ha obligado, á su pesar, á indemnizar con una caricia mas tierna, con protestas sinceras de buena fé, al mismo esposo á quien engañaban, acaso momentos despues de acabarle de faltar. Tal es el corazon humano, en que lucha siempre el bien con el mal, aun al mismo tiempo de ser vencido aquel por este. El favor que nos hace á veces un enemigo, y que se llama comunmente perfidia, suele no ser otra cosa que un resto de generosidad y de bondad moribunda que lucha por vencer, suele no ser otra cosa que un homenaje que á nuestro pesar rinde en nuestro propio corazon el mal al bien, el vicio á la virtud.

El que sabe estas verdades como Dumas es gran poeta; nadie en el teatro francés moderno las sabe como él, y nadie es por tanto mas dramático que él, incluso Victor Hugo, de quien ya en otras ocasiones hemos dicho ser mas lírico que drámático, mas brillante que profundo.

Otro rasgo no menos superior es el de no advertirse nunca en Catalina un solo momento de arrepentimiento: esa es la verdad; cuando una pasion domina al corazon, por mas que le lleve al precipicio, el culpable no se arrepiente nunca; cree que ha tenido desgracia, cree que ha empleado malos medios, siente no haber triunfado, y las lágrimas se las arranca el castigo, no el arrepentimiento: hájese de la horca al que la pasion del robo domina; y póngasele en situacion de volver á robar: pondrá otros medios, será mas cauto; toda la diferencia consistirá en ser mejor ladron. Puédese prescindir de las acciones, y variar en la eleccion de ellas; de las

pasiones nunca, porque son nuestra organizacion, porque la pasion es el hombre mismo. Porque la pasion es semejante al agua que comprimida por un lado, no vuelve escarmentada al manantial de que parti6, sino que trata de seguir su curso buscando otra salida, y cerrada la segunda, otra y cien mil, hasta que sale. Fundados en estas verdades dijimos no hace mucho tiempo que el teatro rara vez corrige al hombre, porque el hombre es animal de poco escarmiento. *

En cuanto á los medios y las formas dramáticas, á los crímenes, á los horrores que han sucedido en el teatro moderno, á la fria combinacion de las comedias del siglo XVIII, oponerse á ellos es oponerse á la diferencia de las épocas y de las circunstancias, con las cuales varía el gusto. *Al teatro vamos á divertirnos*, dicen algunos candorosamente. No; al teatro vamos á ver reproducidas las sensaciones que mas nos afectan en la vida; y en la vida actual ni el poeta, ni el actor, ni el espectador tienen gana de reirse; los cuadros que llenan nuestra época nos afectan seriamente, y los acontecimientos en que somos parte tan interesada no pueden predisponernos para otra clase de teatro: de aqui que no se darán comedias de Moliere y Moratin, intérpretes de épocas mas tranquilas y sensaciones mas dulces, y si fuera posible que se hicieran, no nos divertirian; y en eso nuestra época se parece al borracho, á quien de resultas del vino atormenta la sed, y que no puede apagarla sino con vino, porque el agua le parece insípida cuando el deseo engañoso le conduce á gustarla.

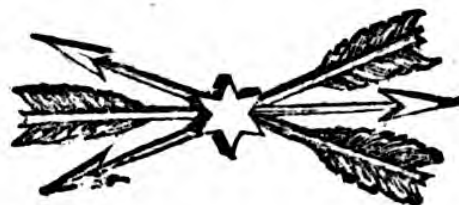
Fuerza es confesar sin embargo que en España la transición es un poco fuerte y rápida. La Francia puede contar medio siglo de revolución, cuando nuestras revueltas no tienen siquiera la mitad de esa fecha, y aun nuestros sacudimientos pueden apenas compararse con los de la vecina nación. Ella sin embargo ha tardado medio siglo en hacer su revolución literaria, y la ha hecho gradualmente; las licencias poéticas han tenido que ganar el terreno á palmos empezando por los teatros de Boulevard y por el melodrama de la Porte St. Martin hasta conquistar el teatro francés: y entre nosotros en un año solo hemos pasado en política de Fernando VII á las próximas constituyentes, y en literatura de Moratin á Alejandro Dumas: y es de tener en consideración que el clasicismo aristotélico y horaciano habian tenido tiempo de cansar al público francés desde el siglo de Luis XIV hasta Napoleon, y que nosotros no hemos apurado el género clásico, puesto que desde Comellá hasta nosotros ni han transcurrido mas que veinte y tantos años, ni en esos hemos disfrutado mas que tres comedias y media de Moratin, otras tantas de Gorostiza, alguna de algun otro, y varias traducciones, no todas buenas, de Racine, de Moliere, y de autores franceses de segundo orden. En una palabra, que estamos tomando el café despues de la sopa.

Hé aqui una de las causas de la oposición que así en política como en literatura hallamos en nuestro pueblo á las innovaciones. Que en vez de andar, y de caminar por grados, procedemos por brincos, dejando lagunas y repitiendo solo

la última palabra del vecino. Queremos el fin sin el medio, y esta es la razón de la poca solidez de las innovaciones. La traducción es mala, y ha sido mal puesta en escena, por lo que hace al ornato.

En cuanto á la representación háse conocido que había empeño particular en que Catalina Howard saliese bien representada: argumento terrible para nosotros. Si la señora beneficiada, si Latorre, si Romea, si todos en general nos han probado que cuando quieren saben representar, ¿no tendremos un derecho para reconvenirles agriamente cuando representan mal?

La señora Rodriguez nos ha convencido de que nadie puede reemplazarla en su buena dición, y en la verdad sorprendente con que ha hecho varias escenas; su resurrección sobre todo nos ha parecido excelente, y el sueño delante del rey. Latorre ha estado admirable en la escena de la tumba, y Romea no ha dejado nada que desear en la del Parlamento.



E. - Marzo 26 de 1836.

A BENEFICIO DEL SEÑOR LOPEZ.

Jornada segunda del Trovador ; acto tercero de la Conjuracion de Venecia ; Riego en las Cabezas de San Juan, ó el dia 1.º de Enero de 1820 ; acto tercero del Diablo predicador.

No habiendo en la funcion á beneficio del señor Lopez ninguna verdadera novedad, no era nuestro objeto dedicarle un artículo; pero por una rara casualidad ha venido á parar á nuestras manos la siguiente carta, que sin duda un forastero recién-venido escribe á algun punto de provincia á su familia.

“ Querida esposa :

» Con esta fecha he llegado bueno á Madrid, donde ha sido mi primer cuidado asistir al teatro; no lo estrañarás si recuerdas las comedias caseras que nos dan ahí en casa del intendente, y el hambre que de un teatro regular tiene uno en esos pueblos de provincia.

» Como era ya de noche, ni pude ver el cartel, ni me enteré de anuncio alguno; pero ¿ qué importa? dije yo. Veamos la funcion, que mas me ha de enterar ella que el anuncio.

» La cosa segun conté tenia cinco actos.

» Primer acto. Comienza la funcion con un tal don Nuño, que se queja de una herida que

recibió hace un año, pero la cual no le molesta para casarse, por lo que sin duda pide la mano de una tal doña Leonor; esta no quiere dársela; y habiendo muerto un querido que tenía, llamado el Trovador, prefiere meterse monja (ahora precisamente que se van á cerrar los conventos); pero el conde don Nuño trata de robarla, á tiempo que sabe que ha entrado el enemigo en Zaragoza.

» Segundo acto. Doña Leonor va á tomar el velo en el convento: tocan el órgano; viene el muerto, que no había muerto, y los criados del conde don Nuño: sale Leonor ya monja, da un grito; se escapan los criados, y el Trovador se queda parado.

» Tercer acto. De resultas de todo eso la muchacha Laura gime y se desespera en Venecia; y no pudiendo aguantar mas, le cuenta á su papá como ella tenía un querido, y se casó con él de secreto, y como estando juntos de noche en un ameno cementerio donde se veían, vinieron unos enmascarados y le robaron al querido, prendiéndole como reo de estado. Papá se enternece, y abogando por la muchacha, le dice á su hermano el presidente Morosini que no le va á comprender porque no tiene hijos: el otro le contesta que hable sin embargo; el senador entonces le cuenta el caso, pero sucede lo que había previsto, que como no tiene hijos, todo es griego para él. En vista de eso se separan, y en eso hacen bien, si no ha de entenderle hasta que tenga hijos, tanto mas, cuanto que ya es viejo el que no entiende; el papá senador de Venecia queda lamentándose, y le cuenta su desventura

al que murió por redimirnos en la cruz, el cual no sé yo si le entenderia, porque tampoco tuvo hijos.

» Acto cuarto. De alli á poco dos cuadrilleros de la santa inquisicion andan buscando á don Justo para prenderle: viene un sargento del regimiento de Asturias, deja la mochila y se va: en seguida viene un sacristan, y un administrador de un grande y dos del resguardo: el buen don Justo no los entiende, y eso que tiene una hija; pero no le prenden, porque entonces Riego levanta en las Cabezas de San Juan el estandarte de la libertad.

» Acto quinto. Fray Antolin, cansado de ver todo lo que pasa, tiene hambre, y se esconde entre las piernas un cesto con un pollo; pero fray Forzado tiene un grande interes en que fray Antolin no coma; por lo cual don Feliciano no quiere dar limosna á San Francisco: entonces fray Antolin le echa un largo sermon, del que se queda el otro en ayunas, tal vez por no tener hijos. Acabado el sermon, la tierra se traga á don Feliciano, y viene el Arcángel San qué sé yo cuantos, y habla con el diablo vestido de fraile: aparece Astarot en figura de don Feliciano, da limosna á San Francisco, y el guardian es un excelente sugeto.

» Esa es la comedia, de la cual francamente me resultó tal confusion en la cabeza que no te lo puedo ponderar: envíotelo á contar, porque yo no he entendido una palabra, de donde infiero que desde que falto de esa deben de haberse muerto mis hijos, porque á tenerlos todavía, yo debia de haberlo entendido todo.

» Sácame por Dios de tan horrible duda, si bien temo que me vengas diciendo que no han muerto, casi tanto como la infausta noticia; porque si llegas á escribirme que viven, habré de inferir que no son míos, y ya ves si esto es cosa de afligir á un buen padre de familias; casi quisiera mejor que me dijeras que viven, pero que tú tampoco has entendido la comedia, porque entonces sacaría la consecuencia de que ni son tuyos ni míos, en cuyo caso nos echaremos á discurrir cómo han venido á casa esos angelitos.

» Quedo en la mayor ansiedad, esperando tu respuesta y renegando del viaje á Madrid, que en tan graves confusiones me pone.

Queda tuyo &c.»

Esta es la carta que hemos encontrado, y que no queremos ocultar á nuestros lectores, los cuales, si tienen hijos, ya nos habrán entendido.



E. - Abril 19 de 1836.

LOS BARATEROS,

ó

EL DESAFÍO Y LA PENA DE MUERTE.

Debiendo sufrir en este día... la pena de muerte en garrote vil... Ignacio Argumañes, por la muerte violenta dada el 7 de marzo último á Gregorio Cané...
(DIARIO DE MADRID DEL 15 DE ABRIL.)

La sociedad se ve forzada á defenderse, ni mas ni menos que el individuo, cuando se ve acometida: en esta verdad se funda la definicion del delito y del crimen; en ella tambien el derecho que se adjudica la sociedad de declararlos tales y de aplicarles una pena. Pero la sociedad al reconocer en una accion el delito ó el crimen, y al sentirse por ella ofendida, no trata de vengarse, sino de prevenirse; no es tanto su objeto castigar simplemente, como escarmentar: no se propone por fin destruir al criminal, sino el crimen; hacer desaparecer al agresor, sino hacer desaparecer la posibilidad de nuevas agresiones: su objeto no es diezmar la sociedad, sino mejorarla. Y al ejecutar su defensa ¿qué derecho usa? El derecho del mas fuerte. Apoderada del sospechado agresor, le es fuerza antes de aplicarle la pena verificar su agresion, convenirse á sí misma, y convencerle á él. Para esto

comienza por atentar á la libertad del sospechado, mal grave, pero inevitable; la detencion previa es una contribucion corporal que todo ciudadano debe pagar, cuando por su desgracia le toque; la sociedad, en cambio, tiene la obligacion de aligerarla, de reducirla á los términos de indispensabilidad, porque pasados estos comienza la detencion á ser un castigo, y lo que es peor, un castigo injusto y arbitrario, supuesto que no es resultado de un juicio y de una condenacion; en el intervalo que transcurre desde la acusacion ó sospecha hasta la aseveracion del delito, la sociedad tiene, no derecho, pero necesidad de detener al acusado; y supuesto que impone esta contribucion corporal por su bien, ella es la que está obligada á hacer de modo que la carcel no sea una pena ya para el acusado, inocente ó culpable: la carcel no debe acarrear sufrimiento alguno, ni privacion que no sea indispensable, ni mucho menos influir moralmente en la opinion del detenido.

De aqui la sagrada obligacion que tiene la sociedad de mantener buenas casas de detencion bien montadas y bien cuidadas, y la mas sagrada todavía de no estancar en ellas al acusado.

Cualquiera de nuestros lectores que haya estado en la carcel, cosa que le habrá sucedido por poco liberal que haya sido, se habrá convencido de que en este punto la sociedad á que pertenecemos conoce estas verdades y su importancia, y en nada las contradice. Nuestras cárceles son un modelo.

Era uno de los dias del mes de Marzo: multitud de acusados llenaban los calabozos; los pa-

tios de la carcel se devolvian las estrepitosas carcajadas, desquite de la desgracia, ó máscara violenta de la conciencia, las soeces maldiciones y blasfemias, desahogo de la impotencia, y los sarcásticos estrivillos de torpes cantares, regocijo del crimen y del impudor. El juego, alimento de corazones ociosos y ávidos de accion, devoraba la existencia de los corrillos; el juego, nutricion terrible de las pasiones vehementes, cuyo desenlace fatídico y misterioso se presenta halagüeño, mas que en ninguna parte, en la carcel, donde tanta influencia tiene lo que se llama vulgarmente *destino*, en la suerte de los detenidos; el juego, símbolo de la solucion misteriosa, y de la verdad incierta que el hombre busca incesantemente desde que ve la luz hasta que es devuelto á la nada.

En aquellos dias existian en esa carcel dos hombres: Ignacio Argumañes y Gregorio Cané. Los hombres no pueden vivir sino en sociedad: y desde el momento en que aquella á que pertenecian parece segregarlos de sí, ellos se forman otra facilmente, con sus leyes, no escritas, pero frecuentemente notificadas por la mano del mas fuerte sobre la frente del mas débil. Hé aqui lo que sucede en la carcel. Y tienen derecho á hacerlo. Desde el momento en que la sociedad retira sus beneficios á sus asociados; desde el momento en que, olvidando la proteccion que les debe, los deja al arbitrio de un cómitre despótico; desde el momento en que el preso al sentar el pie en el patio de la carcel se ve insultado, acometido, robado por los seres que van á ser sus compañeros, sin que sus quejas puedan sa-

lir de aquel recinto, el detenido esclama: "Estoy fuera de la sociedad; desde hoy *mi ley es mi fuerza, ó la que yo me forje aqui.*" Hé aqui el resultado del desorden de las cárceles. ¿Con qué derecho la sociedad exige nada de los encarcelados, á quienes retira su proteccion? ¿Con qué derecho se sigue erigiendo en juez suyo, siendo los delitos cometidos dentro de aquel Argel efecto de su mismo abandono?

Pero dos hombres existian alli; dos barateros; dos seres que se creían con derecho á imponer leyes á los demas, y á retirar del juego de sus compañeros un fondo piratesco; dos hombres que cobraban el barato. Cruzáronse estos dos hombres de palabras, y uno de ellos fue metido en un calabozo por el alcaide, dey de aquella colonia. A su salida, el castigado encuentra injusto que su compañero haya cobrado él solo el barato durante su ausencia, y reclama una parte en el tráfico. El baratero advenedizo quiere quitar del puesto al baratero en posesion; este defiende su derecho, y sacando de la faltriquera dos navajas, *¿quieres parte?* le dice, *pues gánala.* Hé aqui al hombre fuera de la sociedad, al hombre primitivo que confia su derecho á su brazo.

El dia va á espirar, y los detenidos acaban de pasar al patio inmediato, donde entonan diariamente una salve á la Madre del Redentor, salve sublime desde fuera, impudente y burlesca sobre el labio del que la entona, y que por bajo la parodia. Al son del religioso cántico los dos hombres defienden su derecho, y en leal pelea se acometen y se estrechan. Uno de ellos no debia oír acabar la salve: un segundo transcurre apenas, y con el

último acento del cántico llega á los pies del Altísimo el alma del un baratero.

La sociedad entonces acude, y dice al baratero vivo: Yo te lancé de mi seno, yo te retiré mi amparo, yo te castigo antes de juzgarte con esa carcel inmunda que te doy; ahí tolero tu juego y tu barato, porque tu juego y tu barato no molestan mi sueño; pero de resultas de ese juego y ese barato, tienes una disputa que yo no puedo ni quiero dirimir, y me vienen á despertar con el ruido de un cuerpo que has derribado al suelo; me avisan de que ese cuerpo de que en vida yo no hice mas caso que de tí, puede contagiarme con su putrefaccion; y por ende mando que el cuerpo se entierre, y el tuyo con él, porque infringiste mis leyes, matando á otro hombre, aun entonces que mis leyes no te protegian. Porque mis leyes, baratero, alcanzan con la pena hasta á aquellos á quienes no alcanzan con la proteccion. Ellas renuncian á amparar, pero no á vengar: lo bueno de ellas, baratero, es para mí, lo malo para tí; porque yo tengo jueces para tí, y tú no los tienes para mí: yo tengo alguaciles para tí, y tú no los tienes para mí: yo tengo, en fin, cárceles, y tengo un verdugo para tí, y tú no los tienes para mí. Por eso yo castigo tu homicidio, y tú no puedes castigar mi negligencia y mi falta de amparo, que solos fueron de él ocasion.

Y el baratero: ¿Hasta qué punto, sociedad, tienes derecho sobre mí? Ignoro si mi vida es mia; han dicho hombres entendidos que mi vida no es mia, y por la religion no puedo disponer de ella; pero si no es mia siquiera, ¿cómo será

tuya? Y si es mas mia que tuya, ¿en qué pude ofender á la sociedad disponiendo de ella, como otro hombre de la suya, de comun acuerdo los dos, sin perjuicio de tercero, y sin llamar á nadie en nuestra comun cuestion?

Y la sociedad: Algun dia, baratero, tendrás razon; pero por el pronto te ahorcaré, porque no es llegado ese dia en que tendrás razon, y en que queden el suicidio y el duelo fuera de mi jurisdiccion; en el dia la sociedad á que perteneces no puede regirse sino por la ley vigente; ¿por qué no has aguardado para batirte en duelo á que la ley estuviese derogada? Por ahora, muere, baratero, porque tengo establecida una pragmática que asi lo dispone.

Una luna no ha transcurrido todavía que ha visto sofocado por mi mano á otro hombre por haber vengado un honor que la ley no alcanzába á vengar...

Y el baratero: ¿Y cuántas lunas transcurren, sociedad, que ven paseando en el Prado á otros hombres que incurieron en igual error que ese que me citas, y yo...

Y la sociedad: Eso te enseñará que ya que no pudieses aguardar para batirte á que yo derogase mi ley, cesando de intervenir en las disidencias individuales que no atacan á la corporacion, debiste aguardar á lo menos á ser opulento, ó siquiera caballero... ó aprender en tanto á eludir mi ley...

Y el baratero: ¿Y la igualdad ante la ley, sociedad...?

Y la sociedad: Hombre del pueblo, la igualdad ante la ley existirá cuando tú y tus seme-

jantes la conquistéis; cuando yo sea la verdadera sociedad, y entre en mi composición el elemento popular; llámanme ahora sociedad y cuerpo, pero soy un cuerpo truncado: ¿no ves que me falta el pueblo? ¿no ves que ando sobre él, en vez de andar con él? ¿no ves que me falta el alma, que es la inteligencia del ser, y que solo puede resultar del completo y armonía de lo que tengo, y de lo que me falta, cuando lo llegue á reunir todo? ¿no ves que no soy la sociedad, sino un monstruo de sociedad? ¿Y de qué te quejas, pueblo? ¿No renuncias á tus derechos en el acto de no reclamarlos? ¿no lo autorizas todo sufriendolo todo?

Y el baratero: Porque no sé todavía que hago parte de tí, ó sociedad; porque no comprendo...

Y la sociedad: Pues date prisa á comprender, y á saber quién eres y lo que puedes, y entre tanto date prisa á dejarte ahogar, y en garrote vil, porque eres pueblo, y porque no comprendes.

Y el baratero: Mi día llegará, ó falsa sociedad, ó sociedad incompleta y usurpadora, y llegará mas pronto por tu culpa; porque mi cadáver será un libro, y un libro ese garrote vil, donde los míos, que ahora le miran estúpidamente sin comprenderle, aprenderán á leer. ¡Hágase en el ínterin la voluntad de la fuerza: ahorca á los plebeyos que se baten en duelo, colma de honores á los señores que se baten en duelo, y en tanto que el pueblo cobra su barato, cobra tú el tuyo, y date prisa!!!

Y el baratero debía morir, porque la ley es terminante, y con el baratero cuantos barate-

ros se baten en duelo, porque la ley es vigente, y quien infringe la ley, merece la pena; ¡y quien tal hizo que tal pague!

Y el baratero murió, y en cuanto á él satisfizo la vindicta pública. Pero el pueblo no ve, el pueblo no sabe ver; el pueblo no comprende, el pueblo no sabe comprender, y como su día no es llegado, el silencio del pueblo acató con respeto á la justicia de la que se llama su sociedad, y la sociedad siguió, y siguieron con ella los duelos, y siguió vigente la ley, y barateros la burlarán, porque no serán barateros de la cárcel, ni barateros del pueblo, aunque cobren el barato del pueblo.



E. — Mayo 23 de 1836.

FÍGARO

AL DIRECTOR DE EL ESPAÑOL.

Figaro. Sr. Director de *El Español*, pido la palabra.

Director. ¿Para qué?

Figaro. Para rectificar un hecho y hacer una interpelacion.

Director. El Sr. Figaro tiene la palabra para rectificar un hecho y hacer una interpelacion.

Señor director de *El Español*: En la primera carta que á mi vuelta del extranjero publiqué, dí los motivos por qué me decidia entonces á escribir en el periódico que usted dirige.

Independiente siempre en mis opiniones, sin pertenecer á ningun partido de los que miserablemente nos dividen, no ambicionando ni de un ministerio ni de otro ninguna especie de destino, no tratando de figurar por ningun estilo, estoy escribiendo hace años, y no tuve nunca mas objeto que el de contribuir en lo poco que pudiese al bien de mi pais, tratando de agradar al mayor número posible de lectores: para conseguirlo creí que no debia defender mas que la verdad y la razon, creí que debia combatir con las armas que me siento aficionado á manejar

cuanto, en mi conciencia, fuese incompleto, malo, injusto ó ridículo.

Esta es la razon porque constantemente he formado en las filas de la oposicion; no habiendo habido hasta el dia un solo ministerio que haya acertado con nuestro remedio, me he creido obligado á decírselo asi claramente á todos. Si yo tuviera alguna importancia política ó literaria, tal vez sentaria en este lugar doctrinas ó acumularia profesiones de fé. Felizmente no tengo ninguna importancia, y solo reclamo el derecho que tengo de no hacer cuerpo comun con nadie; por eso firmo constantemente mis artículos. Siguiendo este sistema, he remitido á usted estos dias un artículo riéndome de lo que en el dia me parece risible, sin cuidarme de si estaba ó no en el sentido de su periódico, sea este el que fuere. Este artículo me ha sido devuelto por usted por no hallarse de acuerdo sin duda con sus opiniones; no pudiendo esponerme á escribir otros que tengan igual resultado, usted me permitirá que le interpele, segun el uso del dia, y le pregunte sencillamente en qué sentido habré de escribir en su periódico para verme impreso: bastante censura nos ponen los gobiernos á los escritores, sin que se nos añada otra doméstica en nuestro mismo periódico.

Si *El Español* es ministerial, usted me permitirá que sin que se altere en nada el aprecio que le profeso, sacuda desde este momento toda mancomunidad de responsabilidad política; y si no lo es, espero que explícitamente me lo manifestará, seguro de que pocas cosas serian para mí mas dolorosas que haber de renunciar á las

ventajas que su amistad y su periódico me han ofrecido hasta el día.

Ademas de cuanto llevo espuesto, me permitirá usted, señor director, que para facilitar su respuesta, añada que así rehuso pertenecer á un sistema de ministerialismo *quand même*, como rehusaría hacer parte de un periódico de ciega oposicion, *quand même*; y para que no se pueda dar á este paso mas motivo que el que yo mismo le doy, concluiré diciendo que para mí así el ministerio Isturiz como el ministerio Mendizabal, como cuantos le han precedido y le seguirán, no tienen mas importancia que la del bien ó del mal que puedan hacer á mi patria.

En el ministerio Mendizabal he criticado cuanto me ha parecido criticable, y de ello no me retracto, cualquiera que sea el partido ó la popularidad que pueda tener en su favor, y los medios que ponga en práctica en el día para hacer la oposicion; lo mismo pienso hacer ahora con el actual, cualquiera que sea la fuerza que como gobierno tenga en su favor; porque si hay quien puede tener miedo á los alborotos, á las multas ó á la carcel, yo no me siento con miedo á nadie. Y lo mismo pienso hacer con cuantos ministros vengan detras, hasta que tengamos uno perfecto que termine la guerra civil y dé al país las instituciones que en mi sentir reclama: el acierto es pues el único medio de hacer cesar mis críticas, porque en cuanto á alabar, no es mi mision; ni creo que merece alabanza el que hace su deber. Por ahí inferirá usted que tengo oficio para rato.

Espero pues su respuesta para saber el par-

tido que debo tomar, y solo me queda que hacer presente á usted que cualquiera que ella sea, tolerante como soy con las opiniones de los demas, ni dejaré de respetar las suyas, ni trato con este paso de aventajar mi posicion á costa de su periódico.

En el ínterin queda su atento amigo y servidor - *Figaro*.



E. - Junio 12 de 1836.

ABEN-HUMEYA,



drama histórico en tres actos, nuevo en estos teatros. Su autor don Francisco Martinez de la Rosa.

No hace muchos dias que anunciamos la próxima representacion de esta obra de un ingenio distinguido ciertamente en nuestra literatura moderna por sus obras anteriores, en las cuales ha adquirido lauros muy lisonjeros como erudito, como escritor didáctico, como hablista, y aun como poeta: al anunciarla no quisimos en manera alguna prevenir el juicio del público, y solo nos ceñimos á esponer que se habia representado ya en París, y la especie de éxito de urbanidad y galantería que en aquella capital habia logrado.

Parece sin embargo que nosotros no estabamos bien informados; posteriormente hemos visto y aun leído en el anuncio que del *Aben-Humeya* ha hecho la empresa de estos teatros, que en los de París fue recibido con entusiásticos aplausos, y coronado con los honores del mas positivo triunfo. Asi sería, y nosotros nos apresuramos á dar la enhorabuena al autor y al drama; no se la hemos dado antes, porque no sabiamos lo que en París habia ocurrido. Pero despues de leído el cartel, el cual debe saberlo

como saben los carteles esas cosas, sería imperdonable en nosotros el menor asomo de duda: apreciando como apreciamos al autor, es para nosotros un alegron el haber rectificado por esta vez nuestros erróneos datos; en lo sucesivo no nos volverá á suceder decir que no gustó en París; quedamos plenamente convencidos de que *Aben-Humeya* ha llegado á nosotros precedido de una gran reputacion adquirida dentro y fuera de España, es decir, europea.

Es verdad que en París no se ha representado demasiado el *Aben-Humeya*; y esto es claro; era preciso hacer de él, en atencion á su mucho mérito, una gran distincion que lo diferenciase esencialmente de las demas cosas que gustan en aquel París, y como á cualquier drama que gusta le sucede representarse mucho, no quedaba mas medio de distinguirlo que representarlo poco.

Y en Madrid ¿qué ha sucedido? Lo mismo que en París.

Ya muchas veces nos hemos quejado de la posicion difícil en que se encuentra el periodista que tiene que juzgar á un hombre de mérito generalmente reconocido: bien se puede dar el caso que un hombre de un gran talento haga un drama de muy poco valor: esas cosas se ven todos los dias; pero siempre corre el riesgo de parecer arrogante ó envidioso el que acomete con un juicio crítico de un ingenio como el autor de *Aben-Humeya*, no estando como no estamos nosotros precedidos, ni aun seguidos, de ninguna especie de reputacion adquirida dentro ni fuera de España.

Por esta vez, y bien considerado el *Aben-Humeya*, no corremos riesgo maldito de parecer envidiosos, por mas que haya gustos que requieran palos. Pero en trueque tenemos otro tropiezo que nos detiene muy mucho. Cuando ademas de ser el autor hombre de pro en literatura, ha sido hombre de valía, políticamente hablando, es decir, cuando es ex-ministro, es fuerza andarse con mucho tiento para decirle la verdad, si esta es amarga. Siempre puede llevar visos la crítica de parcialidad. Por eso si nosotros fuesemos capaces de desear que volviese á ser ministro el señor Martinez de la Rosa, sería en esta ocasion, en que quisieramos poder aparecer independientes, y decir francamente lo que de *Aben-Humeya* pensamos. El autor nos pone en el mas duro compromiso. Cuando era ministro popular daba al teatro sus mejores dramas; y obligándonos á alabárselos, nos ponía en el aprieto de parecer aduladores; y ahora que no es ministro empieza á dar los peores, poniéndonos igualmente en el amargo trance de parecer enemigos suyos. Esto es por su parte poco generoso.

Resignémonos sin embargo con nuestra suerte, y evitemos con nuestra indulgencia toda murmuracion y todo juicio temerario. Cuando escribimos *indulgencia*, no queremos decir que daremos torcedor á nuestra conciencia, no; la crítica debe ser muy severa con los que se presentan y pasan en el mundo por modelos, para evitar que los que empiezan imiten sus defectos; sino es nuestro propósito advertir que será mas lo que de nuestra opinion calleemos, que lo que digamos.

Conocido es el asunto histórico escogido por el autor, y tanto que fuera ridícula ostentacion de eruditos disertar largamente sobre él; nosotros no estamos encargados de juzgar la historia, sino el drama. Desde luego confesamos la predileccion con que miramos siempre ese género. En otra ocasion hemos probado, y hablando, si mal no se nos acuerda, del mismo autor, que el drama histórico es la única tragedia moderna posible, y que lo que han llamado los preceptistas tragedia clásica, no es sino el drama histórico de los antiguos.

Dos géneros de composicion pondriamos al frente de la literatura dramática: 1.º los hechos gloriosos, ó los funestos resultados de los extravíos de las pasiones, fundados en la verdad, que los hace ejemplos irrecusables, presentados á los hombres ó para su imitacion ó para su escarmiento; este es el drama histórico, ó la tragedia antigua, no variando en las formas por caprichos de escuelas, sino por la variacion que la diferencia de creencias y preocupaciones de costumbres y de leyes hace imperiosa en la literatura: 2.º los vicios ó ridiculeces personificados y fundados en la verosimilitud que les sirve de verdad, presentados para leccion ó deleite; esta es la comedia dicha clásica, y caida en desuso por las formas estrechas y lánguidas en que la han querido encerrar los preceptistas; pero susceptible en nuestro entender de nuevo interes, y de ninguna manera agotada como se dice vulgarmente.

El cuento fantástico, hijo de la imaginacion del autor, y en que no se deducen los hechos

imperiosa y precisamente de los datos admitidos en la base del argumento, ese hecho inventado y vestido en forma de drama, en el cual el espectador puede concebir á cada accion otra consecuencia que la que le atribuye el ingenio, ese que no tiene verdad histórica en su favor que convenza, ni mas verosimilitud que una concesion gratuita, ese es el verdadero género bastardo.

Y en cuanto á las disputas de las escuelas y pandillas, como las vemos estribar, mas que en el fondo, en las formas, no será permitido reirnos de ellas, en atencion á que creemos que las formas son variables hasta el infinito, porque siempre habrán de seguir la indicacion del espíritu de la época. El poeta escribe para ser entendido, y mal pudiera serlo el que no se sujetase al lenguaje, al modo que tienen de revestir sus ideas aquellos que han de aplaudirlo ó censurarlo.

Suele tener el drama histórico el inconveniente de dar destruido el interes al espectador que conoce ya el desenlace de antemano, y el no menor de hacer hablar personajes de quien ya la imaginacion se ha formado una idea, difícil de superar por el poeta; solo el artificio y el gran talento del autor y la eleccion de un hecho, aunque histórico, algo oscuro, pueden hacer triunfar el ingenio. En el argumento de *Aben-Humeya* el autor ha huido perfectamente de esas dificultades. Pero en cuanto al artificio, poco feliz nos parece haber estado, y de esto se convencerá cualquiera por poco que medite el plan.

Los moriscos de las Alpujarras se rebelan en el reinado de Felipe II, y eligen por gefe á

Aben-Humeya, último vástago de la antigua dinastía; degüellan á los cristianos que alcanzan en un limitado espacio de terreno, y se constituyen independientes. Muley-Carime, suegro de Aben-Humeya, reprende y ataca los escesos; dos de los principales rebeldes desapruaban la precipitación con que se eligen rey antes de tener reino, y la arrogancia con que el elegido acepta el prestigio y la autoridad real. Aprovechándose de la blandura de su suegro para desacreditarle y tildarle de traidor á los ojos del vulgo, facil de fascinar, envolviendo á Aben-Humeya en la ruina de su deudo.

El capitán general de Granada envia á Lara á intimar la rendición á los rebeldes: Lara es asesinado, y sobre él se encuentran pruebas de las relaciones que conserva Muley-Carime con los castellanos. Aben-Humeya en la alternativa de castigar á su suegro ó perderse con él, le envenena, pero tarde: la facción contraria se ha apoderado ya de su palacio, y Aben-Humeya parece víctima de la sedición.

Pobrísimo es el artificio, ningún interés presenta, ningún resorte dramático, ni nuevo ni viejo. Una sola escena hay en él, aquella en que Aben-Humeya echa en cara á Muley su delito: ninguna pasión domina, ningún carácter prepondera, ningún hecho importante se desenvuelve; el estilo mismo es generalmente inferior á otras obras del autor: ¿dónde está el fuego de la creación?

Y vamos á lo más importante. Un personaje histórico oscuro no puede ser digno del teatro sino cuando sus hechos llevan envueltos en sí el

éxito ó la ruina de la causa pública. Pero ¿cuál es aquí la causa pública? ¿cuál es la leccion moral ó política que ha querido darnos el autor con la muerte de Aben-Humeya? Si bubiera probado que los moros rebeldes perdieron su causa por la desunion que dejaron introducirse entre ellos, grande objeto era este, y aun oportuno; pero para eso era preciso haber continuado el drama, era preciso habernos dado el resultado de la tal desunion. Porque habiéndolo dejado en la muerte de Aben-Humeya, la leccion que resulta es que cuando uno quiere ser rey no debe tener por suegro á un moro que escriba á un cristiano. ¡Profunda leccion por cierto! Por tanto *Aben-Humeya* no es un drama hecho, sino una esposicion de un drama por hacer. Si hubiera empezado por donde acaba, el autor hubiera tal vez llegado á hacer un drama. ¿Por qué se acaba en el tercer acto y no continúa? Si el objeto es Aben-Humeya, represente una pasion, un carácter, una situacion; si no, ¿quién es él, y qué significa su muerte para ocuparnos una noche entera? Si es la rebelion morisca, ¿qué importa que muera Aben-Humeya?

En la manera de buscar los efectos teatrales nótanse medios ya esplotados por el autor y por otros. En el primer acto varios conjurados se quejan diciendo cada uno una frase á su vez, como en la *Conjuracion de Venecia*. La eleccion de *Aben-Humeya* nos recuerda el *Pelayo* de Quintana; la degollacion de los cristianos en el templo y una conjuracion estallando en medio de una diversion popular, entre gente sencilla, agena de que la muerte está tan cerca de la vida,

y el dolor del placer, es contraste ya presentado en *la Conjuracion*. En el diálogo igual afectacion de sensibilidad y ternura, igual afectacion de sencillez que degenera á veces en trivialidad, como el *déjame*, que en tono de marido dice á su cansada muger Aben-Humeya, y que arrancó risas. No pasaremos sin embargo en silencio el elogio debido á un efecto teatral bien entendido, como es el sonido de la campana de los cristianos, aprovechado para inflamar los ánimos por Aben-Humeya en la cueva. Empero ¡bueno fuera que autor de tanto ingenio no hubiera acertado á producir en todo un largo drama cosa alguna que de alabar fuese!

Despues de lo que llevamos espuesto facil es conocer que no creemos que *Aben-Humeya* dé gloria alguna á su autor. Felizmente tiene obras que le han colocado ya en un puesto muy distinguido; y nosotros, por su gloria misma, no quisieramos que le hubiese dado la importancia de escribirlo de nuevo en castellano, una vez que ya en francés habia salido flojillo, como el santo de Zamora, cuya historia tenemos contada en uno de nuestros antiguos artículos. Porque no faltará malicioso que á propósito de eso recuerde el soneto célebre contra una composicion escrita por Lope en cuatro lenguas, que empieza:

*Hermano Lope, bórrame el soneto
de versos de Ariosto y Garcila...*

y concluye:

*Y en cuatro lenguas no me escribas co-
que supuesto que dices boberio-
te vendrán á entender cuatro nacio-*

No seremos nosotros los que hagamos tal aplicacion, si bien por otra parte, ¿quién pudiera darse por ofendido de participar de las vicisitudes de Lope.

Háse puesto en escena *Aben-Humeya* con un esmero digno de mejor drama, y no han contribuido poco á entretener á los espectadores el pais nevado, el órgano, los villancicos, la cueva, los muchos moros que andaban por aquellas sierras, el palacio y el negro, improvisados de *Aben-Humeya*, y el nuevo telon de intermedios, presentado con tanta coquetería, y tan buenos efectos de luz.

Por esta vez la empresa merece los mayores elogios, y no se los queremos escasear. No ha sido tan buena la representacion, si se exceptúa al señor Latorre. Romea mayor no ha entendido el papel, y le ha hecho sin dignidad ni color; mucho sentimos dar este disgusto á un actor que tan frecuentemente se hace acreedor á nuestros elogios. Y reasumiendo nuestra opinion, concluiremos diciendo, que al acabarse la funcion sale uno todavía con deseos de drama, á cuyo propósito contaremos al autor, si nos lo permite, una anécdota que nos hizo reir la primera vez que la oimos.

Un periodista francés, hombre de mérito y buen gusto, andaba perseguido por un conocido suyo, que estaba empeñado en llevarlo á comer á su casa. Era el periodista gastrónomo además, y no hubo de parecérsele tanto el obsequioso Anfitrión. Rehuía pues cuanto le era posible prestarse al ofrecimiento; escapósele empero un dia decir que se iba á comer á la fonda delante

del otro que andaba acechando siempre una ocasión semejante. Fue forzoso pagar la imprudencia, y condescender aquel día. No se había engañado el periodista, y la comida fue reducida como las esperanzas. Toda ella se volvió platos de adorno, mudanzas de cubiertos, entremeses y ramilletes. Acabada que fue, quiso el Anfitrión dar á su huésped una prueba de su buena voluntad, y dijóle levantándose: *“Ya sabe usted la hora á que se come en casa, y lo que se come; cuando usted guste podemos repetir este buen rato.”* A lo cual respondió sentándose de nuevo el desgraciado que se sentía vacío: *“¡Oh! amigo mio, pues entonces, si á usted le parece, puede usted disponer que se repita ahora mismo.”*



E. - Junio 19 de 1836.

PANORAMA MATRITENSE,

CUADROS DE COSTUMBRES DE LA CAPITAL,
OBSERVADOS Y DESCRITOS POR UN CURIOSO
PARLANTE.

ARTÍCULO PRIMERO.

Consideraciones generales acerca del origen y condiciones de los artículos de costumbres. - Escritores franceses modernos que mas se distinguen en este ramo de literatura.

Este género, tal cual le cultiva tan felizmente entre nosotros el Curioso Parlante, es enteramente moderno, y fue desconocido á la antigüedad. Muchos escritores moralistas habian estudiado ya al hombre y la sociedad de su tiempo; esta especie de filosofía práctica encontró siempre numerosos sectarios bajo la diversidad de formas que adoptó para producirse: el teatro en todas partes se apoderó de las costumbres para retratarlas desde Aristófanes hasta nuestros dias: algunos no queriendo disfrazar tanto sus lecciones, dieron desde Teofrasto hasta la Bruyere los resultados de su observacion del corazon humano en caracteres ligeramente bosquejados, pero desembarazados de toda intriga que pudiese desleir en tintas degradadas y acumuladas su colorido principal. Otros senten-

ciosos y lacónicos, como Larochefocault y Vauvenargues, se limitaron á colecciones de aforismos morales. Prefirieron muchos la sátira, verdadera composicion poética de costumbres. Algunos, en fin, idearon el medio de urdir un cuento, una fábula mas ó menos intrincada para desenvolver una leccion moral, como lo hicieron Esopo, Fedro, Lafontaine y Samaniego, Marмонтel, madame Genlis, madame Cotin, Fieldin y otros creando el apólogo, el cuento moral y la novela de costumbres. Conocidos ya y gastada la novedad de estos diversos géneros, pensó Montesquieu escitar nuevamente la curiosidad con una idea peregrina, lo que logró completamente adoptando la forma epistolar en sus *cartas persas*, seguidas de numerosas imitaciones, de las cuales solo las *cartas peruanas* lograron sobrevivir, y que lograron tal éxito, que segun cuenta él mismo, llegó el caso de que los libreros no abrian la boca, hablando con literatos, sino para decirles: *Hágame usted cortas persas*. Pero en cuanto á estos diversos géneros enunciados, nada tenia que envidiar la literatura española á las extranjeras: nuestro teatro, tan pródigo de fábulas estériles, encontró á veces en Calderon mismo, en Lope, y sobre todo en Alarcon, Tirso, Moreto y los que los siguieron, escritores escelentes de costumbres. En la sátira, ni nos faltaron Juvenales, ni Boileaus. En la novela, en el cuento, en la fábula, la nacion que puede citar á Cervantes, á Quevedo, á Mateo Aleman, á Luis Velez de Guevara, al autor de la Celestina, de Gil Blas, sea quien fuere, á Samaniego, á Iriarte, á Isla, Iglesias, no puede

ser tildada de pobre; y por no faltarnos, hasta imitador tuvimos, si débil, justamente apreciado con todo, del autor del Espíritu de las leyes en el coronel don José Cadalso.

Empero cuantos autores hemos citado habian considerado al hombre en general tal cual le da la naturaleza: pintores, habian retratado el mar, con su bonanza y sus tormentas, cual en todas las zonas se ve, pero no le habian pintado tal cual está ó aquella marina le ofrecen y le modifican. Escritores cosmopolitas, filósofos universales habian escrito para la humanidad, no para una clase determinada de hombres. Esto era natural. Hasta que equilibrados los elementos diversos que habian reconstituido el mundo, hubiesen empezado á tomar las sociedades caracteres especiales que las distinguiesen, no era facil retratar caras, sino especies. La religion cristiana, que vino á infundir en los pueblos el dogma de la igualdad y del equilibrio social, comenzó á darles nuevo aspecto, creando individuos donde antes no habia sino muchedumbres mas ó menos sujetas á la tiranía y al monopolio del poder y del mando. Los progresos mismos y las comunicaciones, creando el comercio y la industria, haciendo mas necesarios los unos hombres á los otros, comenzaron á nivelarlo todo y á imprimir en los pueblos mayor movimiento, mayor cambio recíproco; entonces empezó á ser sociedad lo que hasta entonces no habia sido sino reunion, y cada sociedad entonces tomó caracteres diferentes, segun la altura á que se encontró en la escala de la gran reforma: cesó la uniformidad, que solo podia hallarse en el prin-

cipio, y que solo la llegada al mismo punto puede volver á traer. Viajeros los hombres de distintas fuerzas á la caída del vasto imperio romano que habia abarcado el mundo, se separaron para hacer el viaje cada cual por el camino mas en armonía con sus fuerzas y su inteligencia, dándose cita para el dia de la nueva nivelacion, de la igualdad completa, á ella caminamos y á la nueva uniformidad que en un escalon mas alto de la civilizacion humana nos ha de volver á reunir algun dia como nos tenia reunidos á la caída del imperio.

Unos empezaron mas pronto á tener caracteres distintivos de los demas. En ellos forzosamente despuntaron escritores filósofos, que no consideraron ya al hombre en general como anteriormente se lo habian dejado otros descrito, y como ya era de todos conocido, sino al hombre en combinacion, en juego con las nuevas y especiales formas de la sociedad en que le observaban. El primero que en Inglaterra dió el ejemplo con admirable profundidad y prespicacia fue Adisson en el *Espectador*, y si ninguno logró superarle, no dejó con todo de tener felices imitadores. Posteriormente en Francia, pais que siguió en el orden del gran viaje que todos hacemos las huellas de la Inglaterra, asi que los trastornos políticos parciales acabaron de emancipar el pueblo, y que la sociedad moderna se constituyó con las formas que por largo tiempo habian de distinguirla, asi que empezaron á fijarse las nuevas costumbres, y á suceder á la antigua Francia los modernos franceses, nacieron tambien escritores destinados á pintar las

faces que empezaba la sociedad á presentar. Pintores de la sociedad francesa. Pero cualquiera conoce que semejantes bosquejos parciales estriban mas que en el fondo de las cosas en las formas que revisten, y en los matices que el punto de vista les presenta, que son por tanto variables, pasajeros, y no de una verdad absoluta. No hubiera pues llegado nunca el género á entronizarse sino ayudado del gran movimiento literario que la perfeccion de las artes traía consigo: tales producciones no hubieran tenido oportunidad ni verdad, no contando con el auxilio de la rapidez de la publicacion. Los periódicos fueron pues los que dieron la mano á los escritores de estos ligeros cuadros de costumbres, cuyo mérito principal debia de consistir en la gracia del estilo.

Mercier hizo un cuadro picante de París. Jouy, bajo el pseudónimo de L'Hermite de la Chaussée d'Antin, planteó un verdadero cuerpo de obra, y abarcando un plan mas vasto lo llevó á cabo, á poder de artículos semanales.

Acumulado el movimiento social en las capitales, pudo existir entre la fisonomía de una provincia y de aquella la misma diferencia que entre una y otra nacion, y otros escritores se dedicaron á publicar cuadros de las costumbres de las provincias; pero sometida esta idea, como toda idea humana, á la exageracion, y á ser desmenuzada hasta lo infinito, las naciones mas adelantadas no se contentaron ya con observarse á sí propias y bosquejarse, sino que asomaron el lente observador sobre los vecinos, hasta sobre paises remotos, y un diluvio de descripcio-

nes de costumbres inundó la literatura con título de *viajes, paseos, ojeadas, novelas, cartas &c.* Pero si hasta para observarse á sí propio es fuerza estar dotado de singular penetracion, ¿qué podrá suceder á los que guiados solos de un interes de especulacion, osan á la primera ojeada darse por pintores de los demas? Dos males han procedido de aqui: como todo el que mira no ve, la mayor parte de estas obras despues de haber escitado la curiosidad momentáneamente por su novedad ó su estravagancia, han vuelto á la nada, de que no debieron salir, destituidas como estan del principal mérito, de la verdad del pincel. El segundo mal ha sido desvirtuar el género mismo, llevando la observacion hasta un punto que torna imperceptibles las tintas, é inapreciables por diminutas. Hay libro en este género que pecando por esto, no es verdad mas que el dia que ve la luz: fundado sobre esa parte de los usos y costumbres condenada como el mar á un continuo flujo y reflujo, muere la obra con la costumbre que ha pintado, y la reputacion con ella del autor. De aqui tanta reputacion pasagera, que no teniendo existencia propia, vive como la oruga, lo que dura la hoja de que se mantiene.

Es pues necesario que el escritor de costumbres noso lo tenga vista prespicaz y grande uso del mundo, sino que sepa distinguir ademas cuáles son los verdaderos trazos que bastan á dar la fisonomía: descender á los demas, no es retratar una cara, sino asir de un microscopio y querer pintar los poros.

Pero al lado de estos escritores mirmidones

ha visto la Francia, donde mas cultivado es este género, gran número de reputaciones formarse, crecer, estenderse, y venir á ser europeas. El libro famoso de los *Ciento y uno*, en que se propuso la literatura francesa, agradecida al arruinado librero Lavocat, crearle un nuevo capital, dándole cada cual gratuitamente un artículo de costumbres, cuya reunion pudiese publicarse bajo el título general de *Paris*, es el cuadro mas vasto, el monumento mas singular, ¿lo diremos de una vez? y la obra mas grande que á cosas pequeñas han levantado los hombres.

Comparable á las pirámides de Egipto, colosales sepulcros, erigidos por un gran pueblo, y ¡para qué! para enterrar á un rey: salvo la duracion, pues las arenas literarias no dejarán mas que alguna piedra de la obra de los *Ciento y uno*, al paso que las del Nilo respetan todavía las de los Faraones.

Imposible era que ciento y un hombres escribiesen todos igualmente bien; pero era difícil presumir que fuesen tantos los que escribiesen mal. No podremos menos sin embargo de citar los artículos de Alejandro Dumas, de Chateaubriand, el del duelo de Ducange, y sobre todo los encantadores trozos titulados *Les Beotiens de Paris* de Louis Desnoyers, á quien pueden bastar para su gloria.

Pero el genio infatigable que como escritor de costumbres no dudaremos en poner á la cabeza de los demas es Balzac, despues de admirado el cual, pues no puede ser leído sin ser admirado, puede decir el lector que conoce la Francia y su sociedad moderna, árida, desnuda de preo-

cupaciones, pero tambien de ilusiones verdaderas, y por consiguiente desdichada: asquerosa á veces y despreciable, y por desgracia ¡cuán pocas veces ridícula!

Balzac ha recorrido el mundo social con planta firme, apartando la maleza que le impidia el paso, arañándose á veces para abrir camino, y ha llegado á su confín, para ver asomado allí ¿qué? un abismo insondable, un mar salobre, amargo y sin playas, la realidad, el caos, la nada.

No citaremos ni á Eugene Sue, ni á Alfres de Vigny, ni á Jeorges Sand, ni á otros que parecen rozarse con el fin moral de Balzac, porque aunque pertenecientes á una misma escuela social, ni los creemos animados de buena fé, ni son realmente escritores de costumbres; y porque el examinar la tendencia espantosa de sus escritos y la funesta consecuencia que de ellos se deduce puede ser objeto de un artículo mas importante de lo que parece en el dia para nuestro pais.

Solo concluiremos esta reseña citando á Paul de Koc para rebatir una opinion demasiado extendida en España por libreros ambiciosos ó por lectores de poco criterio; careciendo de estilo y de verdadero genio Paul de Koc, repetido en sus planes, sin objeto moral de ninguna especie, inmoral en sus formas, es en París el escritor de las modistillas, ni goza de otra consideracion que la de un emborronador de papel, con cierto chiste, y ese no todos los dias.

Despues de haber dado una idea del origen de este género de literatura que empieza á culti-

vase ahora entre nosotros, de sus progresos, de su importancia indígenas, que solo puede existir en el pais para el cual sus artículos de costumbres se escriben, circunstancia que hace casi siempre estéril, y aun á veces imposible, su version á otras lenguas, y despues de haber espuesto su dificultad y su mérito, y de haber pasado ligeramente la vista sobre los escritos que descuellan en él en otros paises, pasemos á examinar las dotes que entre nosotros necesita el escritor de costumbres, y á formar un juicio crítico del *Cuiroso Parlante*, que tanto y tan justo aplauso ha merecido.



PANORAMA MATRITENSE,

**CUADROS DE COSTUMBRES DE LA CAPITAL,
OBSERVADOS Y DESCRITOS POR UN CURIOSO
PARLANTE.**

ARTÍCULO SEGUNDO Y ÚLTIMO.

Por lo que del género hemos apuntado en general, puédesse deducir cuán difícil sea acertar en un ramo de la literatura en que es indispensable hermanar la mas profunda y filosófica observacion con la ligera y aparente superficialidad de estilo, la exactitud con la gracia; es fuerza que el escritor frecuente las clases todas de la sociedad, y sepa distinguir los sentimientos naturales en el hombre comunes á todas ellas, y dónde empieza la línea que la educacion establece entre unas y otros; que tenga, ademas de un instinto de observacion certero para ver claro lo que mira á veces oscuro, suma delicadeza para no manchar sus cuadros con aquella parte de las escenas domésticas, cuyo velo no debe descorder jamas la mano indiscreta del moralista, para saber lo que ha de dejar en la parte oscura del lienzo; ha de haber comprendido el espíritu de esta época, en que las aristocracias todas reconocen el nivelador de la educacion; por tanto ha de ser picante, sin tocar en demasiado cáustico, porque la acrimonia no corrige, y

el tiempo de Juvenal ha pasado para siempre.

Pero la principal dificultad que para hacer efecto le encontramos, es la precision en que de decir las cosas claramente y sin rebozo nos pone el adelanto social y la mayor amplitud que en todas partes logra la prensa. Géneros enteros de la literatura han debido á la tiranía y á la dificultad de espresar los escritores sus sentimientos francamente una importancia que sin eso rara vez hubieran conseguido. La alegoría, por ejemplo, sobre cuya base se han fundado tantas obras eminentes, y acaso en las que mas han brillado los esfuerzos del ingenio; la alegoría espira ya en el dia á manos de la libertad de imprenta. La lucha que se establece entre el poder opresor y el oprimido ofrece á estas ocasiones sin fin de rehuir la ley, y eludirla ingeniosamente, y sobre vencerse tal dificultad, no contribuye poco á dar sumo realce á esas obras el peligro en que de ser perseguido se pone el autor una vez adivinado. Pero desde el momento en que no haya idea, por atrevida que sea, que no pueda clara y despejadamente decirse y publicarse; desde el punto en que no haya lucha, que no haya queja; desde el momento en que los demas sean los mas fuertes, en dejando de haber verdad que decir y riesgo que correr, mueren el cuento alusivo, el poema satírico, el apólogo, la fábula y la alegoría entera viénese al suelo como un resorte usado perteneciente á una mecánica antigua, y sin uso ni aplicacion posible en la nueva máquina. Esto es lo que no ha conocido ó lo ha olvidado un momento el célebre Fenimore Coopér, el autor del *Espia* y del *Bravo*; el rival

vencedor á veces de Walter Scott, en su última y deplorable novela titulada *The Monikins*, escribe para un país completamente libre, y donde todo se puede decir sin inconveniente, una alegoría en cuatro tomos rebozando como con miedo verdades triviales y olvidadas ya de todo el mundo, en decir las cuales solo el riesgo de fastidiar corria. Mezquino imitador de una idea ya desempeñada por otros felizmente, no ha conocido que Casti, que los autores de los viajes de Gulliver, de *Wanton al país de las monas* y otras alegorías semejantes, han sido escritores de circunstancias, y que esas circunstancias han pasado.

El escritor de costumbres necesita economizar mucho por tanto las verdades, y como todo el que escribe en país libre de trabas para el pensamiento, formarse una censura suya y secreta que dé claro y oscuro á sus obras, y en que el buen gusto proscriba lo que la ley permita.

Pocos escritores han dado pruebas tan claras de conocer estas verdades como el autor que da motivo á estas líneas. No nos detendremos hablando de las razones que le hacen escribir; él mismo en su prólogo indica el objeto con que emprendió la publicacion de esta serie de artículos que semanalmente comenzaron á ver la luz pública en las *Cartas Españolas* y en la *Revista* en el año 1832 y parte del 33. Objeto verdaderamente noble y digno de imitacion. El deseo de rectificar los errores que acerca de nuestro país alimentan los estrangeros, y el plan de darnos despues del Madrid físico, que en su excelente *Manual* habia diseñado, un cuadro animado del

Madrid moral, que no conocen todos los que hacen papel en él, no podía menos de ser de grande utilidad y deleitación. Uno de los medios esenciales para encaminar al hombre moral á su perfeccion progresiva consiste en enseñarle á que se vea tal cual es. El autor del Panorama ha puesto ante los ojos de nuestra sociedad un espejo donde puede tocarse, y hacer desaparecer los lunares que la bondad de la luna debe presentar á su vista.

Ayudándose de pequeñas tramas dramáticas, cortas invenciones verosímiles, ha sabido ofrecernos el resultado de su observacion con singular tino y gracejo, y esponer á nuestra vista el estado de nuestras costumbres; aqui no olvidaremos otra dificultad que se ofrecia: la España está hace algunos años en un momento de transición; influida ya por el ejemplo estrangero, que ha rechazado por largo tiempo, empieza á admitir en toda su organizacion social notables variaciones; pero ni ha dejado enteramente de ser la España de Moratin, ni es todavía la España inglesa y francesa que la fuerza de las cosas tiende á formar. El escritor de costumbres estaba pues en el caso de un pintor que tiene que retratar á un niño, cuyas facciones continuan variando despues que el pincel ha dejado de seguir las: desventaja grande para la duracion de la obra; y en cuanto á los medios de hacerse dueño de su objeto tan movedizo, el Curioso Parlante se podrá comparar al cazador que ha de tirar al vuelo, cazador sin duda el mas hábil.

Hálo conseguido sin embargo, porque si se quiere ver lo que de la España de nuestros pa-

dres conservamos, léanse los artículos titulados: "*La calle de Toledo, La comedia casera, Las visitas de dias, Los cómicos en cuaresma, Las ferias, La capa vieja, La casa á la antigua, La procesion del Corpus.*" Si se quiere estudiar esta influencia estrangera, que se va diariamente haciendo lugar y variando nuestra fisonomía original, léanse los artículos titulados: "*Las costumbres de Madrid, El dia 30 del mes, Las tiendas, Riqueza y miseria, La politico-mania, Las tres tertulias, Las niñas del dia, Las casas de baños.*"

Si se quiere sorprender esa lucha entre las viejas costumbres nacionales y el espíritu innovador, sorpréndesela en los artículos titulados: "*1802 y 1832, el ingeniosísimo de El aguinaldo, El estrangero en su patria, El sombrerito y la mantilla, La vuelta de Paris.*"

Si se buscan luego artículos donde el enredo cómico puede competir con la trama de las mas ingeniosas comedias de nuestro teatro antiguo, léanse los lindísimos y mas lindamente escritos, titulados: "*El retrato, El amante corto de vista, Tomar aires en un lugar, El barbero de Madrid, Pretender por alto, Los paletos en Madrid, El patio de Correos, &c.*"

¿Quiérense, en fin, graves y filosóficos? recórranse *La casa de Cervantes* y *El campo santo*.

El señor Mesonero ha estudiado y ha llegado á saber completamente su pais: imitador felicísimo de Jouy, hasta en su mesura, si menos erudito, mas pensador y menos superficial, ha llevado á cabo, y continúa una obra de difícil ejecucion.

Un mérito mas tiene, que no queremos pa-

ser en silencio: es uno de nuestros pocos prosistas modernos: culto, decoroso, elegante, florido á veces, y casi siempre fluido en su estilo; castizo y puro en su lenguaje, y muy á menudo picante y jovial. En general tiene cierta tinta pálida, hija acaso de la sobra de meditacion, ó del temor de ofender, que hace su elogio, pero que priva á sus cuadros á veces de una animacion tambien necesaria. Esta es la única tacha que podemos encontrarle; retrata mas que pinta, defecto en verdad muy disculpable cuando se trata de retratar.

Y no solo ha hecho el señor Mesonero un servicio á la literatura, ha hecho tambien algunos á su pais. Muchas de las ideas por él emitidas han encontrado en la opinion pública tal apoyo y tal fuerza de asentimiento, que se han visto realizadas. En este caso se halla el monumento y la leyenda dedicados á Cervantes no hace mucho en esta capital, y de que el autor del *Ingenioso hidalgo* es evidentemente deudor al autor del *Manual* y del *Panorama*.

Escritores nosotros tambien de costumbres, ramo de literatura en que comenzamos á publicar nuestros humildes ensayos casi al mismo tiempo que el *Curioso Parlante*, si no pretendemos haber alcanzado igual grado de perfeccion, tenemos sí la persuasion de poder mejor que otros apreciar las dificultades del género, y nos reconocemos con suficiente amor á la justicia, para hacer en sus aras el sacrificio de nuestras propias pretensiones. Los laureles agenos pueden estimularnos, no inspirarnos un sentimiento in-noble capaz de oscurecer á nuestros ojos el mé-

rito de los que recorren nuestra misma carrera. ¿Cómo pudiera ser de otra suerte? El amor al bien, y el deseo de contribuir en lo poco que podemos á la mayor ilustracion de nuestro pais, nos mueve mas á escribir que la sed de una gloria que tan difícil sabemos es de conseguir. En este supuesto, no vemos nunca en una obra feliz la gloria que su autor puede adquirir; nos consideramos con él resortes de una misma máquina; el honor que sobre él recae refluye sobre la clase entera: ni son tantos en España los que presentan títulos á la consideracion general que puedan estorbarse. Hagamos justicia al talento, y démonos el parabien por haber tenido una ocasion mas, entre las pocas que se nos presentan, de dar descanso á la penna satírica, que por lo regular manejamos con mas dolor nuestro que de aquellos mismos á quienes nos vemos en la triste precision de lastimar.

FIN DEL TOMO CUARTO.

Se hallará en Madrid en la librería de Escamilla, calle de Carretas, donde se encuentran de venta las siguientes obras del autor.



No mas Mostrador, comedia en cinco actos y en prosa.

Macías, drama histórico en cuatro actos y en verso.

El Doncel de Don Enrique el doliente, novela en cuatro tomos.

El Pobrecito Hablador, 15 folletos.

Fígaro, coleccion de sus artículos y demas obras dramáticas, literarias, políticas y de costumbres: consta de trece tomos en octavo.

Primera, segunda, tercera y cuarta cartas de Fígaro, cuatro folletos.

Felipe, comedia en dos actos.

Arte de conspirar, id. en cinco actos.

Partir á tiempo, id. en un acto.

Tu amor ó la muerte! id. en un acto.

Un desafio, drama en tres actos.

Roberto Dillon, id. en tres actos.

Don Juan de Austria, comedia en cinco actos.

En la misma librería se encuentran las nuevas publicaciones siguientes.



Coleccion de novelas históricas originales españolas: 29 tomos, á 8 rs. cada uno en rústica y 10 en pasta.

Panorama matritense: cuadros de costumbres de la capital, observados y descritos por un Curioso Parlante: dos tomos en 8.º marquilla con cuatro bellas láminas, su precio 40 rs. en rústica y 46 en pasta.

Coleccion de comedias del teatro moderno, cuyos títulos espresan los catálogos, que se dan gratis en la indicada librería á los sugetos que gusten adquirirlos.

Sátiras de varios autores.

Derecho Real de España por Alvarez, dos tomos en 4.º á 44 rs. en rústica, 52 en pasta, y 46 en un tomo tambien en pasta.

883866

Judith Hodgson

29. 5. 1989

